

PATRONATO DEL ALCAZAR DE SEGOVIA

EL CONDE FELIX GAZZOLA

PRIMER DIRECTOR DEL REAL COLEGIO DE ARTILLERIA

POR

JOAQUIN PEREZ VILLANUEVA



SEGOVIA
MCMLXXXVII

PATRONATO DEL ALCAZAR DE SEGOVIA

EL CONDE FELIX GAZZOLA

PRIMER DIRECTOR DEL REAL COLEGIO DE ARTILLERIA

UN ITALIANO EN LA ILUSTRACION ESPAÑOLA

POR

JOAQUIN PEREZ VILLANUEVA



SEGOVIA
MCMLXXXVII

La parte fundamental de este estudio, luego considerablemente ampliada, se basa en la Conferencia pronunciada por el autor, en la Sala de Reyes, el día 5 de julio de 1985, con motivo de la celebración del II Día del Alcázar.

DEPÓSITO LEGAL: M. 8.091.-1987



G. M. delle Piane: El General Gazzola (1737-38). Piacenza. Istituto Gazzola.

Infante Carlos, su hijo. En 1748, por la Paz de Aquisgrán, Parma, con Piacenza y Guastalla, pasan al hermano Felipe y luego al sucesor Fernando. Como es sabido, los avatares europeos del vendaval napoleónico situaron en Parma a la ex Emperatriz María Luisa por acuerdo de la Paz de Viena de 1818.

Parma guarda hoy buena parte de su herencia tradicional: la Catedral, con la bellísima cúpula del Correggio, el famoso teatro Farnese y un importante museo donde nos esperan, entre otras cosas, dos cuadros importantes: el retrato de Erasmo, de Holbein, y, el no menos importante, de Antonio Moro que representa al joven y malogrado Alejandro Farnesio.

Gazzola, Conde de Esparavera, Ceretro-Landi y Macinaso, títulos de concesión hispano-milanesa, nace cuando su tierra está bajo influjo y dependencia política de España. Su padre ha servido en los ejércitos españoles, y él mismo se ha formado en aquel ambiente. España, no lo olvidemos, es, como país hegemónico en Italia, la Patria, la Metrópoli de Gazzola. Gazzola tiene algo más de quince años cuando se firma el Tratado de Utrecht, que pone fin a la Guerra europea de la Sucesión a la Corona Española, e instala en España a los Borbones. En Utrecht, además de Gibraltar, España renuncia a todas sus posesiones europeas. Los territorios de Italia pasaron a formar parte de los dominios de Austria, a excepción de la Isla de Sicilia que se adjudicaba a Saboya. Los Países Bajos españoles se transferían también al Imperio Austríaco.

Gazzola y las gentes de su mundo dependerían ahora de Austria, tras un largo período de presencia española.

Pronto, la política de Madrid, inspirada por Alberoni e Isabel de Farnesio, tendía a restablecer, por vía diplomática, una Italia influida, como medio de mantener rango de primera potencia europea y eludir la servidumbre de la rama primera de la dinastía borbónica. Tras un frustrado desembarco en Cerdeña y Sicilia, batido por la Escuadra Inglesa, el Congreso de Cambray, de 1721, buscaba el equilibrio entre potencias adjudicando al Infante español Carlos los Estados soberanos de Parma y Toscana. El joven Carlos, con dieciséis años, desembarca en Liorna el 27 de diciembre de 1731, entra solemnemente en Florencia y toma posesión de Parma el 9 de septiembre de 1732. Manda los ejércitos coaligados el Conde de Montemar, que en la batalla de Guastalla, días después obliga a los austríacos a abandonar los Ducados. En las filas españolas hace sus primeras armas,

con diecisiete años, el futuro Conde de Aranda, que inicia allí, junto a su padre, la que va a ser carrera larga y notoria en las armas y en la política españolas (1).

Había surgido pronto un «irredentismo» filo-hispánico que movía a buscar de nuevo la protección de la antigua Metrópoli, y que coincidía con la política de Madrid, interesada en restablecer sus relaciones con Italia. Felipe V había casado, sucesivamente, con dos princesas italianas: María Luisa Gabriela de Saboya, primero, y, cuando ésta muere, en 1714, con Isabel de Farnesio, Princesa de Parma.

Se iniciaba una época de interés y recuperación de los antiguos dominios de Italia, recién perdidos. Y también una larga presencia de italianos en la vida española. Esos italianos, que se veían transferidos, y no por su voluntad, bajo un poder extranjero transalpino, afirmaban su hispanismo de muchos años de convivencia y preferían seguir ligados a la antigua Metrópoli y no al ocupante reciente. La «invasión» de italianos en España no es una plaga voraz de ocupantes, sino un éxodo hacia la sombra protectora de muchos años. Contra lo que, más antes que ahora, afirmaron ciertos historiadores de coyuntura, se mostraba que no era malo el recuerdo, sino más bien honroso, el que España dejó tras siglos de presencia en Italia. «Nuestro siglo XVIII está, en todos sentidos, traspasado de influencias italianas.» Esta influencia se hacía sentir por el crecido número de personalidades activas y valiosas que actuaban en España, de modo temporal o definitivo. Políticos como Alberoni, piacentino, igual que Gazzola, Patiño, de Milán, Grimaldi, genovés, que antes había vivido en España con su padre, Embajador en Madrid, y que luego sirvió en puestos preeminentes bajo Fernando VI y Carlos III. Napolitanos como Squilache y Giudice, que llegó a ser Inquisidor General, o como Cellamare, hábil político y diplomático.

España se llena de italianos. Pintores como Tiépolo, que sigue las huellas que, en el tránsito de los dos siglos, había marcado el gran Lucca Giordano con sus frescos en la regia escalera del Monasterio de El Escorial. Arquitectos como Giachinto y Jubara, a los que sucede, a poco, Sabbatini, siciliano de Palermo, Arquitecto militar, Inspector General del Cuerpo, que dejó en Madrid huellas insignes de su obra.

(1) Vid., entre otras, OLAECHEA, R., y FERRER BENIMELI, J. A.: *El Conde de Aranda*, 2 vols. Zaragoza, 1978.

El gran historiador napolitano Benedetto Croce publicó, en las primeras décadas de este siglo, un estupendo libro que despertó gran interés en su tiempo, y hoy sigue vigente todavía. Se titula «España en la vida italiana del Renacimiento», en el que se pone de relieve la unión cultural de los dos países, y el papel decisivo de España en la creación de la conciencia nacional de los italianos, y en la vida brillante de su humanismo.

No se ha hecho, en cambio, el libro que estudie a los italianos en la vida española del siglo XVIII. Pintores, políticos, militares, arquitectos, artistas, como Amigoni o el cantante Farinelli, y músicos, como Bocherini y Scarlatti, que escriben en Madrid gran parte de sus obras más famosas y conocidas. Marinos, como Malaespina, comediantes e ingenieros. Farinelli nos brindó datos abundantes sobre los italianos en España en este período (2). Y W. Cian una visión de conjunto (3)., que M. Maggioriotti contrajo a un tema concreto (4).

En fecha más reciente, Franco Meregalli ha puesto en relieve las relaciones literarias entre los dos países durante el siglo XVIII y la primera mitad del siguiente (5). A su vez se ha subrayado el interés que, en respuesta, suscitaba en España todo lo concerniente a Italia (6).

En este clima hay que situar la figura de Gazzola. Un italiano que continuó sintiéndose ligado a su antigua patria, a la que prefiere servir, y no al extraño ocupante del Norte, los austríacos recién llegados. Ese mismo sentimiento de fidelidad acciona la política de Isabel de Farnesio, restauradora de la presencia española en la Península Italiana. Primero Cerdeña, en 1717, y luego Sicilia, en 1718, vuelven a la órbita española. Poco después, su hijo Carlos, el futuro Carlos III de España, es recibido en Florencia y Parma, y restaura los Ducados de Piacenza y Guastalla en manos españolas.

Carlos, nacido en 1716, cuenta dieciocho años cuando, en 1734, inicia la reconquista de Nápoles, al frente de un ejército que atraviesa en amis-

(2) *Viajes por España*. Roma, 1942.

(3) *Italia e Spagna, nel Secolo XVIII*. Torino, 1896.

(4) «Gli Arquittetti militari italiani nelle Spagna», cit. por DOMINGUEZ ORTIZ, *ob. cit.*, página 244.

(5) MEREGALLI, Franco: «Storia delle relazioni litterarie tra Italia e Spagna, 1700-1859». Venecia. Librería Universitaria, 1962.

(6) Para la literatura, véase Joaquín ARCE: «El conocimiento de la literatura italiana en la España del siglo XVIII». Oviedo. Cátedra Feijoo, 1968.

tad los Estados Pontificios, es acogido con simpatía en toda Italia y entra en triunfo en Nápoles, donde vence a los austríacos en la Batalla de Bitonto (julio 1734), junto a la costa del Adriático, próximo a Bari. Una última reacción austríaca era vencida en Velletri, al sur de Roma, por el joven Carlos, a cuyo lado cabalgaba el Conde Gazzola, mayor en años y en experiencia militar. Velletri quedó como la batalla decisiva. Un suceso, mitad militar y político, que aseguró para Carlos y los Borbones el dominio de Nápoles. Un nombre que despertó relatos y memoriales (7).

Montemar ocupaba Palermo y Messina, y Carlos era coronado Rey de Sicilia en el verano de 1736. El joven Rey visitaba en Roma al Papa Benedicto XIV, y era reconocido como Rey de las dos Sicilias en el Congreso de Aquisgrán de 30 de abril de 1748.

Las puertas de aquel reino se le habían abierto en medio de una acogida cordialísima. Los napolitanos no veían un Rey propio desde Carlos V, y la Historia volvía a repetirse. Allí, donde los últimos contrafuertes de los Apeninos meridionales dejan paso a la llanura litoral de la Campania, a cuyo fondo está Nápoles, volvía a decidirse la suerte de la guerra. Los nombres del río Liri, de Ceriñola y Garellano, cambiaban, una vez más, la suerte y el destino de aquellas tierras bellísimas. Allí, donde el Gran Capitán había asegurado su conquista hacía más de doscientos años, volvían a repetirse hechos que decidían del sur de Italia. Terrenos marcados por el destino. En aquellos lugares, muy cerca de allí, están Anzio y Nettuno, está Monte Cassino, en donde se libraron batallas decisivas en la última de las grandes guerras conocidas. Una curiosa coincidencia más: en enero de 1504, con la toma de Gaeta, cerraba su brillante campaña Gonzalo de Córdoba. También ahora Carlos III aseguraba en Gaeta su total posesión de la tierra napolitana, en donde había de permanecer como Rey no menos de veinticinco años, antes de venir a España, como tal, ya maduro, pasado los cuarenta.

(7) Ver, por ejemplo, Vicente NOGUERA Y RAMON: «Memorias de los sucesos de Velletri el año 1744 escritas en lengua latina por el Conde Castrucio Bonamici, oficial de Guardias de Corps de S. M. napolitana». Traducida por ... Valencia, 1766.

GAZZOLA EN NAPOLES. POMPEYA Y PESTUM

Gazzola había jugado un papel importante en la reconquista, frente a los austríacos, de su tierra milanesa, y ahora había ganado sus más altos grados colaborando en la expedición napolitana que terminaba, con toda brillantez, en la ocupación del antiguo Virreinato. Con la entrada en Nápoles de un Rey español volvía a hacerse realidad la inscripción que aún hoy campea en honor de Alfonso V de Aragón, que, en el siglo XV, había culminado la expansión aragonesa asentando su dominio en la ciudad del Vesubio. En el Arco Triunfal —el Rey a caballo, en piedra— que da entrada al Castell Nuovo de Nápoles, se lee, no sin emoción española, la inscripción en piedra:

ALFONSUS REX HISPANICUS, SICULUS, ITALICUS,
PIUS CLEMENS INVICTUS

Gazzola inicia su larga estancia napolitana, y allí recoge los honores de su viva fidelidad a su segunda patria española, y a la política común de los dos países. Allí fue Director General del Cuerpo de Artillería, y gozó del grado de Teniente General, ganado en las guerras de Italia, antes y después de la conquista de Nápoles.

Poco más sabíamos, hasta ahora, de los años napolitanos de Gazzola. Pero por los datos que ahora reunimos, ya se nos perfila como un hombre de cultura refinada, de lecturas amplias, de afición decidida a la arqueología y a las Bellas Artes. Sin duda debe colaborar en las primeras excavaciones de **Pompeya** impulsadas por Carlos III. Entre 1594 y 1600 el Arquitecto Doménico Fontana, al construir un canal para llevar el agua del Sarno a Torre Anunziata, perforó la colonia de Pompeya descubriendo ruinas, edificios e inscripciones, pero sin reconocer la ciudad. Fue en 1748 cuando, como consecuencia de hallazgos fortuitos, se inician los trabajos sistemáticos de excavación por orden de Carlos, como ya se venía haciendo en la vecina Herculano, donde pronto había de fundarse la Academia Herculana para proseguir el estudio de ambas ciudades. Se excavó durante años con lentitud, extrayendo los objetos y volviendo a cubrir, en ocasiones, los edificios, una vez estudiados. En una primera fase se descubrió la Villa de Cicerón, la Vía de las Tumbas, la Villa de Diomedes, el Teatro,

entre otros. Etapas diversas activaron luego las excavaciones. La República Partenopea, en 1799, y Joaquín Murat, entre 1806 y 1815. Con alternativas diversas continuaron los trabajos a lo largo del siglo XIX, especialmente a partir del Reino de Italia en 1860.

En los inicios de aquel descubrimiento estaba Gazzola. Hoy resulta incuestionable atribuir a Gazzola los primeros trabajos de limpieza, consolidación y salvamento de los Templos maravillosos de **Pestum**. Lugar de belleza singular y de significación altísima en la historia de la Arqueología griega. Al sur de Nápoles, por paisajes gloriosos, el viajero recorta la península de Amalfi, frente a la Isla de Capri, y, tras dejar atrás Sorrento y Positano, entra en la bahía de Salerno para dar vista a una amplia llanura litoral en la que, recortados sobre el azul del mar, se yerguen, como por milagro, templos griegos, pregriegos más bien, de una belleza y de un poder de evocación inigualables. Se trata del testimonio más al Norte de lo que llamamos Magna Grecia, lugar insigne de los siglos VII al V antes de Cristo, de interés único y belleza refinada. Poética ruina, desde más de un milenio, junto al mar, en medio de un desierto solemne, sus templos predóricos se hallan en un estado de conservación sólo superados por el Tesseion de Atenas, y producen en el visitante una impresión insuperable de majestad y de grandeza. Colonia griega con el nombre primero de Poseidonia, fundada hacia el 600 antes de Cristo por los sibaritas. En el 320 antes de Cristo pasa a poder de los Lucanos, y en el 273 fue ocupada por los romanos. Bajo el Ducado de Benevento, en el siglo VI después de Cristo, pasa luego al principado de Salerno, hasta el siglo IX en que es destruida por los sarracenos. En el siglo XI el normando Roger expolió los templos, y se utilizaron mármoles y esculturas para decorar la Catedral de Salerno próxima. Las ruinas, hoy rescatadas de la arena que las cubría, ofrecen un conjunto altamente evocador. Lienzos de muralla, el anfiteatro y restos menores, más los templos magníficos de Poseidon, el de Ceres y la llamada Basilica. Pestum, como es sabido, forma parte de la expansión griega por las costas de Sicilia y sur de Italia, y es un lugar único en el mundo antiguo por tres razones: por sus murallas (5 kilómetros), por habernos guardado, excepcionalmente, las tres formas del arte griego, y, sobre todo, por las extraordinarias pinturas griegas de las que es ejemplo inolvidable «El Salto del nadador», testimonio único por la época y la perfección de un conjunto de pinturas lucanas, únicas en su género, por la cantidad, variedad y calidad de sus testimonios.

Pestum permaneció abandonado largos siglos. Tras las piraterías del siglo IX, sus habitantes la abandonaron para buscar habitación y cobijo en las montañas vecinas. El avance de las zonas pantanosas, la malaria y la incultura, crearon la desolación y el abandono en torno a Pestum, que quedó cubierto por la maleza y las arenas impulsadas por el mar próximo. Un silencio de siglos se abatió sobre la región.

El mérito excepcional de Gazzola consiste en haber tenido la curiosidad intelectual y la intuición para iniciar la recuperación de aquellos lugares, sacándolos a la luz de debajo de la arena y la maleza.

Es Gazzola en Pestum un precursor, que tuvo continuadores hasta la recuperación actual de aquel lugar insigne. En 1929 se descubren las esculturas del Templo de Hera y se impulsan las excavaciones, cuyo fruto se guarda, desde 1952, en un espléndido Museo anejo. Luego, aún, se produjo el gran hallazgo que confiere a sus salas un interés y riqueza únicos.

El 3 de junio de 1968, de manera insperada, se produjo el descubrimiento sensacional de una serie de tumbas pintadas, cuyo traslado y actual instalación han ofrecido una colección única de frescos de una perfección y antigüedad hasta entonces impensables. Esculturas del siglo VII antes de Cristo, templos de la misma época y del VI, y pinturas de rara perfección, nunca vista, del siglo V.

Dice mucho de Gazzola el que se sintiera, como pionero insigne, atraído por aquel lugar extraordinario. Sabemos que trabajó allí, por vez primera, en su salvamento, y sabemos también que su amigo Sabattini le ayudó en el alzado de dibujos, y láminas prestigiosas, que grabó Bertolozzi.

No hemos dado aún, a pesar de que los hemos buscado acuciosamente, con estos testimonios; pero sabemos ampliamente del eco que los descubrimientos de Pestum lograron en el mundo culto de su tiempo. En 1766 R. Morghen publica en Nápoles su libro «Sei Vedute della rovine de Pestum», y poco después, en 1788, aparece en París el libro de Delagordette, C. M.: «Les ruines de Pestum ou Posidonia... levées, mesurées, e dessinées sur les lieux».

La obra de Gazzola, salvando del olvido aquellos lugares insignes, se abría camino entre la Europa culta de su tiempo, y esta sola contribución obligaría a recordar con elogio el nombre del hispano-italiano.

Amadeo Maiuri, que prologa, en 1938, la publicación destinada a dar a conocer, son sus palabras, «el mayor descubrimiento arqueológico en Ita-

lia, en los últimos cincuenta años», reconocía el mérito primero de Gazzola en estos términos: «hacia la mitad del setecientos el piacentino Conde Felice Gazzola tuvo conocimiento de los grandiosos templos de Pestum, olvidados y casi sepultados bajo cúmulos de escombros, de tierra y ruinas, y los hizo limpiar y estudiar con gran amor. El fue el primero en descubrirlos y dar a los doctos la posibilidad de visitar y realzar los templos de la antigua Posidonia». Con aquel descubrimiento, sensacional en su tiempo, como lo sigue siendo hoy, con nuevos hallazgos sorprendentes, Gazzola «dio impulso a los estudios de aquella Antigüedad, con estímulos a los eruditos, para tomar parte en las discusiones y promoviendo una serie de publicaciones». Así, el inglés Mayor publicaba en 1768 su obra «Ruins of Pestum», con dibujos del francés Soufflot; obra traducida al francés, en 1768, y reimpresa en 1833.

La aparición de esta obra hizo dudar a Gazzola si publicar o no sus alzados y planos, dados los errores que advertía en la obra de Mayor.

Al salir Gazzola para España encargó al Padre Paoli la nueva gran obra, que vio la luz en 1784 con el título «Rovine della città di Pesto detta ancora Posidonia», Roma 1784 (8).

El gran hallazgo gazzoliano debió tener lugar después de la campaña de 1744 que culminó en la batalla de Velletri. Su amigo Paoli lo dice: «los ocios de la paz los ocupó Gazzola en Nápoles en sacar del olvido las ruinas de Pestum».

El contemporáneo Mazzochi, en su obra de 1754, sobre las excavaciones de Herculano, señala también a Gazzola como el primero que atrajo la atención sobre Pestum, pocos años antes.

Pero es, más particularmente, el Abate Barthélemy el primero que escribe, desde Nápoles, en diciembre de 1753 en su «Voyage en Italie», señalando el mérito de Gazzola en haber sido el primero en descubrir las ruinas y en visitarlas repetidas veces para dirigir los trabajos de limpieza y trazado de planos y alzados, en la confección de láminas y grabados.

El gran hallazgo hizo de Gazzola un personaje de primer plano en el mundo cultural de la época y le produjo, también, algunas contrariedades. La publicación en París, por Soufflot y Cachin, a quienes Gazzola había invitado y facilitado la visita a Pestum, de planos y dibujos en cierto modo

(8) Vid. ZANOTTI BIANCO, P., e ZANCANI MONTUORO, P.: «Heraion alla face del Sole», en *Atti della Accademia Nazionale dei Lincei*. Roma, 1938.

fraudulentos, y en parte incorrectos y plagarios, que se incluyeron sin conocimiento ni autorización de Gazzola en la obra citada de Mayor, que no había visitado nunca Pestum y que contenía no pocos errores.

Después de muerto Gazzola, el Padre Paoli dejaba las cosas en su punto y daba satisfacción póstuma a Gazzola mediante la publicación de su obra en 1784 costeada por Carlos III que quiso así honrar a su amigo en lo que, como Pestum, más podía halagarle (9).

GAZZOLA EN LA RENOVACION DE NAPOLES

No terminó ahí, sin duda, la colaboración activa de Gazzola en la gran operación renovadora que lleva a cabo Carlos III en la capital de su Reino napolitano. El Palacio de Capodimonte, donde se instalan las antigüedades que, sin cesar, van arrojando las excavaciones vecinas; el gran Albergue dei Poveri, que quedó inacabado en sus proporciones ambiciosas, y que el propio Rey con su arquitecto Sabattini intentó repetir luego en Madrid, en el San Carlos suntuoso, y también incompleto. La fábrica de porcelanas, la Casa de Campo de Portici, pensada para museo, y el suntuoso, y único en su tiempo, Teatro de San Carlos.

En el equipo promotor de aquella renovación estupenda está, sin duda, Gazzola, que pronto aconseja y participa también en la construcción del gran Palacio Real de Caserta, que en 1751 Carlos encarga al Arquitecto L. Vanvitelli, que había sido director de las obras de San Pedro, y que, por entonces, por encargo del Papa, restauraba el Santuario de Loreto. Las obras, cuya dirección se encargaban a Sabattini, comenzaban solemnemente en presencia del Rey y de su esposa María Amalia de Sajonia, y se planeaba ser uno de los edificios más vastos y majestuosos de Italia, con amplios parques, jardines y acueductos. El lugar elegido, no lejos de Nápoles, se recuesta al pie de una serie de suaves colinas que corona el viejo burgo de Caserta Vecchia, con su encanto medieval y su bella Catedral del siglo XII, el finísimo campanil románico lombardo, y su airosa linterna, tan sugestiva. Desde allí, una vista inolvidable permite gozar, como lo harían Carlos III y sus inseparables Gazzola y Sabattini, toda la

(9) Una bibliografía exhaustiva de Pestum puede consultarse en F. FUERCHHEIN: «Bibliographie der Insel Capri und der Sorrento Halbinsel sowie von Amalfi, Salerno und Pestum», edizione Lipsia, 1916. Para Pestum, ver la página 124 y siguientes.

belleza de la tierra napolitana. Las obras en marcha de Caserta nueva, con el Palacio en obras, la «terra di lavoro», Nápoles con la Camándula, la Cartuja de San Martín, el Vesubio, y, más al fondo, el mar con las Islas de Capri, Prócida e Ischia emergiendo del Tirreno, sobre el que se recorta la península Sorrentina. Llena la vieja Catedral de sorpresas inesperadas como la sepultura de este Giácomo Galiano, que, al disponer su tumba suntuosa en 1542, se cuidaba de señalar en su inscripción latina la expresa prohibición de que se enterrasen en ella las mujeres, lo que da que pensar si lo haría para evitar la promiscuidad, aun más allá de la muerte, o para prevenir que un descendiente femenino, al casarse, hiciese hueco en el lugar fúnebre a un ocupante extraño a la línea del fundador.

Antes de abandonar la vieja Caserta, una inscripción bajo el Arco del Campanile nos recuerda la vecindad del Vesubio:

«A Die, Il Agosto 1707. Piove cenere cosi terribile che per undice ore continúe si perde le luche del giorno.»

Debajo, en el Palacio Real, cuyas obras vigiladas y continuadas desde Madrid por el fundador se terminaban en 1774, dos sorpresas nos aguardan hoy: un bello cuadro que representa a Carlos III joven, cabalgando airoso en la decisiva Batalla de Velletri, dando su izquierda al también caballero, asesor militar, más maduro de edad, su inseparable Gazzola. En otras salas, una bella colección de paisajes de Pestum nos está recordando la importancia contemporánea del hallazgo y la vinculación a las personas —Rey, Gazzola y Sabattini— de sus promotores.

GAZZOLA, EN ESPAÑA

Gazzola nos aparece en España formando parte del primer equipo napolitano que acompaña al Rey en 1760, y en el que forman parte los Esquilache y Sabattini, con el Consejo vigilante del gran Tanucci, desde Nápoles.

Los historiadores del período han sabido poner de relieve la importancia de los extranjeros en España, en el siglo XVIII (10).

Aparece, no obstante, que los extranjeros no llegan a alcanzar en ese período el volumen y, sobre todo, la importancia económica que tuvieron

(10) Véase en especial A. DOMINGUEZ ORTIZ: *La sociedad española del siglo XVIII*.

en el siglo anterior, en el que la inmigración, sobre todo de conversos portugueses, puso en sus manos resortes financieros y preponderancia en otros campos de la actividad española.

En el siglo XVIII disminuyó el total, pero aumentó su calidad. Se prefería a los más distinguidos y selectos y se daba paso a la inmigración de elementos laboriosos en la medida en que procuraba restringirse la de pedigüños e indeseables: Buhoneros piamonteses, genoveses y, especialmente, malteses, a quienes se obligaba a incorporarse a un gremio y sujetarse a las leyes ordinarias. Se prohibió, en especial, a los curanderos bearneses ejercer su oficio en los niños destinados a ser cantores de registro agudo, tan de moda en la música cantada y coral del tiempo (11).

Con los aires ilustrados se produce un cambio en la opinión y en las normas que regulaban la instalación entre nosotros de los extranjeros. Un Edicto Real de 1771 decretaba para los extranjeros útiles exención de alcabalas por seis años, lo mismo del servicio militar, y se les concedía autorización para poder instalarse en los puertos de mar. El extranjero se hace familiar en la sociedad española, y Madrid y Cádiz se convierten en dos centros importantes de fijación.

El prestigio de Gazzola venía ya consolidado desde Italia, y, apenas llegado, tiene ocasión de ejercitar sus calidades. El Pacto de Familia de 1762 nos lanza, aliados con Francia, a una guerra contra Inglaterra y Portugal, en cuya campaña, Gazzola, como Comandante General de Artillería, a las órdenes del Marqués de Sarriá, se distingue en el paso del Esla y en la ocupación de varias plazas, incluida Almeida.

Con ello, se termina la carrera militar activa de Gazzola, que tiene ya sesenta y cuatro años; y se inicia la acción intelectual que se centra en la creación de la Academia de Artillería, instalada en el Alcázar de Segovia. De 1763 son las Instrucciones y Reglamento principal del nuevo Centro, que define el alumnado al que se dirige como «hijosdalgo notorios, de buena traza y disposición personal», y que tuvo la suerte de ser la única que persistió de las otras creadas al mismo tiempo: las de Infantería de Avila y del Puerto de Santa María, establecidas por O'Reilly, y la de Caballería fundada en Ocaña por el General Ricardos.

Un alto nivel de consideración social y paga decorosa resucitó en la nobleza española su dormida vocación militar. En tiempo de Carlos III

(11) DOMINGUEZ ORTIZ, A.: *Ob. cit.*, p. 251.

llegó a haber 2.000 candidatos para 200 plazas de cadetes. Mientras, la tropa procedía de levass o reclutamientos para los que no faltaron dificultades y resistencias, exacerbadas por el malestar ante las numerosas exenciones, como la inmunidad de que disfrutaba la Corte.

GAZZOLA Y LA ILUSTRACION ESPAÑOLA

En época de resurgir español la nueva Academia segoviana se nos aparece como formando parte, muy significativamente, de la operación ilustrada en marcha.

Entre los sectores minoritarios que encarnan la propuesta ilustrada para renovar la vida española, se pensaba en la cultura como la vía para elevar el nivel del país y proporcionar al individuo los elementos básicos de libertad y dignidad necesarios para su buscada reforma. Se celebraban, con un entusiasmo casi religioso, los bienes de la cultura y del saber. En este sentido, una verdadera fiebre de aprender invade las capas distinguidas de la sociedad española. Feijoo y Sarmiento, en la primera mitad del siglo, habían marcado la pauta. La llegada de Carlos III instala en el poder un equipo de hombres que saben lo que quieren, y poseen, por vez primera, los instrumentos políticos necesarios para promover el cambio que desean. El asturiano Pedro Rodríguez Campomanes es Procurador del Consejo de Castilla desde 1762, y, desde ese cargo, es jefe de filas de la reforma y promotor y apoyo de las nuevas ideas. Escritores y poetas como Moratín, Cienfuegos, Jovellanos, Cadalso y Meléndez Valdés, Obispos como Tavira, políticos como Urquijo, publicistas como Marchena y Juan Antonio Llorente. Un espíritu de asociación marca la pauta en las Academias, reuniones literarias, tertulias y certámenes. Los poetas, en torno a 1770, se agrupan con Juan Pablo Forner en la llamada «Escuela de Salamanca». Se exalta el arte en las Juntas Públicas de la Real Academia de Bellas Artes, en las sesiones públicas de distribución de los premios que promueve el Rey o la propia Academia. Se reforman los estudios de la Universidad de Salamanca por el Consejo de Castilla en 1771, y los de Alcalá en el año siguiente. Se editan periódicos, muchos, desde la venida de Carlos III, como el «Semanario Económico» (1778), el «Diario Pinciano», el «Correo Literario» (1769) y el más conocido «Semanario Erudito», de Antonio Valldares, a partir de 1787.

Se promueve la fe en la cultura, que se resume en expresiones como ésta, salida de la pluma entusiasta de Meléndez Valdés: «Si el hombre no es miserable y débil que por ser ignorante, si se aumentan sus luces y sus conocimientos, se aumentará, al mismo tiempo, su poder y su felicidad, y se aligerarán sus penas.»

Se cree en la cultura dirigida para el logro de una obra benéfica y utilitaria, y así, Jovellanos, por ejemplo, deseaba una feliz combinación entre la teoría y la práctica, y buscaba un compromiso entre el pasado aristocrático y la democracia, que ha de lograrse por la cultura. Con lo que quedaba planteado el problema de la enseñanza y de la educación y por ello la reforma de la vida universitaria comenzando por la de los Colegios Mayores, que decreta Carlos III en febrero y marzo de 1771.

El mismo impulso promueve la creación en las villas de importantes academias y sociedades, como reuniones de hombres generosos y desinteresados, corifeos de la gran cruzada que debe promover la felicidad y el bienestar de sus compatriotas.

Se abre España a los extranjeros, a los que se confía colaborar en la gran empresa. Por lo mismo, se siente la necesidad de conocer otros países y beneficiarse de sus progresos. Por ello el viaje no se concibe como un simple modo de satisfacer una curiosidad, sino como un afán pedagógico de conocer, para, al regreso, aplicar en España lo aprendido en otros países. Antonio Ponz, Moratín, Viera y Clavijo, y tantos otros, viajan primero por España y luego recorren Europa para dar a conocer sus experiencias. Ponz viaja durante veinte años por toda España, escribe su famoso libro que titula viaje «de», y no «por», para indicar el espíritu con que se viaja. Luego Ponz hace su viaje por Europa y lo describe desde otra situación de ánimo. Moratín viaja por España, y luego recorre también gran parte de Europa. El canario Viera Clavijo visita la Mancha hasta Viso del Marqués, en 1770, acompañando al Marqués de Santa Cruz; y luego, de 1777 a 1778, viaja a Europa y Flandes. Como Iriarte, que nos deja su jugoso «Viaje a la Alcarria» de 1781. Jovellanos viajó, alerta en sus preocupaciones, por gran parte de España, y fijó sus observaciones y experiencias en sus jugosos «Diarios». Jovellanos no salió de España. Como Gazzola, que se movió sólo en viajes de ida y vuelta entre su Italia nativa y su España de adopción.

Era el medio más seguro para conocer, y los que podían hacerlo sentían la obligación de comunicar a los demás sus útiles observaciones. En España y fuera de España (12).

Los extranjeros que vienen a España traen, con frecuencia, en sus equipajes los libros y novedades intelectuales que alimentan la gran circulación de libros extranjeros por España, y se fijan en las Bibliotecas españolas, de las que es un ejemplo la de Gazzola, como tendremos ocasión de comentar.

Una España abierta y disponible para la penetración foránea. El irlandés Wall, de militar, como tantos otros de su origen, llega a ser Ministro de Asuntos Exteriores, desde donde favorece a sus compatriotas, como el General O'Reilly, que llegó a ostentar altos cargos en el ejército de su nueva patria. Bernard Ward es encargado por Fernando VI de realizar un viaje de instrucción por Europa, y Guillermo Bowles, irlandés también, redacta su famoso «Proyecto económico», para la reforma española.

No obstante, esta actitud de apertura hacia afuera no amortigua el sentido nacional ni la sensibilidad para responder a los juicios y valoraciones extranjeras que se consideran injustos. Diego José Dormer responde a esos ataques con una defensa de la lengua y de la literatura españolas en sus «Exequias de la lengua castellana», y Cadalso, tan vibrante siempre, puntualiza con su «Defensa de la nación española contra la Carta Persiana LXXVIII de Montesquieu», lo que considera calificaciones erróneas sobre España del gran escritor francés (13).

Los artistas de fuera están bien presentes en la vida española. El pintor Mengs, el escultor Robert Michel, que llega a dirigir la Academia de Bellas Artes. Los arquitectos Carlier y Jacques Marquet, que construye las Salesas, la Casa de Postas y la fábrica de porcelana del Buen Retiro. El ingeniero Charles Le Maur abre el paso de Despeñaperros, y el irlandés Dowling dirige la fábrica de San Ildefonso.

Campomanes subrayaba esta tendencia deliberada en su conocido «Discurso sobre la educación popular», y escribe: «todos los hombres se necesitan mutuamente. El verdadero extranjero en su patria es el ocioso».

(12) Ver, como ejemplo, el bien conocido libro de Antonio PONZ *Viaje de España*, 1772-94, seguido de los dos tomos del *Viaje fuera de España*, Madrid, Aguilar, 1947. Muy interesante la obra de Joaquín DE LA PUENTE: *La visión de la realidad española y los viajes de Antonio Ponz*. Madrid, Ed. Moneda y Crédito, 1968.

(13) Ed., prólogo y notas de Guy MERCADIER. Université de Toulouse, 1970.

En todo el país hay dispersos numerosos extranjeros en actividades productivas varias. Sabios como Loeffling, sueco, que organiza el Jardín Botánico; Proust, que enseñará química en Segovia; Habanneau, Dombey y tantos otros.

Una España abierta y con afanes de mejora y de progreso que desea caminar hacia un nuevo «espíritu científico», mediante la difusión de lo que se llamaban las «ciencias útiles». Las Matemáticas, la Química y la Botánica reciben un nuevo impulso. Entre los años 1770 a 1780, los años de madurez dorada de Gazzola, su último decenio, se pone en marcha el Jardín Botánico de Madrid, que se quiso que dirigiese el propio Linneo, pero que lo fue bajo la dirección científica de su discípulo, el citado Loeffling. La inscripción latina de la entrada, redactada por Gómez Ortega, es de 1781, apenas meses después de la muerte del italiano. La naturaleza, el ecologismo diríamos hoy, está a la moda. El italiano Mariano Pizzi, arabista, publicó en 1761 su «Tratado de las aguas medicinales de Sacedón», y el español Joseph Quer da a luz su «Flora española» en 1762.

En otro orden, la defensa y el cultivo de la lengua, como expresión del genio nacional, y la creación de Colegios de Cirugía, como el de Cádiz (1748), Barcelona (1760) y el de San Carlos en Madrid (1787). Mutis, promotor de su famosa expedición científica, enseñaba en Bogotá ciencia copernicana frente a Ptolomeo, todavía en boga. Todo ello compatible con una estabilidad de la fe tradicional, entendida como código de valores morales útiles, para una sociedad moderada por el buen gobierno. Un «cristianismo interior» despojado, excitador del alma dormida, y en busca de un estado de perfecciones útiles para la convivencia y el progreso social. Feijoo y Mayans habían sido los impulsores en sus campos respectivos. En 1780 Carlos III decreta la reforma del protomedicato con disciplinas y enseñanzas nuevas y pruebas más rigurosas. El Marqués de Santa Cruz daba el ejemplo asistiendo en París, en 1780, a la Escuela de Física, y a su regreso aportaba máquinas e instrumentos con los que ofrecía en su casa de Madrid un curso completo de física experimental, ayudado por el agudo canario Viera y Clavijo. En el cielo de Madrid se elevaba el primer globo aerostático como símbolo de los tiempos nuevos. La experiencia no escapó a la perspicacia de Goya, que reflejó el portento en un cuadro, seguramente tardío, que está hoy en el Museo de Agen (Francia) (14), y Jorge

{14} Vid. Gregorio MARAÑÓN: «Las ideas biológicas del Padre Feijoo». *B. A. E.*, t. 141.

Juan, de vuelta de su viaje de observación a América Meridional, publicaba sus «Observaciones astronómicas y físicas» tan renovadoras. El tema de las estaciones era entonces, como expresión del tiempo cambiante que retorna, tema predilecto en toda Europa, como lo eran, a modo de tema de reflexión, las cuatro edades del hombre.

No se produjo ruptura entre la religión tradicional y la nueva filosofía, ni entre la historia nacional, que se analiza con ardor y métodos nuevos, y la deseada incorporación al pensamiento europeo moderno.

A esta España en marcha se había incorporado Gazzola, en la cima de su experiencia vital, y en la madurez de sus años y de sus vivencias intelectuales. Hombre de acción y de lectura, apenas llegado a España recibe el encargo de fundar lo que había de ser el vivero de un Arma que precisaba de los nuevos saberes: matemáticas, química, metalografía. El aprecio compartido entre las armas y las letras venía siendo un lugar común en nuestra literatura, y ahora la reorganización del ejército de los Borbones, su tecnificación, marcaba la ocasión para hombres como Gazzola, militar de oficio, y lector, coleccionista y bibliófilo por afición bien definida (15).

Ya sus contemporáneos más perspicaces tuvieron conciencia de la importancia de la nueva Institución fundada por Gazzola. El historiador de Carlos III escribe: «Era Gazzola hombre de mérito, y puso la artillería en el pie más brillante. Estableció Gazzola, en el Alcázar de Segovia, un Colegio para su Cuerpo que no puede mejorarse» (16).

El prestigio inicial del Colegio de Segovia le dispensó privilegios desusados. En 1773, el Inquisidor General, Quintano Bonifaz, concede a la Academia facultad para adquirir y guardar libros prohibidos, a petición, sin duda, del primer bibliotecario del Alcázar, el también italiano Vimescanti, que lo era desde 1770.

(15) Entre la extensa bibliografía sobre la Ilustración, destaquemos, como libros generales y conocidos, Ernest CASIRER: *Filosofía de la Ilustración*. México, 1943. Paul HAZARD: *La pensée européenne au XVIII siècle*. París, 1946. Jean SARRAILH: *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII siècle*. París. Imprimerie Nationale, 1954. Luis SANCHEZ AGESTA: *El pensamiento político del Despotismo Ilustrado*. Madrid, 1953. Instituto de Estudios Políticos.

(16) NUÑEZ, Fernán: *Vida de Carlos III*, I, pp. 166 y ss.

JOVELLANOS Y GAZZOLA

En 1774 había escrito el ilustre asturiano: «la luz de la ilustración no tiene un movimiento tan rápido como la del sol, pero cuando una vez ha brillado sobre algún hemisferio se difunde hasta los más lejanos horizontes. Yo conozco mal mi nación, o este fenómeno va ya apareciendo en ella» (17). Jovellanos marca los nuevos estilos intelectuales de la hora.

Jovellanos y Gazzola. Se siente la tentación de poner en paralelo a estas dos figuras. Italiano el uno. Asturiano el otro. Dos orígenes, y dos trayectorias distintas. Pero una misma finura intelectual, y los mismos modos de comportamiento. Ambos tímidos, introvertidos y misóginos. Los dos solteros, moderados de conducta y finos de maneras. Lectores los dos. Amadores de libros, cuadros y belleza. Un rasgo, sin embargo, les separa. Jovellanos fue generoso en hablarnos de sí mismo, a través de cartas, diarios y libros de viaje. Gazzola, en cambio, fue muy parco en confidencias. Apenas nos dejó nada dicho de sí mismo, y tenemos, difícilmente, que intuirlo, no tanto de escritos y memorias, que nos faltan, como de su voluntad testamentaria, que felizmente se nos ha conservado en el bien mantenido Archivo Militar del Alcázar de Segovia y que, por la benevolencia y solicitud de su Director, hemos tenido la fortuna de manejar.

Gazzola y Jovellanos debieron conocerse, tratarse y estimarse. Se movieron siempre en el mismo mundo intelectual, y les unían las mismas preocupaciones y lecturas. Mucho más joven el asturiano, y distinta su dedicación profesional. Magistrado, hombre de leyes, el uno; militar, hombre de gobierno, el otro. Su contacto personal no debió ser ni muy pronto ni frecuente. Pero hubo de ser franco y efusivo. En los años de mayor actividad de Gazzola andaba Jovellanos por Alcalá y Sevilla. Su llegada a Madrid en 1778 debió intensificar su trato con el italiano, anciano ya, pero lúcido de ideas y abierto de trato. Jovellanos frecuentaría, en aquellos años finales, la tertulia de Gazzola en la que se hablaba de libros, de arte y de política reformista. Cuando el italiano muere y sus bienes salen a subasta no faltó la presencia de Jovellanos para retener, en la almoneda, algunos libros y objetos que servirían de memoria del amigo.

(17) B. A. E., obras de JOVELLANOS, t. 46, p. 80.

EL COLEGIO-ACADEMIA DE SEGOVIA

Cuando Gazzola llega a Segovia, y, desechando otros lugares, decide proponer el Alcázar como sede del nuevo Colegio, cerca de la Granja, donde reside hasta 1766, en que muere, su protectora y paisana Isabel de Farnesio, es ya un hombre maduro, con su vida prácticamente vivida.

No faltaban italianos en la Segovia de aquellos días. La Corte próxima en la Granja había centrado, en torno a la Reina viuda Isabel de Farnesio, buen número de compatriotas, políticos, músicos, artistas que trabajaban en aquel Palacio y en el fundado por ella misma en el próximo Riofrio. En la Catedral de Segovia, el siciliano Sabattini dejaba instalado en 1768 el Altar Mayor con las estatuas de San Frutos y el mítico San Geroteo. El revestimiento en plata de la Virgen sedente, y el sillón donde reposa, eran obra del también italiano Vendetti, lo mismo que los blandones, el dosel de plata y los ángeles vecinos firmados por Piccardoni.

El 18 de mayo de 1764 tiene lugar la solemne apertura de la nueva Academia con la lección inaugural que pronuncia el Padre Eximeno, valenciano, de la Compañía de Jesús, que había sido, por decisión de Gazzola, y consejo de Sabattini, nombrado Jefe de Estudios y Profesor de matemáticas, en el nuevo Centro.

Además del discurso, que luego se cita, del Padre Otaño, debo noticias sobre Eximeno al Padre Rodríguez de la Escalera de la Universidad Pontificia de Comillas, que ha visto las cartas que se conservan en la Academia de la Historia cruzadas entre el Jesuita y el Padre José Martínez, Procurador de la Provincia Jesuita de Aragón en Madrid (18).

Dice Eximeno el 17 de mayo de 1763: «Habrà como cuatro meses que me encontré con carta de Sabattini con quien no tenía yo más relación que haberle tratado ahí cuatro o seis veces, en la que me decía, que habiendo el Rey determinado erigir una nueva Academia de Cadetes en Segovia, y preguntándole el Conde de Gazzola al mismo Sabattini si tenía noticia de algún sujeto hábil para maestro de la nueva Academia, le respondió que en España no hallaría a otro más a propósito que yo; y que, en virtud de esto, le mandó el Conde escribirme para saber mi intención, a

(18) Muy recientemente, hace apenas unas pocas semanas, el Académico Secretario de esta Academia, don Enrique Pardo Canalís, ha escrito sobre Eximeno un importante trabajo con nuevas aportaciones y juicios muy valiosos.

fin de proponerme al Rey...» Queda, pues, confirmada la amistad y confianza entre Sabattini y Gazzola, así como la intervención del gran arquitecto en los primeros pasos de la Academia segoviana.

Curioso personaje, Eximeno. Expulsado de España con los jesuitas, en 1767, apenas tres años después de iniciada la Academia, se refugia, como muchos de sus hermanos, en Roma, donde pronto se seculariza. Matemático, escritor y musicólogo habló largamente de él Menéndez y Pelayo en sus «Heterodoxos» y en su «Historia de las ideas estéticas», y el Padre Otaño le dedicó su Discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando en 1943, para analizar su significación e importancia en la historia de la música. Eximeno, personaje notable, es autor de un interesante libro «Del origen y reglas de la música, con la historia de su proceso, decadencia y restauración. Obra escrita en italiano por el Abate D. Antonio Eximeno». Sobre Eximeno escribió también el musicólogo J. Padrell una obra publicada en Valencia en 1920. También en Valencia publica un estudio sobre Eximeno P. A. Pérez Ruiz, en 1955, con el título «Antonio Eximeno. Insigne músico, matemático y artillero». Por otra parte, hay toda una literatura sobre el nacionalismo cultural de los jesuitas expulsos en Italia que el P. Miguel Batllori resumió en su conocido e importante libro (19).

En una carta que Eximeno dirige a su Padre Provincial, José Martínez, pocos días después de la ceremonia inaugural, nos proporciona algún rasgo interesante sobre Gazzola y su carácter. De los pocos que tenemos. «La arenga inaugural —así la llama Eximeno— hizo un efecto admirable en todo el concurso..., y sobre todos en el Conde Gazzola. Desde media oración abajo —continúa el jesuita— no pudo el viejo estancar las lágrimas de ternura y de gozo. Lo mismo sucedió a los más de los oficiales.» Gazzola tenía entonces sesenta y seis años, mucha edad para su tiempo. Treinta y cinco eran entonces los años del agudo y desenvuelto profesor valenciano.

No eran éstas las únicas lágrimas de que tenemos noticias en el Alcázar. Por esos años, escribe Jovellanos su obra de teatro «El delincuente honrado», que se desarrolla en Segovia, y en donde se trata el tema de

(19) Miguel Batllori: «La cultura hispano-italiana de los jesuitas expulsos. 1767-1814». Ed. Gredos, 1966. Guido MAZZEO: «Los jesuitas españoles del siglo XVIII en el destierro», *Revista Hispánica Moderna*, XXXIV, 1968.

la licitud del duelo, en tiempos de clasimismo que criticaba el exagerado sentimiento de honor en nuestro gran teatro. El protagonista de esa obra, D. Torcuato, llora y justifica las lágrimas con estas palabras: «si las lágrimas son efecto de la sensibilidad del corazón, ¡desdichado aquel que no es capaz de derramarlas!». La famosa obra de Jovellanos se escribe en 1773, y era traducida al francés por el Abate d'Eymar. En años inmediatos se tradujo igualmente al inglés y al alemán.

La lágrima, como literario artificio retórico, es habitual en estos escritores, con sensibilidad rusoniana y sentimentalismo prerromántico. Eximeno insiste. «Ayer tarde, escribe, con decirle a Gazzola el Comandante 'vengo del Alcázar y he visto al P. Eximeno con los cadetes' echó de nuevo a llorar como un niño.» Admitamos, pues, que a estas alturas de su vida de solitario, Gazzola es, en sus días segovianos, un hombre sensible a las emociones, indefenso ante los sentimientos que le conmueven. Pero que aún ejerce funciones importantes en su vida, compartida entre Segovia y Madrid, cerca del Rey, con la antigua amistad italiana de muchos años. En momentos decisivos es muy estimado aún el consejo de Gazzola. Tal, por ejemplo, con ocasión del Motín de Esquilache. El 23 de marzo de 1766 se produce en Madrid, por causas que hoy conocemos bien —malas cosechas, alza de precios, acaparamiento y escasez del pan—, un hecho grave e inesperado. La multitud, que pide, entre otras cosas, la destitución del Ministro italiano, a quien se culpaba de los males de la situación, después de provocar graves sucesos en Madrid invade tumultuariamente la plaza de la Armería y exige la comparecencia del Rey en el balcón de Palacio. Para afrontar la situación, y adoptar, con apremio, las decisiones que se imponen, se reúne bajo la presidencia de Carlos III un Consejo Militar para aconsejar medidas urgentes. Participan en la reunión los altos Jefes militares, y entre ellos Gazzola, como Comandante General de la Artillería. Están también presentes el Duque de Arcos, Teniente General y Capitán de la Compañía de Guardas de Corps; el Conde de Priego, que era Coronel de las Guardas Valonas; el Marqués de Sarriá, que lo era de las Guardas españolas; el Conde de Oñate, Presidente del Consejo de Guerra, y el Conde de Revillagigedo. Las opiniones se dividen entre la dureza y la contemporización. Por las noticias que poseemos de aquel Consejo, Gazzola parecía optar y propone actuar con energía, como los Condes de Priego y Arco, mientras que el resto aconsejan al Rey moderación y parlamento con los amotinados. El temperamento conciliador del

Rey se inclina por la negociación. Sale por dos veces al balcón y promete, en términos conciliadores, recibir y estudiar las demandas. Aquella noche el Rey salía para Aranjuez, de donde regresaba pasada ya la tormenta. El Conde de Fernán Núñez estuvo junto al Rey, en aquellos momentos dramáticos, y nos ha dejado su testimonio. «Tuve el consuelo —escribe— de estar a su lado, sin otro intermedio que su confesor, las dos veces que en 23 de marzo de 1766 se vio precisado a presentarse al público de Madrid en el balcón de su Palacio, cuando el tumulto, y de admirarle y compadecerle en aquella triste situación.» Situación inesperada, en una España aparentemente tranquila, que no dejaba suponer aquel estallido imprevisto. Que, casi en los mismos términos, había de repetirse, en otro escenario, Versalles en 1789, como prólogo a la gran Revolución Francesa (20).

Un hombre, Gazzola, digamos bueno, pero muy parco, ya lo hemos dicho, en hablarnos de sí mismo, y sólo muy aproximadamente nos quedó su figura. Salvo la que, a buen seguro, se dispersaría en la almoneda, o la que existe en Piacenza, la iconografía de Gazzola es, en general, tardía, y muy convencional. El retrato que se presenta con mayor frecuencia, el de Caserta, no es, tampoco, contemporáneo.

Se trata de una tela de gran formato que adorna una de las paredes de la «Sala di Alessandro» en la «Reggia de Caserta», cerca de Nápoles, debida al pintor del país Camillo Guerra, que representa a Carlos III en la batalla de Velletri. Sobre un fondo de paisaje de montaña el Rey cabalga, llevando a su izquierda a Gazzola, también caballero, ambos con lucida casaca y tricornio de plumas, que recorren en triunfo los lugares de la reciente batalla.

Los retratos, por desgracia, son de segunda mano. El pintor, nacido en 1797, cuando ya ambos personajes, Rey y consejero, habían salido de Nápoles hacía casi cuarenta años, hubo de valerse de retratos del tiempo, que tendría a la vista.

Del pintor Guerra, que vive hasta 1874, nos han quedado otras obras en la Galería de Capodimonte, y en las iglesias napolitanas de San Francisco de Paula, Santa María de la Gracia y San Felipe Neri.

[20] NUÑEZ, Fernán: «Historia...», p. 5. Existe una bibliografía muy abundante sobre estos sucesos de Madrid y los que siguieron en no pocas provincias. CORONA BARATEX, C.: «El poder real y los motines de 1766». Zaragoza, 1969. VILAR, Pierre: «El Motín de Esquilache», en *Revista de Occidente* núm. 107.

La sala de Caserta, en la que se exhibe el cuadro, está adornada con frescos y bajorrelieves que representan pasajes de la vida del héroe de la Antigüedad, y en ella se muestran ostentosos sillones que sirvieron de Trono a Joaquín Murat, y a su mujer Carolina Bonaparte, durante su fugaz reinado en la ciudad del Vesubio.

Son muy pocos los testimonios personales que decidió transmitirnos. Por lo que deducimos, debió ser un hombre introvertido, moderado, de palabra breve. Resulta por ello difícil intentar su biografía completa. Nos faltan elementos de información y juicio. Por eso cobran un interés particular los testamentos que ahora hemos podido utilizar, por vez primera, de manera exhaustiva. Lo que no sabemos por otros conductos, logramos saberlos ahora por esta vía sincera en la que el personaje se nos muestra, de modo expresivo, en sus gustos, preferencias y actitudes. Ya que no por otros testimonios., Gazzola aparece aquí póstumamente definido, de manera que nos es posible intentar una parte importante de su biografía de forma bastante aproximada.

LOS TESTAMENTOS. LAS VOLUNTADES FINALES

Su primer testamento, en italiano, lo suscribe Gazzola en Madrid el 11 de agosto de 1769, y cuenta, entonces, setenta y un años. «Resido en España, declara, al servicio de S. M. Católica, en calidad de Teniente General de sus ejércitos, Comandante General del Real Cuerpo de Artillería y Coronel de sus cuatro batallones. Gentilhombre de Cámara y Comendador de la Orden de Santiago. Hijo, añade, del General Juan Angel Gazzola, de Piacenza, en Lombardía.»

Dispone Gazzola que se vendan todos sus bienes, plata, joyas, cuadros, libros, instrumentos de música, ropa, muebles y vestidos. Y que el importe se transfiera a Piacenza para invertirlo en censos en favor de una Fundación que conceda dotes para doncellas pobres, «de buena fama» —«ocho doblones de oro de España», y un «peso duro de España»—, y becas a seis jóvenes que estudien pintura, escultura, arquitectura; bellas artes, en una palabra.

Gazzola no deja nada al azar. Dispone, con todo detalle, hasta el uniforme que ha de distinguir a sus becarios: «vestido de paño azul, turquí, con casaca, chupa y calzones, sombrero, dos pares de medias del mismo

color, camisas, corbatines y un par de zapatos para cada año». Usa para testar, dice, del «decreto de nuestro Clementísimo Soberano y Real Infante de España, D. Fernando». Piacenza, la patria de Gazzola, está gobernada, a la sazón, por un Príncipe de la Casa Real española, hijo del Infante D. Felipe, sobrino de Carlos III, y nieto, por tanto, de Isabel de Farnesio.

Gazzola lleva a cabo, poco después, su último viaje a Italia. En Piacenza otorga nuevo testamento el 20 de marzo de 1770, hallándome en mi patria, dice, «con real permiso de mi amo».

GAZZOLA: LA DOBLE NACIONALIDAD. EL FIN. SU ENTERRAMIENTO

Entendemos bien el «status» jurídico de estas gentes, si les aplicamos el concepto de doble nacionalidad. Italia, su patria. España, su patria de adopción, a la que sirven. Digamos, de pasada, pero con el énfasis que merece, que esta presencia italiana en la vida española, esta abundancia de italianos entre nosotros, dice mucho, tanto de la fidelidad de éstos a su aliada de varios siglos, como del buen eco que España hubo de dejar en aquellas tierras que se llaman Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña, gobernadas, hoy lo sabemos, y los italianos también, con moderación y generoso sentido político.

Vivir o morir, en España o en Italia, era la misma cosa para aquellas gentes. Gazzola nos lo dice en el testamento que comentamos: «Luego que yo halla fallecido sea en Italia o en España, donde mi suerte me llevaré.» Gazzola tenía entonces setenta y un años. Al siguiente, está de nuevo en España.

Su vida, en esta etapa final, alterna entre Segovia y Madrid, donde tiene casas abiertas que le permitirán una vida social a la que está vocado por sus maneras de hombre fino, lector asiduo y tendencias cultas. En el Madrid ilustrado de aquellos días, la figura y la obra de Gazzola cobraron, sin duda, brillantez y relieve. Se acaba de fundar el Jardín Botánico, una tras otras salen expediciones científicas para América, siguiendo, como el italiano Malaspina, en su vuelta al mundo, las huellas de Jorge Juan y Ulloa. Las Sociedades Económicas de Amigos del País promueven iniciativas y progresos, se crean industrias, se estimula el crecimiento y la riqueza. Una gran España, en vías de lograrse; «una España posible», como se ha dicho, que pudo cuajar en estímulos definitivos de buen go-

bierno, si la Revolución Francesa, prematura para nosotros, coincidiendo, para mal, con la muerte de Carlos III, no hubiese venido a interrumpir el proceso.

En este clima de estímulo y de fe en el desarrollo de la ciencia, conviene situar a Gazzola y a su obra de Segovia. El Colegio-Academia de Segovia hay que verlo inserto en el clima de progreso que impulsaba la Ilustración.

En el verano de 1769 había salido Gazzola para Italia, adonde llega pasando por Inglaterra y Francia. Dicen mucho del carácter puntual y de la minuciosidad del italiano los papeles suyos, que nos han llegado, sobre las comisiones y visitas que, durante este viaje europeo, se propone llevar a cabo, y los gastos previstos.

En París visita al Ministro Choiseul. Allí, y en Londres, se ocupa de adquirir libros y publicaciones recientes, como el «*Traité d'Horlogerie* par Monsieur Thiout», que figura en su inventario, y un «*Viaggio pittoresco di Parigi*» de 1752. Así como los tratados de Leibnitz y Lock y otros varios.

En Bayona y París tenía Gazzola corresponsales habituales que le enviaban las novedades en libros. Como un cierto Cagnoli que habitaba en la rue de Richelieu y le enviaba la revista «*L'Esprit des Journeaux*», de París, y la publicación «*Introduction a la connaissance des livres*» que se publicaba en Viena.

Gazzola estaba de regreso en España en septiembre de 1771. Poco después, era nombrado caballero de la Orden, recién fundada, de Carlos III. Gazzola tiene ya setenta y tres años. Pocos después, el 6 de enero de 1774, era nombrado por el Rey Consejero del Consejo Supremo de Guerra, y en 1775 Inspector General de la Artillería de América.

Todo ello proporcionaba a Gazzola unos ingresos superiores a 14.000 reales mensuales, sueldo muy alto si se tiene en cuenta, como puntos de referencia, que un Coronel-Comandante de Distrito ganaba unos 2.200 y un profesor de la Academia de Segovia no pasaba de 800 (21).

La uremia, la artritis, el reumatismo y otras secuelas, habían limitado las actividades del viejo General, condenado, en sus últimos años a permanecer en un asiento, del cual no podía alzarse sin la ayuda de dos servidores, saliendo de casa, raramente, en una carroza en compañía de «un

(21) Ver LANUZA CANO: *Para la historia de la Artillería*, p. 85, 1952.

pobre mártir oficial de Artillería... que detestaba su mala suerte, cargando conmigo como con un saco de paja», según escribía el propio Gazzola a su amigo Viviani el 17 de octubre de 1774.

Desde su casa madrileña, rodeado de libros y objetos de Arte de su predilección, a pesar de sus carencias físicas, continuaba Gazzola, en sus años finales, dirigiendo la Academia de Segovia, a la que continuaba enviando cartas e instrucciones. Del mismo modo dirigía cartas a un sin fin de personalidades fuera de España y mantenía relación epistolar con no pocas de dentro: el Conde de Floridablanca, la Gran Duquesa de Toscana, Infanta de España, hija de Carlos III, María Luisa de Borbón, Felice Fontana, notable profesor, «físico» de la Universidad de Pisa, al famoso Leopoldo de Gregorio, Marqués de Squilache, el del «motín», embajador entonces de España en Venecia, al gran Canciller austríaco Kaunitz, y tantos otros que testimonia de la altura social de nuestro personaje instalado, desde España, en un clima abiertamente europeo, como hombre de su tiempo.

Vuelto Gazzola de su viaje a Italia, se inicia la etapa final, de la que sabemos poco. Una vida de solitario, con muchas horas de meditación y lectura, con pocas amistades, pero muy selectas. Entre ellas el siciliano Sabattini, Arquitecto Real, que poco antes había trazado para el Palacio de Riofrío el hoy Retablo Mayor de la Catedral de Segovia, y que aparece con frecuencia, en vida y muerte, ligado en amistad sincera con nuestro hombre. Nacido en Palermo en 1772, es pronto adjunto de Luigi Vanvitelli (1700-1773) en los trabajos del nuevo Palacio de Caserta, donde seguramente interviene también Gazzola. En Madrid luego, adonde llega en 1760, en el séquito del nuevo Rey Carlos III, dirigió los trabajos del nuevo Palacio Real de Madrid y trabajó, igualmente, en los de Aranjuez y El Pardo, concibe y dirige la ejecución del edificio de la Aduana, la fábrica de porcelana del Buen Retiro y la Puerta de Alcalá, más el soberbio e inacabado Hospital de San Carlos. Académico Honorario de Mérito de la R. A. BB. de San Fernando y director honorario desde 1791. Sabattini muere en Madrid en diciembre de 1797.

Desde 1777 Gazzola está enfermo. Padece, se nos dice, «gota y melancolía que le causaba el no hallar alivio alguno». Su ayuda de cámara, el italiano Vicente Maduci, nos dice que «le asistió por espacio de tres años, de día y de noche». Nos queda documentado el triste testimonio de san-

grías, medicinas, ungüentos, cantáridas y sinapismos que intentan atajar la gota y las secuelas que le agobian.

Gazzola muere, sin familia, como había vivido, en su casa de Madrid, en la calle de San Bernardino, el 4 de mayo de 1780, a los ochenta y dos años de edad.

Es difícil resistir el evocar su Capilla ardiente, cuya descripción se nos conserva en los documentos anejos al testamento. Gazzola yacía sobre una «cama imperial» que se alquilaba al efecto, vestido con gran uniforme, sombrero, peluca, espada, botas y espuelas; con los atributos, además del hábito de Santiago, al que pertenecía. En cuatro altares adornados se dijeron en la propia sala gran número de Misas hasta el entierro, que tuvo lugar en la Iglesia de San Martín, acompañado por clero, Comunidades religiosas, niños de la Doctrina, pobres del Hospicio, tropa, banderas y tambores.

Quedan despejadas las dudas sobre el lugar de su enterramiento. Lo fue la cripta de la Capilla de Nuestra Señora de Valbanera, **en la Iglesia abacial de San Martín**, que ocupaba, con su claustro, terrenos en la actual plaza de las Descalzas de Madrid, y fue, como otras, abatida por José Bonaparte, en 1809, en un desaforado afán urbanista que D. Elías Tormo, en su precioso libro sobre «Las Iglesias de Madrid», se encargó, con sobra de razones y datos, de lamentar.

En el Museo Municipal de Madrid se conserva una vista de las Descalzas Reales, tomada desde la calle de Bordadores, en la que se ve perfectamente la portada y el esquinazo de la Abadía, y se percibe el alzado del edificio. Está fechada por Juan Minguet, en 1758.

Cuando la conquista de Madrid, Alfonso VI concede al Monasterio de Santo Domingo de Silos, el antiguo Santuario Mozárabe, concesión confirmada en 1126 para los Benedictinos. Tenía la Iglesia abacial, bajo su jurisdicción, todo el arrabal norte de Madrid, desde el Carmen hasta San Antonio de la Florida. Abadía exenta de la villa, como en París lo era la establecida en el «faubourg» de Saint Germain, también benedictino, incluía el Palacio Real y dependió de Silos hasta 1601 en que pasó a tener jurisdicción exenta que englobaba buen número de casas nobles que habían sido atraídas a aquella proximidad distinguida.

Antonio Ponz alcanzó a conocer San Martín cuando aún estaba intacto, y nos ofrece, puntual como siempre, una descripción pormenorizada en el tomo V de su «Viaje». Era la Parroquia más extensa y numerosa de Madrid.

La fachada, poco importante, daba a la plazuela de las Descalzas con su estatua del Santo titular a caballo en actitud de partir su capa. La estatua se tenía por de Pereira. Construida la iglesia hacia 1600, era en su interior pequeña y luego muy desfigurada en su clasicismo por las capillas laterales que la ampliaban, una de ellas la de Valbanera, donde sería enterrado Gazzola. En el Retablo señala, como siempre minucioso, Ponz, buenas pinturas de Eugenio Caxés y esculturas de Pedro Alonso de los Ríos representando a Santo Domingo de Silos y Santa Gertrudis, más una Magdalena penitente de Pedro de Mena. En los retablos colaterales lucían pinturas de Claudio Coello y de Carreño, representando, esta última, a Jesús, María y José. No gustan al exigente Ponz los altares colaterales, que le parecen «malísimos..., con graderías y tallas muy dignas de quitarse de allá», y elogia, en cambio, otras cosas que daban relieve a la Iglesia Benedictina. En la propia Capilla donde sería enterrado Gazzola, junto al presbiterio, destacaban dos grandes urnas sepulcrales: una, de D. Alonso Gutiérrez, Contador Mayor de Carlos V, y otra, de Manuel Zapata, Caballero de Calatrava y Patrón en 1684. Ponz pondera ambos sepulcros, que antes estuvieron en el centro de la Capilla, y que le parecen del «estilo de Beruguete, y lo mejor que hay en Madrid». Más cosas ilustres. En el lado del Evangelio de la importante Capilla, donde sería enterrado Gazzola, figuraba también, en noble vecindad, la lápida sepulcral, en buen latín, de Jorge Juan, y en la próxima del Santo Cristo yacía en el suelo, en lugar de paso, que Ponz lamenta, nada menos que Martín Sarmiento, benedictino, en casa de los suyos. No lejos estaba enterrado el tallador y arquitecto Jacometrezo, que trabajó en El Escorial. Por su testamento, de 1580, en el que se declara «natural de la Villa de Treço, que es en el Estado de Milán», ordena ser enterrado en la Iglesia de San Martín. En la pared maestra de la Capilla quedó enterrado Gazzola, y sobre el cuerpo del sepulcro una lápida de mármol con los trofeos de guerra, con el busto encima de Gazzola, y la inscripción siguiente: «Aquí yace Don Félix Gazzola, Conde de Esparavera, Cereto, Landi y Mazineso. Caballero que fue del Orden de Santiago, Comendador de Carrión en la de Calatrava, Gentilhombre de Cámara de S. M. Teniente General de Sus reales ejércitos y Consejero en el Supremo de Guerra. Comandante General del Real Cuerpo de Artillería, Coronel e Inspector General de su tropa y de las Reales Fábricas de cañones y municiones, y Director del Real Colegio Militar de Segovia.» Quedan aquí bien expresados los títulos y honores que honran

la biografía, no común, de Gazzola. Un breve comentario a uno de ellos. En 27 de abril de 1765 había tomado posesión de la Encomienda de Carrión de Calatrava «con el goce de sus frutos y rentas». Como tal, según la costumbre de la Orden y del tiempo, debía entregar al Comendador Mayor de la Orden cien ducados de Vellón, equivalentes a 37.500 maravedíes, a cambio de no satisfacer el caballo, armas, acémila y mula a que, como tal Encomendero, estaba obligado.

En el claustro, Fray Juan Ricci, religioso también de la Orden, había dejado pinturas con la vida de San Benito, y otras más de su mano en el refertorio y otros parajes de la Abadía, que no carecía de medios para adornarse con obras importantes. En el claustro alto, un bello Crucifijo de Alonso Cano. Había, además, una importante Custodia de Juan de Arce de tres cuerpos, hecha expresamente para la Casa, como lo delataban las figuras de Santo Domingo de Silos y San Martín a caballo, más la estatua de San Benito que la coronaba.

Debemos a la puntualidad de Ponz una rica información, bien significativa. La Biblioteca de San Martín era muy importante, «una de las mejores —nos añade— de las Comunidades de Madrid», sobre todo desde que se incorporó a ella la del erudito Padre Sarmiento, y la que fue de D. Francisco de Quevedo «con notas suyas» en algunos ejemplares. Todo expresa la importancia de la Abadía y de la boga que, desde atrás, venía disfrutando (22).

Los objetos de arte, muchos y muy notables, de Capillas y memorias —Pedro de Mena, Alonso Cano, Gregorio Fernández, Ricci, Carreño y Claudio Coello—, en parte se perdieron, y, en gran parte, fueron a parar, el siglo pasado, en 1836, a la Iglesia madrileña de Portaceli, hoy Parroquia de San Martín, que se encuentra entre las calles de Luna y Desengaño (24).

(22) El sepulcro de Gazzola se negoció con su amigo en vida, «el Señor Mariscal Don Francisco Sabattini» y con otros «facultativos». Formaron varios diseños y modelos, pero, a causa del subido precio de 53.000 reales, se optó por el modelo del escultor Antonio Primo, todo ajustado en la más modesta cantidad de 12.000 reales.

(23) La lápida sepulcral de Gazzola, con un medallón-relieve de perfil, debido al escultor Antonio Primo, fue transportada, sucesivamente, al convento de la Trinidad, y luego, en 1879, al Museo Arqueológico Nacional, donde permaneció hasta su traslado al Museo del Ejército, donde hoy se encuentra.

(24) Vid. Elías TORNO: *Las iglesias de Madrid*. Ed. de 1972.

Los restos de Gazzola, como tantas cosas en el vendaval decimonónico, guerra napoleónica, desamortizaciones y abandonos, se perdieron, a pesar de la dignidad del enterramiento.

MEMORIAS Y TESTAMENTOS

Como es bien sabido, no es España un país donde se guste de escribir memorias. El español es más bien recatado para abrir su intimidad, y reacio a brindar sus confidencias. En el tiempo en que ahora nos movemos se producen, sin embargo, algunas excepciones notorias. Moratín nos dejó sus diarios, que debemos publicados a la diligencia de René Andioc (25). Jovellanos, por su parte, nos brinda sus confidencias en sus libros de viajes, que tan bien conocemos, y que cubren un largo período de su vida (26).

Entre tantos españoles silenciosos, que no nos hablaron de sí mismos, Gazzola no es una excepción. Pero, en su caso, contamos, por fortuna, con sus testamentos, que nos brindan informaciones y datos para reconstruir, en gran parte, el perfil de su figura.

Los testamentos de Gazzola nos proporcionan una información tan copiosa como excepcional. Pocos hombres notables nos han dejado de sí mismo, ni tanta noticia precisa ni tanta información abundante.

Está por hacerse la historia sistemática de los grandes españoles a través de sus testamentos. Piezas generalmente muy expresivas de la mentalidad y de los comportamientos personales de quienes los autorizan. Recientemente el muy laborioso y competente archivero Antonio Matilla Tascón ha dado a luz en el Instituto de Estudios Madrileños, 1983, una muy interesante colección que contiene 43 testamentos de personajes españoles de los siglos XVI y XVII, que constituyen aportación muy valiosa a sus biografías. Escritores como Garibay, Calderón, Lope de Vega o Velez de Guevara. El músico Cabezón, o los artistas Carreño de Miranda, Claudio Coello, Herrera Barnuevo, Pantoja de la Cruz, Peregrín, Jacometrezzo y Zurbarán. Entre los políticos están Alvaro de Bazán, Diego Colón, el Car-

(25) Epistolario de Leandro FERNANDEZ DE MORATIN. Ed. Castalia, 1973. A Pedro Ortiz de Armengol debemos un estudio jugoso y profundo sobre las andanzas de Moratín en Inglaterra: «El año que vivió Moratín en Inglaterra. 1792-1793». Ed. Castalia, 1985.

(26) De 1790 a 1810, publicados por Miguel ARTOLA en *B. A. E.*, tomos 85 y 86.

denal infante D. Fernando, el Duque de Lerma, Luis de Requeséns y el Conde Duque de Olivares.

TESTAMENTOS Y CREENCIAS

Un estudio del sentir religioso de estos hombres deberá contar con las fórmulas con que se inician sus últimas voluntades, además de las cláusulas que definen sus preferencias. Para la historia de las ideas religiosas de un período dado las fórmulas invocatorias que inician los testamentos resumen la creencia y el sentir de sus autores y las vivencias espirituales que socialmente se comparten (27).

Yo mismo me refería a este estudio sistemático de los testamentos «que reflejan, en términos de sincera solemnidad, las convicciones religiosas, la sensibilidad ante la muerte, y los cambios en su expresión» (28).

No cabe aquí el análisis pormenorizado que se desearía. Quede dicho, al menos, que durante los siglos XVI y XVII hay una constante en las fórmulas testamentarias que consiste en invocar, con preferencia a la Trinidad, casi siempre la Virgen, y, según el gusto de cada testador, un determinado número de Santos que con frecuencia se repiten y a veces en fórmulas extensas y hasta farragosas.

No resulta sorprendente comprobar en qué medida, en cambio, a lo largo del siglo XVIII el sentido secularizador que lo caracteriza se traduce en el adelgazamiento de las fórmulas invocatorias y en la simplificación de sus contenidos. Puede servir el ejemplo de Gazzola: «invoco los Santísimos nombres de Jesús y de María y la eficacísima asistencia del Angel de mi Guarda y de San José y de los demás Santos». Sin más. Ha des-

(27) El historiador francés Le Roy Ladurie ha analizado agudamente el proceso de descristianización de una importante región francesa, estudiando los testamentos de un largo período, que marcan, muy expresivamente, el cambio. En dos libros se analiza, muy lúcidamente, el fenómeno: *Les paysans de Languedoc*, Flammarion, 1968, y *L'Argent, l'amour et la mort en pays d'Oc*, París, 1980, Editions du Seuil. Otro historiador francés de hoy se ha ocupado del mismo tema: Michel Vovelle: *Piété baroque et déchristianization, attitudes devant la mort en Provence au XVII^e siècle*, París, Le Seuil, 1978. Del mismo: *La mort et occident de 1600 a nos jours*, París, Galimard, 1982.

(28) PEREZ VILLANUEVA, J.: *Reflexiones sobre la historia en nuestros días*. Universidad Autónoma de Madrid, 1974.

aparecido la invocación a la Santísima Trinidad que no faltó sistemáticamente, durante siglos, en las fórmulas sacramentales. Aunque siempre hay excepciones, porque los hábitos arraigados se olvidan muy lentamente. El Conde de Floridablanca, de vuelta de muchas experiencias intelectuales y políticas, en su testamento, otorgado en Murcia el 26 de febrero de 1805 declara hacerlo «en el nombre de la Santísima Trinidad», como venía haciéndose en España desde dos siglos atrás; si bien, unos meses después del mismo, en agosto de ese año, al ratificar sus voluntades, lo hace en «nombre de Dios Todopoderoso Amén». Los tiempos, tiempos de crisis, cambiaban los gustos antiguos. Pero el propio Jovellanos al testar el 2 de julio de 1807 lo hace al modo casi tradicional: «en el nombre de Dios Nuestro Señor, Trino y Uno. Amén». Como se venía haciendo desde tiempo atrás. Sirva de ejemplo el testamento de Diego Colón, suscrito en 1578, que se inicia de esta manera: «en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que son tres personas en un solo Dios verdadero que vive y reina por siempre sin fin». Toda una explícita profesión de fe tridentina, proclamada hacía poco, y que prosigue largamente. Persona tan significativa de su siglo como el Conde Duque de Olivares, asume la fórmula consagrada: «en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero»; y a continuación, obediencia a la Iglesia Católica, fidelidad a sus normas, asunción plena de su fe y solicitud de ayuda, con sus nombres, de una veintena de Santos y Santas, algunos de reciente proclamación en su tiempo, como los españoles Francisco Javier, Ignacio de Loyola y Teresa de Jesús.

No podemos demorarnos en tema tan jugoso, en el que los historiadores de las mentalidades y del sentir religioso tienen amplio campo de reflexión.

Los contemporáneos de Gazzola no nos dejaron siempre sus testamentos, o, al menos, han llegado, sólo parcialmente hasta nosotros. De Campomanes algo sabemos de su testamento y memorias testamentarias (29). Jovellanos habla con frecuencia de sus cosas, libros y objetos de su afecto. Otra ocasión habrá —es de esperar— para poner en contraste el testamento de Gazzola con la de otros ilustres contemporáneos y amigos. El de Moratín, tan copioso siempre de pluma, que la diligencia de Rene

(29) Publicada noticia y comentario, que no he podido ver, en el *Boletín de Estudios Asturianos*. Oviedo, 1924.

Andioc puso en orden; los de Goya, uno de los cuales, en plena ocupación francesa de Madrid, debemos a la diligencia siempre alerta del ya citado Antonio Matilla. Contemporáneo y seguramente amigo de Gazzola, es de Campomanes, el jefe de fila del grupo ilustrado, de quien más noticias testamentarias nos han quedado.

LAS CASAS DE GAZZOLA Y SU CONTENIDO. UN HOMBRE REFINADO

Gazzola, en el gusto por la cultura, y en el amor a lo bello y a los libros, se inserta, por derecho propio, en la España en que vivió y en la que desempeñó un papel distinguido y relevante. Vamos a ofrecer a continuación, para mostrarlo, el prometido análisis de su testamento, y la consideración de los datos y circunstancias que permiten presentar la figura que, a partir de ahora, aparecerá con perfiles más definidos.

Gazzola dejaba al morir tres casas abiertas: Piacenza, Madrid y Segovia. Su previsión testamentaria, la estima en que tenía los objetos, libros y enseres acumulados a lo largo de su vida de coleccionista, nos han conservado la relación completa de lo que constituía su herencia.

La biografía de Gazzola, tan parca hasta ahora de noticias en vida, se enriquece a la vista de estos inventarios, que culminan en los de la casa de Madrid, sin ninguna duda la más importante y rica de las suyas. Se encontraba esta vivienda, que debía ser suntuosa, por lo que sabemos de su contenido, en la calle de San Bernardino, entre las actuales de San Bernardo y Plaza de España. Gracias a la puntual diligencia del Juez de Bienes, Miguel Gálvez, «Caballero Pensionado de la Orden de Carlos III, Regidor Perpetuo de Málaga, del Consejo de Guerra, Asesor General de Artillería y Cuerpos de la Casa Real», se nos ha conservado el inventario completo que nos permite dibujar, a título póstumo, el personaje y sus lecturas, sus aficiones, gustos y preferencias, que nos dan la medida de sus calidades. Como, además, se nos brinda la tasación pormenorizada, por expertos, de objeto por objeto, podemos saber puntualmente la importancia de lo acumulado a lo largo de la vida, nada vulgar, del personaje.

Camafeos de ágata, cabeza antigua de mujer griega, piedras antiguas, una con mujer desnuda como saliendo del baño. Sortijas, sortijas ricas con ágata, con cabeza y bustos antiguos. Todo un tesoro de arqueología clásica

que define a un hombre exquisito que nos trae el recuerdo del rico Nápoles y sus contactos con el Pestum maravilloso. No es posible, ni siquiera sumariamente, seguir, ni menos comentar, lo que tales inventarios sugieren y ayudan para tipificar y definir a Gazzola.

Relojes ingleses, franceses y españoles, vajillas de plata abundantes, vestidos lujosos, y uniformes, colgaduras, alfombras y tapices. «Tapiz para los pies en el coche», se nos advierte.

La colección de pinturas de variados temas y tamaños es copiosa e importante. Bodegones, paisajes y retratos; algún que otro tema religioso, en minoría. Países varios, vistas de Roma, figuras a caballo, escenas de tropa y ejercicios de artillería, escenas y vistas de Italia, perspectivas. No falta un oratorio portátil que debió acompañarle desde Piacenza en sus desplazamientos, viajes y campañas. Se cuentan, entre mayores y menores, no menos de 200 cuadros. Un verdadero Museo que culmina en dos retratos, uno de Rubens y otro de Van Dyck, de los que apenas se nos brindan detalles someros que nos faciliten la identificación actual, y que, sin embargo, hemos intentado como luego se dirá.

Muchos dibujos, al parecer, importantes. Libros y cuadernos varios de grabados que algo se comentarán. Batallas, temas varios, ruinas antiguas, figuras chinescas, Emperadores Romanos, mapas y planos de ciudades, todo un libro con dibujos originales de Doménico Fontana. Estampas, en número incontable, entre las que destacan los campos de interés que eran para Gazzola preferentes. Historia de la Casa de Saboya y de los Médicis, los planetas, los sentidos, las antigüedades de Roma, mapas y perspectivas, vistas de Caserta, la galería del Palacio Farnesio, en su ciudad natal.

Se trata, simplemente, de llevar al ánimo del lector la imagen que produce la lectura de estos inventarios que nos proporcionan el conocimiento de un Gazzola de altas calidades intelectuales, un hombre de finas preferencias, definidas por sus curiosidades y lecturas. En su Biblioteca están los clásicos, como Vitruvio, Serlió, Montana y el Vignola. Un ejemplar también del «Orbis Terrarum» de Ortelio.

Su gusto por la antigüedad le define como un hombre de su tiempo. Medallas, antigüedades de Roma, los sepulcros antiguos, el anfiteatro Flavio, una curiosa descripción, con dibujos al apoyo, del traslado e instalación del obelisco egipcio en la Plaza de San Pedro. No; no era un hombre vulgar este Gazzola. Fiel a sus vocaciones primeras, entre sus libros de

estampas vemos uno bien significativo: «El libro de estampas que trata de la ruina de la ciudad de Pestum», y de otras ilustres antigüedades próximas, como Puzzoli.

Junto a estampas y cuadros, los objetos preciosos acreditan en Gazzola un gusto exquisito de coleccionista: cristales ricos, marfiles, mármoles y bronce antiguos.

Un hombre fino, con un nivel de vida que nos denotan sus animales de montura y carga, su jardín y sus coches: dos berlinas, un forlón español, un carro de campaña, atalajes, tiros y guarniciones diversas.

Gazzola debió gozar de una gran estima social en el Madrid de su tiempo, y su casa debió estar abierta a la refinada sociedad en la que estuvo inscrito. Una bodega bien provista daba la acogida adecuada que aquel hombre solitario dispensaba a sus amigos. Los inventarios que manejamos nos dan, como siempre, la medida de su refinamiento. Vinos de Burdeos, de Madeira, de Málaga, de Venecia, de Cabo de Buena Esperanza. Licores italianos de Venecia y Nápoles; también de Holanda, Marrasquino, de Cascabel y de Rota. Cuando Gazzola muere había en su casa, además de estas provisiones, dispuestas para el regalo de sus huéspedes, más que para el consumo de su dueño forzosamente abstemio, 16 arrobas y seis libras de cacao —«la mitad de Caracas y la otra mitad de Maracaibo», se nos dice— y 31 libras de tabaco en polvo. Dos rasgos que añadir al personaje y a su entorno. El chocolate, vicio de las tertulias ilustradas, y el tabaco, gusto definidor de aquel tiempo, incienso de los hombres de casaca y peluca.

LOS LIBROS DE GAZZOLA. UNA EXCEPCION

Llegamos al punto clave de este análisis póstumo del personaje. Sus libros. Todo lo que la vida de Gazzola ha llegado hasta nosotros de herméutica, se nos abre y esclarece con el inventario, que poseemos detallado, de sus lecturas. Pocos personajes han dejado de sí mismos un testimonio tan revelador y definitorio, en magnitud y calidad que tendremos ocasión de comentar más adelante.

Gazzola, en esto también, constituye una excepción. La relación pormenorizada que poseemos de sus bienes, y, sobre todo, el inventario completo y detallado de sus libros, constituyen un caso único que, por ello,

reviste un interés particular, y, para su tiempo, único. Por suerte sabemos hoy cuanto deseamos saber sobre el vivir de Gazzola, sus hábitos de comportamiento, la inclinación de sus gustos y preferencias, sus aficiones intelectuales, el interés de sus campos de lectura, y el mundo de sus gustos artísticos y de sus libros. Nos hace posible saberlo la fortuna que tenemos de disponer de sus testamentos, que nos reflejan, con detalle desusado, el vivir del italiano, su entorno personal y el marco de sus comportamientos personales.

De pocos como de Gazzola podemos hacer la biografía intelectual de sus curiosidades y lecturas. Porque, además de otras cosas, el fundador de la Academia de Segovia fue un consumado bibliófilo, gustador de libros y gozador de su compañía. Muchos libros, y muy selectos y significativos, que nos han llegado en su inventario postmortem agrupados por idiomas. Libros latinos, libros italianos, libros franceses, libros españoles; y, en menor cantidad, libros ingleses. Libros de su tiempo, pero, también, ediciones antiguas; dado que el inventario nos anota la fecha de edición y el precio alcanzado en la almoneda. A ella acudieron varios de sus amigos dilectos, que, al retener en la venta muchos de ellos, rendían así tributo de solidaridad intelectual con el amigo desaparecido. Sabbatini, Jovellanos, Floridablanca, Embajadores y amigos, el exquisito Infante D. Gabriel, que debía ser su amigo, como lo era el Rey Carlos, su padre.

Emociona ver, como le hubiese, seguramente, emocionado al propio Gazzola, que sus libros más representativos, sus objetos queridos, fueron a parar a manos amigas, ya que el inventario nos da sus nombres y el objeto de venta de sus predilecciones.

En lo que fue biblioteca de Gazzola no falta nada representativo y abunda lo selecto. Lo antiguo y lo moderno. Por desgracia no es posible hacer más que un leve recuento y parte del comentario que tanto se desearía más extenso, procurando extraer de las páginas del copioso testamento las informaciones más expresivas que nos ayuden a recomponer la vida de un italiano distinguido que nos sirve de modelo de lo que era un hombre de su tiempo, un ilustrado, en sus gustos, costumbres, lecturas y preferencias.

Se trata de una aproximación al Gazzola vivo. El precioso legajo que guarda el Archivo del Alcázar de Segovia, y las amables y generosas facilidades con que se nos permitió estudiarlo, en particular su Director, Coronel Epifanio Borreguero, hacen posible este estudio que cuenta con in-

formaciones de valor excepcional gracias a la minuciosidad con que Gazzola dictó sus disposiciones testamentarias, y al rigor y la diligencia que sus testamentarios y servidores pusieron en cumplirla. Las informaciones, las confidencias que no tenemos en vida, las tenemos copiosas y metódicamente ordenadas tras de su muerte. No sólo los testamentos; los papeles archivados, los recibos y comparecencias, las descripciones del tránsito, y, sobre todo, los inventarios subsiguientes, nos permiten recomponer una imagen bastante exacta de quién fue Gazzola, de su modo de vida, de su estilo de comportamiento, de sus gustos y preferencias, de sus lecturas, sobre todo.

En la imposibilidad de transcribir el copioso y muy expresivo legajo, más los documentos anejos de que disponemos, brindamos a continuación una síntesis comentada de lo que, por ser más significativo, en mejor medida puede contribuir a perfilar la atractiva personalidad del italiano.

LOS TESTAMENTOS EN DETALLE

Gazzola hace, como ya se dijo, su último viaje a Italia en el verano de 1769. Como había nacido en 1698, tenía entonces el noble italiano algo más de setenta años. En este viaje, Gazzola dispone y arregla sus cosas en Italia y declara su última voluntad en un testamento que lleva fecha de 1770 «reinando en Piacenza el Real Infante de España D. Fernando, Nuestro Clementísimo Duque» y redactado en el «Palacio donde reside el infrascrito». En él se declara residente en España, al servicio de S. M. Católica, ocupando los cargos militares ya conocidos y ostentando el título de Gentilhombre de Cámara, Caballero de Santiago y Comendador de Calatrava. En dicho testamento instituye por su heredero universal al pariente más cercano, y ordena que se vendan todos sus bienes para las finalidades que declara.

Antes de salir de Madrid, el 11 de agosto de 1769, había otorgado otro testamento en italiano ante el Notario Giuseppe Colombo, de Piacenza, Notario Público Apostólico y escritor de Breves del Tribunal de la Nunciatura Apostólica en España.

De regreso a España, autoriza, el 13 de mayo de 1770, una traducción certificada al español en la que son testigos Josef Colombo, el ya citado, Josef Carneli, de Piacenza también, que era Guarda de Corps de la Com-

pañía italiana, y Vicente Scire, de Palermo, todos tres, como se ve, italianos, y residentes a la sazón en Madrid.

Hombre meticulado y puntual, Gazzola, a la hora de organizar sus últimas voluntades, dejaba todo establecido con una ordenada precisión. Después de una larga vida en España, acudía a la confianza y al testimonio de sus compatriotas para dejarlo todo bien dispuesto. Como ejecutores testamentarios designaba al Conde Félix Portapuglia, al también Conde Arcediano Roca y al Consejero Maggi.

Dispone, con reiteración, que todos sus bienes sean vendidos a su muerte y destinados a constituir una fundación, con sede en Piacenza con una doble finalidad: becas para casar jóvenes muchachas pobres y virtuosas y ayudas para jóvenes estudiosos de pintura, de figuras, animales, ornatos y flores. O bien escultura en mármol y madera y arquitectura civil y militar. Podían ser también estudiosos de agrimensura o platería. No se trataba, y es curioso, de promover entre sus protegidos la carrera de las armas. Sí, en cambio, aquellas dedicaciones que constituían los campos que le habían sido, además de su carrera, las predilectas. Italia venía siendo ya el país de atracción para los artistas, como lugar de formación. La Academia de Bellas Artes de Madrid, que había pedido al Rey que se impidiera la salida de obras de arte, lo que se dispuso en 1779, venía preocupada de antiguo por regular el envío a Roma de pensionados, y obtuvo becas reales que permitieron, con normas establecidas desde 1757, el viaje a Italia de buen número de artistas españoles. La Fundación de Gazzola y las becas para artistas estaban, pues, bien instaladas en la corriente del tiempo. Los becarios de Gazzola debían ser naturales de Piacenza y de edad quince a dieciséis años.

Como se ha dicho, para nutrir dicha Fundación debían venderse todos los objetos de plata, joyas, cuadros, libros, instrumentos de música, ropa blanca, obras de arte, vestidos y muebles. Todo lo que se contuviere en las casas de las que Gazzola era propietario. De sus posesiones y bienes en Italia el testador constituía en herederos a Josef Grasi de Faraneto y a Antonio, su hermano, hijos de Francisco Grasi y Bárbara Gazzola, hermana del padre del fundador. A tal objeto enumeraba todos los bienes y raíces de que era propietario en los pueblos de San Polo y Fontana Freda, así como los edificios, granos, empréstitos y dotes que quedaban enumerados.

Apenas muerto Gazzola, el Caballero de Santiago y del Consejo de

S. M., D. Felipe Samaniego, certificaba la fiel traducción al castellano de los ejemplares del testamento, en latín e italiano, más la traducción castellana, que le eran exhibidos el 13 de mayo de 1780.

En estos trámites, y en los documentos con que Gazzola había identificado sus voluntades, aparecía el escudo de la Casa: una estrella en lo alto de tres montecillos y una urraca.

INVENTARIOS

En cumplimiento de las disposiciones testamentarias, se procedió en seguida a redactar los oportunos inventarios que se practicaron en las tres viviendas.

LA CASA DE SEGOVIA

Está referida en su testamento: en la ciudad de Segovia «casa adornada y compuesta».

Por disposición de D. Miguel Gálvez, Caballero pensionado de la real y distinguida Orden de Carlos III, Regidor perpetuo de la ciudad de Málaga, del Consejo Supremo de Guerra y Asesor General de todos los Cuerpos de tropa de la Casa Real y de Artillería, se dio comisión al Teniente Coronel D. Baltasar Ferrer, Comandante interino del departamento de la ciudad de Segovia, para que, asistido de los jueces o justicias de la ciudad, procediese a levantar el secreto e inventariar los bienes que hubiere en la casa de Gazzola.

Tenemos a la vista la relación completa de los bienes, objetos y posesiones de la dicha casa. Hacemos gracia al lector de ofrecerle una relación pormenorizada, y sí, solamente, una selección de aquello que por ser más significativo brinda una idea más cabal del vivir habitual de la persona.

Por lo pronto, los fríos segovianos quedaban testimoniados de manera elocuente: «un burro de madera de álamo negro con una caxita de hierro para calentar la cama». Son más de uno los braseros que se relacionan. Y no faltan las «ratoneras de pino».

Sabemos de la pintura que adornaba la casa: un cuadro con pavos reales, otro con conejos, otro con pavos y todavía otro con gallo. Los gustos

de un solitario, amante de la naturaleza; gusto muy del tiempo. Cuadros de paisaje, también con animales y otros de flores y marinas. Un paseo por la casa nos depara todavía un cuadro con las «Tres nobles Artes», otro representando la Música, y todavía otro con un general a caballo. El ilustrado caballero gustaba de «Vistas de puertos de mar en Francia», enmarcados en rojo con filetes dorados, y otras tres estampas con países y «vestigios romanos», delataban sus orígenes y sus gustos por la arqueología clásica. En una de las paredes aparecen seis estampas de retratos con marcos plateados.

No adornaban la casa de Segovia las mejores y más selectas piezas del italiano. Era, sin duda, Madrid el lugar de preferencia.

El inventario segoviano no nos depara mayores sorpresas. Piezas de cobre para el uso habitual de la casa, lo mismo de hierro y hoja de lata, mantas, jergones, esteras bastas y finas, loza, cristal, vidrieras. Todo, en fin, lo que nos confirma en un vivir digno, sin alardes ni lujos. La parvedad del aderezo nos queda confirmada por el siguiente testimonio, que se registra documentalmente. Habiéndose dado aviso, y «puesto papeles» anunciando la almoneda de lo contenido en la casa, «no hubo persona alguna que entre a comprar dichos bienes». Así se declara, en la testamentería, a 17 de julio de 1780. Dos meses después de muerto el testador.

El lector segoviano agradecerá, seguramente, que le recordemos que Gazzola vivía en «la plazuela que llaman de la Compañía» en arrendamiento de casa propiedad del Mayorazgo del Marqués de Quintanar, niño, por su madre, tutora y curadora, que firma el finiquito de lo acordado por alquileres.

Antes de decir adiós a la casa segoviana convendrá, aún, retener una última información: el 23 de septiembre de 1780 se daba cuenta, levantando acta, de que el Conde de Lacy, Comandante General del Real Cuerpo de Artillería, había adquirido «diferentes bienes muebles, maderaje y otros efectos» de la casa que fue de Gazzola.

LA CASA DE PIACENZA

En la casa de Piacenza, menos abundosa y rica que la de Madrid, no faltaban tampoco ni plata ni objetos valiosos. Ni pintura, sobre la que, por desgracia, no se nos ofrece información bastante. Cuatro cuadros del

«Tedesco» con cornisa dorada. Debe tratarse, sin duda, de Mengs, llamado así habitualmente en España. No debe sorprendernos la escasez de noticias de la casa piacentina. Una vista del inventario nos lo aclara: «No se han encontrado otros bienes porque fue vendida la mayor parte de ellos de orden del mismo caballero muchos años quando pasó de Nápoles a España a servir en los exércitos de Su Magestad Católica, y los restantes, que servían para el uso de la señora su madre, fueron también vendidos después del fallecimiento de ésta.»

No obstante, se nos habla de cuadros: tres iguales de figuras de Cornelio Vaes, y otros de varios retratos. Cuatro de retratos de Príncipe, dos sobrepuestas de países, un cuadro con niños escuela veneciana, otro flamenco «de comediantes», dos de tema sagrado con marco negro, otros dos de escuela flamenca, otro con príncipes, y otro, en fin, que representa a los hebreos en el desierto. Ningún detalle más se nos añade. En todo caso, se perfila una preferencia por la pintura nórdica en relación a la italiana. No hay base para avanzar más en la pesquisa. Toda aquella pintura, que acredita un gusto, queda inédita para nosotros, porque, cumpliendo la voluntad testamentaria del propietario, fue dispersada, como todo lo demás, en la almoneda.

Muy recientemente, en 1981, ha visto la luz un importante libro dedicado a Gazzola y a describir su Instituto. Muy interesante para la etapa italiana de Gazzola y para su entorno familiar, lo es menos para su época española, y, en todo caso, no incluye ni invalida las aportaciones que aquí se hacen a la figura del italiano (30) y (31).

LA CASA DE MADRID. LA MUERTE DE GAZZOLA

El inventario y tasación de la casa de Gazzola poseía en Madrid, que fue sin duda la más importante de las suyas, se practicó por D. Miguel de Galve, como juez de tasación, y por el escribano D. Antonio Ruseco.

(30) Al año siguiente de la muerte de Gazzola, y según su voluntad testamentaria, se constituía en Piacenza la Fundación, que hoy todavía existe, como «Instituto Gazzola», y que, además de cumplir sus fines, guarda un estimable museo y cultiva la memoria de su fundador.

(31) Vid. «Il Gazzola. 1781-1981» a cura di Ferdinando Arisi, Gustavo de Gropello y Giuseppe Mirchi. Piacenza, 1981.

Por testimonio otorgado en Madrid a 14 de julio de 1776 se daba poder al Coronel Antonio de Angosto y a Carlos María Marraci para que «se apoderen y aposesionen de esta mi casa» y de todos los bienes y de las demás rentas y efectos si la «Providencia Divina dispusiese de mi fallecimiento fuera de esta Corte».

El 4 de mayo de 1780, avisado Miguel Galve de estar «gravemente enfermo y próximo a la muerte el Excmo. Sr. D. Félix Gazzola», se persona en la casa. Son las ocho y media de la noche del dicho día y Galve da orden, ante el próximo fallecimiento, de «que se recojan todas las llaves de sus casas, y pongan en seguridad y custodia sus bienes, alhajas, efectos y papeles». Asistimos al final. A las diez menos cuarto de ese mismo día fallecía Gazzola en su casa de la calle de San Bernardino, de Madrid. El solícito Galve, en cumplimiento de sus obligaciones, «vió y reconoció el cuerpo cadaver del Sr. Conde de Gazzola», y ordenó que se buscara su testamento, o cualquier otra disposición, que recogiese sus últimas voluntades. Entre sus obligaciones estaba el disponer lo necesario relativo al ceremonial, complicado ceremonial, que exigía dar tierra, con la dignidad debida y acostumbrada, a un personaje tan sobresaliente.

LOS TRAMITES FUNERARIOS. UNOS MODOS SOCIALES

El lector sabrá disculpar el tono peculiar que revisten las informaciones que ahora siguen. Las aceptará por el interés que deparan y por lo que constituyen de desusado testimonio, excepcional podía decirse, de unos hábitos sociales que, de tal manera, nos sirven para saber los modos de comportamiento, expresivos, en gran medida, de una sociedad ilustrada que en tantos aspectos se sentía progresiva y renovadora.

Al día siguiente de su muerte, 5 de mayo de 1780, Gazzola yacía en una «cama imperial». No era eso solo. La liturgia funeraria al uso exigía que el difunto portase el hábito, borlas y manto capitular de la Orden de Santiago, a la que pertenecía. Gazzola fue, como ya se dijo, Caballero de Santiago, y como tal, disfrutó de una Encomienda lo que le situaba en la cumbre de la escala señorial. Todavía, a fines del siglo XVIII, la mayor parte del territorio nacional estaba bajo régimen de señorío, jurisdiccional o solariego, y millones de españoles, campesinos en su mayoría, vivían

en régimen de excepción, si bien las poblaciones y núcleos importantes, aunque en minoría, dependían directamente del Rey; eran de realengo.

En la misma sala, cuatro altares, adornados con luces diferentes, servían para rezar gran número de misas, a veces simultáneamente, en el transcurso de la mañana del mismo día hasta la hora de las diez «en que se empezó a disponer el entierro».

El entierro debió constituir un acto social multitudinario y de gran relieve ciudadano. Como se ha dicho en otro lugar, el cuerpo de Gazzola quedó depositado en la Iglesia Parroquial de San Martín al que fue acompañado por diferentes Comunidades piadosas y Conventos religiosos, todos los pobres del Hospicio, se nos dice, más los niños de la Doctrina. Rindieron honores las tropas de infantería y caballería, banderas, estandartes, trompas y tambores enlutados, con todos los honores respectivos y correspondientes al carácter y graduación del Conde. Al entierro de Gazzola debió asistir clero en abundancia. A fines del siglo XVIII se contaban en España 2.077 casas de religiosos varones con 60.000 personas. Las religiosas sumaban 1.122 casas con 24.000 profesas. La cifra total del clero secular y regular, incluidos Ministros y sirvientes, alcanzaba en la misma época unos 182.000 miembros que hacía un volumen total que no llegaba al 2 por 100 de la población, pero su importancia en la vida nacional y su papel en la sociedad eran mucho mayores de lo que estos números indican (32).

Según los cálculos que se derivan del Catastro de Ensenada, la séptima parte de la tierra de labor y pasto estaba en manos del clero, si bien, atendiendo a la renta que producía, venía a ser la cuarta parte de la renta total del país, lo que indica que, por su buen grado de cultivo o la mejor calidad de la tierra, eran, proporcionalmente, más productivas.

En la relación de los asistentes al entierro no se cita a los disciplinantes entre la piadosa asistencia que acompañaba a Gazzola. Esta práctica, por ser considerada supersticiosa, no devota y de mal gusto, había sido prohibida por pragmática de 1777.

(32) Vid. DOMINGUEZ ORTIZ, A.: *Op. cit.*, pp. 123 y ss.

VULGARES DOCUMENTOS EXCEPCIONALES

Cumplidos los trámites funerarios, se procedía a la lectura de testamentos y mandas con la ayuda del «Traductor General de Lenguas» D. Josef de Samaniego, que autorizó la traducción al castellano del testamento, documentos y minutas que guardaban las mandas del muerto ilustre.

Como este relato desea atenerse, por razones obvias, a límites moderados, precisa renunciar a traer a colación papeles y documentos, simples en sí, pero reveladores de unos modos sociales y de unas costumbres, todavía en vigor a fines del siglo XVIII. Desde el simple lavado de ropa hasta la reparación y arreglo de la berlina, que debía figurar enlutada, y como respeto, en el desfile funerario. Todos los deudores, por su parte, acudían en la ocasión. Así sabemos de la cantidad de cera, mucha, que se gastó en las ceremonias, no sólo en la Capilla mortuoria, sino en el acompañamiento, frailes, clero y pobres al séquito funerario. Poseemos, por ejemplo, la relación, con sus nombres y firmas, de todos los sacerdotes y religiosos que dijeron misas en sufragio del muerto, las de cuerpo presente y las que, según costumbre, se dirían luego durante un largo período.

Nada es desdeñable, como cuadro de época y expresión de unos modos de comportamiento. La gratificación, por ejemplo, a los soldados artilleros que estuvieron de guarda en la casa durante la enfermedad y luego de cuerpo presente. Los vestidos de luto y los sombreros negros que correspondían a la ocasión; el acarreo de las mesas y altares que adornaron adecuadamente la sala mortuoria.

La muerte todo lo aclara. La de Gazzola nos ofrece informaciones y testimonios, que, no por ser de escaso nivel, son menos carentes de información y de relieve testimonial. Un Antonio Sanz, «barbero y sangrador», pasaba su cuenta al cobro: 319 reales por «un mes de barba», una «sangría, más las cantáridas, sinapismos, lavatibas», 8 a dos ptas., y la asistencia necesaria de día y de noche. Nadie se libraba de las prácticas médicas de rancio abolengo, todavía en uso a pesar de los progresos sociales del tiempo.

Tocar las campanas, con reinteración y ritmo adecuado, se cobraba según tarifa. Dos días «de clamores», en sufragio de un muerto, venían a costar, en este caso a los testamentarios de Gazzola, según recibo, la cantidad de 40 reales.

Las muchas misas rezadas, de las que en los papeles queda testimonio, se pagaban de acuerdo con tarifa habitual. Cada misa dos pesetas, o sea el equivalente a ocho reales de vellón.

Es todo un cuadro de época el que los papeles nos deparan. Muerto ya Gazzola, un Tomás Calvo Rodríguez acude a cobrar los 60 reales que se le deben por «la leche de burra que su Exca. había tomado» durante su enfermedad. Nos dejan perplejos las seis arrobas de vino en los «gastos extraordinarios» habidos en la casa del Conde desde el 2 al 6 de mayo. Las gentes que asistían, en funciones diversas, al final del Conde, a su muerte y funeral, levantaban el ánimo con aquel estímulo, que venía a costar a razón de 34 reales la arroba.

El duelo producía gastos inhabituales. Un «Geniani hijo y Compañía» suministraba y cobraba seis pares de medias negras, tres bolsas del mismo color para el pelo, tres juegos de hebillas para luto, tres espadines a juego, tres varas de cinta para lo mismo, más tres hebillas para corbatín, que debían estar destinados a los asistentes más relevantes o a los deudos más representativos del muerto.

Un Francisco Pataccina, italiano también, había suministrado la cera, abundante, gastada en la ceremonia mortuoria: para la casa y capilla, para los altares laterales al catafalco, para las Comunidades benéficas y religiosas que acompañaron al entierro, para la Parroquia de San Martín, para los pobres del Ave María que asistieron al acto, para los criados que fueron al entierro, más los terceros —las Ordenes Terceras se entiende— más la Clerecía. Deducidos los cabos viejos que, mediante descuento, volvían a su origen, significaba esta partida la importante cantidad de 4.560 reales.

Debemos a la puntual solicitud de los servidores y testamentarios de Gazzola el que nos haya llegado la noticia de no pocas informaciones, en su mayoría insólitas. El buen artesano Ramón Durán nos informa sobre la caja mortuoria. Siete pies de larga, ocho barras forradas de estameña franciscana, otras en galón dorado, herrajes en flor de lis doradas, tachuelas negras, más el trabajo de tres oficiales. Un total de 557 reales.

La información no cesa y resulta difícil, por lo extraordinaria, privársela al lector. Un Julián Pérez era el «administrador de la mitad del Estanco de blandones» y, como tal, pasaba la factura de 100 reales por «seis blandones y cuatro blandoncillos de plata que sirvieron donde «estuvo de cuerpo presente» el fallecido. Por su parte el «Administrador General de las Memo-

rias y Obras Pías» cobraba 160 reales y veinte maravedís de vellón por el alquiler, en monopolio, de siete piezas que habían servido para enlutar la sala donde estuvo expuesto en su casa el difunto. Otro servicio, muy peculiar, acudía al cobro. El llamado «custodio de entierros», otro servicio en exclusiva, cobraba su canon por «la asistencia de nuestros Hermanos Terceros al Entierro y Responso, y por la almohada de la Orden».

Entre más misas celebradas en Iglesias, Parroquias y Comunidades, otros servicios demandaban su remuneración habitual, como el «Colegio de San Ildefonso de los Niños de la Doctrina», cuyo Mayordomo pasaba su cargo de 49 reales de vellón por asistencia al entierro de la Mangueta de plata asistida por 30 niños que la acompañaban. El colector de la Iglesia de Nuestra Señora de Montserrat, del Real Hospital de la Corona de Aragón, pasaba el recibo de la limosna debida por las Misas de sufragio celebradas en dicha Iglesia. Lo mismo el Mayordomo de la Real Casa Hospicio de Pobres del Ave María y San Fernando por los 40 pobres que asistieron al entierro.

Vale la pena la enojosa enumeración que venimos haciendo. De su lectura se desprende un cuadro de época de lo más expresivo. Unos hábitos sociales de los que no nos sobran testimonios. Este pormenor nos permite, por ejemplo, hacernos una idea muy cabal de lo que fue la ceremonia funeraria y el entierro de Gazzola, en la Iglesia madrileña de San Martín. Tenemos las facturas que lo pormenorizan: derechos de cruz y vigilia, tumba y mullidor, crucero, sacerdotes, velas y capas, clamores, «con todas las campanas» se nos precisa, ofrenda, nicho y bóveda, sepultureros, cera y velas en los altares, responsos, paño rico, lutos, blandones y tarimas, blandoncillos, responso general con todo el clero, Misas de Cuarta, asistencia de comunidad. Todo se especificaba, y arrojaba un total de algo más de 391 reales.

Antes de pasar a practicar los inventarios generales, previstos por la voluntad del testador, se liquidaba, previo pago, a los que, hasta la muerte del titular habían sido servidores de la casa. Un Juan Rodríguez, criado, un Francisco Pérez, criado también, Manuel García, cocinero, Ramón Martínez, lacayo, Pedro Carnerero, Mayordomo. Un Juan de la Rúa, por último, «que no sabía firmar» cerraba la nómina de servidores, y cobraba, como los demás, una soldada de tres meses como indemnización de despido y cese de sus actividades.

Previo al inventario de la casa de Madrid y a la venta pública de los objetos de todas clases que se contenían en ella, se tomaban algunas dili-

gencias necesarias. Un Nicolás Lameyra, por ejemplo, procede al examen y tasación de todas las pinturas, dibujos y estampas, y, a más, pone marco de madera, nuevo y dorado, al retrato del difunto Conde de Gazzola. Nos queda el testimonio de otros tasadores, como el de un Patricio Lauro que lo hizo con todos los muebles, y asistió luego como experto a la almoneda de todos ellos.

De la liquidación general de la casa y de la herencia, nos quedan abundantes testimonios documentales que contribuyen, en gran manera, a perfilar la biografía, aunque sea póstuma, del fundador de la Academia de Segovia. Nos salen al paso nombres insospechados, se nos ofrecen sabrosas informaciones. Un Vicente Meluci sirvió cerca de Gazzola como su ayuda de cámara hasta su fallecimiento, y antes, le había asistido por el espacio de tres años, de día y de noche, que duró su enfermedad. Pedía su sueldo, y pedía también los gajes que «le correspondían como a tal ayuda de cámara, y, como es costumbre hacerse en casa de otros Señores de esta Corte, como es la cama en donde murió su Señor» y la ropa blanca correspondiente. Así sabemos una acostumbrada cosa más.

Acudían a la liquidación cuantos se creían con derecho al pago de algún servicio, tal los artilleros que guardaron la casa durante la enfermedad y la vigilaron, ya vacía de su titular, durante el tiempo de la almoneda.

El último en acudir en demanda de sus derechos, era, sin duda, el más notorio. Pedro Jachini, de nación italiano, que había servido a Gazzola en calidad de Mayordomo, Caballerizo y repostero durante más de 16 años. Luego, fue elegido para que se ocupase de la dirección, cuidado y gobierno de la casa mortuoria, durante el tiempo que durase el inventario y la almoneda. La identificación y la amistad con que había vivido con su amo, fue posponiendo el pago de sus haberes, confiados, durante años, a la buena fe entre amigos. Jachini, muerto su amo, pide ahora, con discreta dignidad admirable, que se le abone lo que parezca justo y se le retribuya para el abono del viaje de vuelta a su patria italiana.

INVENTARIO Y ALMONEDA

Además de su testamento, que por fortuna poseemos muy pormenorizado, Gazzola había otorgado poder al Coronel Antonio de Angosto y a Don Carlos María Marraci para que, una vez fallecido el testador, «se apoderen y aposesionen de esta mi casa, de mi habitación en ella, de todos mis

bienes, muebles, alajas, papeles y demás pertrechos que en ella se hallaren» procediesen a practicar un minucioso inventario, y luego a la venta de todo, para darle el destino conforme a su voluntad testamentaria, primero otorgada en Piacenza y luego confirmada en Madrid.

Las instrucciones fueron cumplidas rigurosamente, y esto significa para nosotros una información excepcional y de primera importancia. La escasez de datos de que hasta ahora disponíamos para rehacer la vida de Gazzola se compensa con esta información que el testamento nos proporciona. Testamento excepcional por su minuciosidad y amplitud, y por su carácter único, por su riqueza de datos. La detallada relación que se nos ha conservado, nos permite rehacer la vida del personaje, sus gustos y aficiones, sus preferencias y lecturas, su finura selectiva para rodearse de bellos objetos y disponer a la mano de una copiosa biblioteca que dice mucho de sus campos de interés, de sus predilecciones en cuanto a temas, y de su amplitud de horizontes intelectuales.

El repaso de sus inventarios nos permite saber del personaje cuanto hasta ahora no hubiésemos imaginado. Su nivel de vida, sus comportamientos personales, el vivir de un soltero con vida interior y capacidad de soledad, conversando a solas con sus obras de arte predilectas, con sus recuerdos varios, con sus libros preferidos.

Rechazamos la tentación que nos asalta de dar a la estampa la relación pormenorizada de que disponemos. Deberemos contentarnos con ofrecer un extracto del rico contenido de lo que tenemos a la vista.

PIEDRAS. ORO. JOYAS

Los diamante, oro, plata y piedras preciosas, muchas labradas, fueron tasados por D. Manuel de Lizasoain y D. Manuel Martínez. Algo nos dice este apellido. Las platerías Martínez estaban entonces en todo su apogeo. Ocupaban, frente al Museo del Prado, el espacio que hoy es el Ministerio de Sanidad, y antes los Sindicatos. Las joyerías Martínez trabajaban preferentemente para la Corte, y su prestigio era también solicitado por Casas Nobles y particulares. Sus piezas, con firma que las acredita, con la fecha, son hoy muy apreciadas por los entendidos. Se llamaba, pues, a justipreciar a persona entendida entre los de su oficio de platero.

Allí estaba la Venera de Caballero de Santiago, con su espadilla de oro guarnecida de rubíes; la tarjeta con asa de oro, y todo el completo del

hábito solemne; copete con una flor, con lazada de hojas, engastes, asa grande para la cinta... todo guarnecido con 166 brillantes y 25 rubíes abri-llantados. Sortijas varias. Una montada «a la francesa» otra «de maceta» ovalada con 17 diamantes. Una sortija de dos engastes iba guarnecida con dos camafeos esculpidos de medio relieve, con dos cabezas de hombre y mujer. Se delata aquí el gusto por la antigüedad y las aficiones arqueológicas de Gazzola, que, por cultura y afición, había frecuentado la antigüedad clásica en sus años italianos, especialmente Pompeya y la rica zona napolitana.

Hay varios camafeos, que certifican del gusto del personaje. Un camafeo de ágata, de tres colores, que lleva esculpida una cabeza de mujer con ropaje griego. Se nos aparece aquí el recuerdo de Pestum, la Magna Grecia, en cuyas excavaciones intervino nuestro personaje, como arriba se dijo, en sus años napolitanos.

Otras sortijas, y no pocas, llevan camafeo. No pocas nos confirman en las aficiones y gustos de Gazzola. Así una sortija con ágata con mujer desnuda «sentada, y con una sábana, como saliendo del baño». En otro camafeo aparece un busto de mujer «con ropaje griego».

PLATA Y RELOJES

De sobremesa inglés, de sobremesa francés, reloj grande de plata, reloj de faltriquera inglés, firmado por Juan Elicott se nos dice. Un reloj despertador y otro de péndula, también inglés, con caja de charol azul, «de sólo ocho días de cuerda».

Muchos platos, platos de plata. De tamaños diferentes, casi incontables en número. Tapas, cubos, portavinagreras, salseras, cafetera grande redonda, otras más pequeñas. Mostaceros, saleros, azucarero ochavado, caceros de lo mismo, tazas. Todo en plata.

En otro orden, y en el mismo metal, salvillas, bandejas, escribanía, vasos, chocolatero, conchas pareadas, seis cajas iguales, frascos, candeleros, velones, bandeja paqueña de servicio, y plato de lo mismo, y luego, cucharas, cucharones, calentador, palangana; las cucharas por cincuenta. No falta, todo hay que decirlo, un «orinal redondo y liso» con su asa correspondiente. Un sin fin de objetos de plata que se enumeran por menudo. No faltan las hebillas ricas para zapato, ni las charreteras labradas y caladas.

Hemos de cerrar esta relación porque aún nos espera dar noticia de no pocas cosas. Pero antes, deberemos notar la medalla grande con el retrato de Carlos III por un lado y la «Aclamación» por el otro, un querido recuerdo napolitano.

Por otra parte, no deja de ser significativo de una mentalidad, a tono con su tiempo, el hecho, bien notorio, de que escaseen los temas de devoción. Ahora nos aparece una medalla pequeña con Nuestra Señora del Rico y otra de San Agustín.

Medallas y monedas se relacionan muchas. Eran muy del gusto del tiempo. Ya el benemérito Padre Flórez se había ocupado de estudiarlas en su libro «Medallas de las Colonias, Municipios y pueblos antiguos de España...», Madrid, 2 vols., 1757-1758. Por aquellos días circulaba también por España el «Diccionario numismático general para las medallas antiguas», de Tomás Andrés Gusseme, en traducción de Ibarra de 1773.

VESTIDOS Y TELAS

Por tasación de un patricio Lauro quedaban también pormenorizadas. Bajo su cuidado se reseña todo este capítulo, que también resumimos.

Gustaba el italiano vestir de negro, con más alegre preferencia. Un vestido de terciopelo negro, otro de lo mismo, forrada la casaca en sarga negra de seda, otro vestido de lana negro, otro completo de paño negro, uno de casturín negro forrado en tafetán, más uno, en fin, con chupa y casaca de camelote negro forrado en sarga.

No andaba escaso de guardarropa el señor de Gazzola. Eran muchos los compromisos oficiales, no pocas las tertulias literarias y las obligaciones en una sociedad que gustaba de estos modos. Junto a todo lo dicho, y más que no se cita, había un vestido completo de Semana Santa de terciopelo suelto con sus vueltas. Se nos aparece, para ocasión menos solemne, uno completo de terciopelo color cereza forrado de sarga de seda.

No desdeñaba tampoco el caballero el aderezo casero. Una bata con delantera de chupa de grana, alternaba con un batín de terciopelo negro—color, sin duda preferido— forrado de felpa de seda azul.

Para las largas horas solitarias de un hombre sin familia, toda una batería de comodidades: un batín color de cereza, otro azul con delanteras de terciopelo, una bata color de rata, otro balandrán de grana verde, otra

bata de balletón blanco, y otra de balleta blanca, más un vestido completo de retina encarnada.

Todo esto eran cosas menores, porque, en los momentos solemnes, el Conde exhibía su «uniforme grande completo de Teniente General, de paño azul, forrado con sarga de seda y la chupa de grana encarnada sobre Bandera de Oro con ojales y botones de lo mismo». Una apuesta estampa que realizaba la distinción natural del personaje. La relación no cesa, y ojalá que el lector no se fatigue de saber, que el vestuario, con esta somera relación, no quedaba agotado. Sabemos todavía de un «vestido de terciopelo rico forrado en sarga de seda blanca», otro de «tisú de oro y bordado completo, forrada la casaca y chupa de tafetán blanco», más otro de tela de plata, otro de terciopelo rizo color de cereza, otro color violeta, otro color pulga, todo completado con una capa de grana con embozo de terciopelo negro. Más cinco vestidos con sólo casaca y la chupa azul, y muchos más distintos en color y calidades. Sobre los ya dichos y, para terminar la relación, anotamos 12 trajes ricos más. Y las batas para que el caballero distendiese la rigidez social que la etiqueta imponía, y pudiese, libro en mano, descansar a solas. Batas de china, de raso con flores, verde de griseta de seda, chupas, calzones y chupetines.

Elegante caballero, se dispensaba, en todo, las mayores atenciones.

La cama estaba cubierta por una colgadura de tafetán de listas, y en otras ocasiones por otra de damasco carmesí o de china «vieja». Los fríos a veces, se hacían sentir, y en caserón de San Bernardino el ambiente no estaba siempre caldeado. Una «bolsa para los pies forrada en pieles», y un manguito de pellejo fino, más una capucha de «dominó», completaba, con otras piezas, el equipo casero de invierno. Tres gorros, dos de terciopelo, y otro verde. Había que defenderse de las humedades y los fríos.

La casa se completaba con cortinas y aderezos de los que se nos ofrece una cumplida relación. Cortinas de damasco, tapete para mesa grande, de damasco también, y más tres cortinas de raso y telas y piezas diversas. Un tapiz de Italia se acompañaba de seis pieles de tigre, una alfombra grande turca, seis cortinas más de damasco y telas sueltas entre las que había muchas varas de tafetán, trozos de damasco y otros de terciopelo color plomo.

Todo nos da la medida del holgado acomodo con que vive el ilustrado caballero. Y a tono con ello, sabemos de las gualdrapas y aderezos para el caballo, de grana encarnada guarnecida de galones de oro. Más las libreas para los criados.

No se agota, nuestro interés, ni nuestra sorpresa. Tres papagayos y un águila de hechura de lienzo rizado de Indias, daban un tono exótico a la estancia. El gusto por los países lejanos tan instalado en las preferencias del tiempo. Por aquellos días estaba de moda en París, y se oía en Madrid, la obra de Rameau las «Indias Galantes», tan del gusto de los hábitos y de las curiosidades del tiempo.

En un orden menor, nada faltaba. Docenas y docenas de pañuelos. Pañuelos azules de Inglaterra, pañuelos de fondo blanco, también ingleses, otros con listas encarnadas, otros encarnados con listas blancas, pañuelos con cenefa de fondo encarnada, y más y más de variados tonos y colores. Todo de fina calidad, a tono con los exquisitos gustos del caballero. No falta un tapiz para los pies, en el coche. Por comodidad y para precaverse de las humedades. Y porque el estatus social lo imponía.

Podríamos, siguiendo la detallada relación, componer la estampa del personaje, que nos queda completa si a la vista de lo que se relaciona aquí, acudimos a los cuadros del tiempo, especialmente a Goya y veremos a sus personajes portadores de las piezas, vestidos y atuendos que aquí se describen. Pares de medias blancas, medias de otros colores, gorras de cordobán, guantes finos de ante, seis pares de ligas de payo de Inglaterra, y hasta un quitasol de tafetán verde.

De ropa blanca, nueva y usada, no andaba tampoco escasa la vivienda de Gazzola. Sábanas, varas y más varas de tela diversa, peñadores grandes guarnecidos de muselina, camisolas de holanda con sus vueltas de encaje, y otros más sencillos sin vueltas. Camisas y más camisas. Telas varias, dispuestas para ser utilizadas, algunas de «punto de sajonia», manteles y juegos de mantelería, más manteles de calidad varia, muchos más que se pormenorizan, y con ellos una pieza de «sesenta y una varas de China», otras de «media china», colgaduras de un gabinete también de China. El exotismo del tiempo, muy presente en los gustos ilustrados del personaje.

Sábanas, camisas y camisoles. Con mucha frecuencia de Holanda y de Bruselas. Lo mismo los pañuelos, en número incontable; las medias y los calzoncillos también. Toallas, peñadores, gorros de día, seis gorros de noche, dos corbatas de batista, gorros y más gorros de distinto género y calidad, pero en la que no falta la de Holanda. Medias blancas y medias grises, más gorros de día, almillas, almohadas, paños de afeitar, medias de lana para el invierno, 14 colchones y mantas en número abundante, algunas de Palencia —ya famosas— se nos dice, sábanas y más sábanas.

No queda corto el inventario con sus noticias que, de tal manera nos permiten recomponer el sistema de vida, los modos y gustos de Gazzola. No nos ha quedado ningún otro testimonio semejante de la vida de un hombre acomodado del siglo XVIII, y para saber por dentro los gustos, preferencias y modos de vida.

CHINA. LOZA. CRISTAL

Capítulo muy significativo, que se inicia con un gusto característico muy del tiempo, al que ya nos hemos referido, con dos grandes tibores de China, de vara y cuarto de alta, con sus pies correspondientes. Otros dos más pequeños, atestiguan de unas preferencias muy acusadas. Hay otros dos más, junto a cornucopias, y tres tibores de tamaño más pequeño.

Floreros, arquita o fresquera de caoba y un termómetro con su caja de lo mismo. Atención: una sopera con figura de gallina, otra en figura de pato, y platos, muchos, de diferente uso, también de China. No hay sorpresas. Los platos, fuentes, soperas y una vajilla completa son también de China. Decididamente eran muy definidos los gustos de Gazzola.

Un buen número de jícara: el uso social, ya en boga del chocolate, las exigía. Pero había también teteras para el rito inglés que ya, tímidamente, se imponía. También se tomaba café: abundan las jícara, platillos y azucareras. Si tuviéramos dudas de por dónde iban los gustos, el inventario nos lo corrobora: dos soperas iguales, de China, y una tetera de Inglaterra. Más fuentes, medias fuentes, tazas para caldo, todo, de nuevo, de China.

Mucha loza fina, entre ella un servicio de 79 piezas de Inglaterra con toda su variedad de usos.

Mucho cristal también. Cristal, cómo no, también de Inglaterra, y cristal italiano abundante. Renunciamos a enumerarlo. Pero todo está en la línea de holgura, acaso de lujo, que venimos viendo. Garrafas, faroles, candeleros de cristal. Cajas, bandejas y bandejitas de lo mismo. Tazas para tomar café, espejos de perfil variado y una caja, que debía ser hermosa, de cristal de roca, con dos divisiones con borde de oro. Una cantidad importante, 63, botellas para vinos, y casi un centenar de frascos, para licores sin duda.

El lector ya viene dándose cuenta de que la de Gazzola no era, precisamente, una casa desprovista ni escasamente dotada.

ARMAS Y COCHES

Un capítulo del inventario, tan minucioso de principio al fin, nos informa también de este apartado, tan importante en la casa de un militar distinguido.

Hojas de Toledo, varias y algunas firmadas, una antigua de Zaragoza, otra fabricada en Milán y otra en Nápoles. Piezas, sin duda que le habían acompañado desde antiguo. Una hoja «angosta» de dos cortes, era alemana, y seguramente también antigua. Una escopeta, otra carabina y un trabuco con llave y caja a la francesa. Un juego de escopeta y dos pistolas de varios tiros. Un par de pistolas de funda, otro de llave, y otro de arzón, espadas y espadines varios, y hasta una escopeta moruna. Pistolas varias de arzón y faltriquera, alguna hecha en Italia, con cañones a tornillo. Y más y más pistolas. No menos de doce.

En la casa del Conde había, como era de esperar, animales domésticos y de carga. Sabemos de dos mulas «de tronco», otras dos delanteras, otras dos de respeto, más un macho para la noria. En la casa de San Bernardino había, pues, jardín y pozo o aljibe para la huerta.

Se nos habla también de coches. En primer lugar una berlina de color de caña y paño interior blanco, que debía ser, sin duda, elegante. Había otra berlina también de color de caña, un forlón español, más un carro de campaña y sus correspondientes tiros y guarniciones, con los suplementos anejos. Arcas, maletas, maletones, amarraderos, sillas y cofres de baqueta.

Se inventariaban aparte los objetos de cobre, muy varios y muy numerosos. Cazuelas, marmitas, grasadera, cucharas, espumaderas, peroles, platos, varquillas, velones, almíreces, morteros, cafeteras, y aún reservas de planchas de cobre en espera de ser utilizadas. No faltaba un molde para huevos helados ni garrafas de estaño. Los objetos de hierro también se reseñan.

ESCULTURAS. ANTEOJOS. ESTUCHES Y MICROSCOPIOS

Los encargados del inventario no nos privaron de información alguna que pudiera interesarnos.

Una escultura de marfil representaba la historia de Andrómeda; a falta de la figura de Perseo, se nos precisa.

Otra representaba a Venus y Cupido. El Hermafrodita estaba representado en marfil. Se nos informa además de dos centauros de bronce, otra escultura de un gladiador, y otra de Baco, más una cabeza de San Pablo, entre tanta paganía, en mármol blanco.

En casa de militar no faltaban los anteojos. Los había con caja verde guarnecida de plata, otro de plata también con concha y nácar, otro inglés, con caña de latón, y cinco más que se dan por referidos.

Los estuches eran de usos diversos, en uno, de tapa verde, se guardaban las «piezas para limpiar la dentadura». En otra, se contenían las piezas necesarias para «cortar los callos», en caja forrada de terciopelo. En otra caja se guardaban piezas de matemáticas, y había otros estuches con contenidos variados. No podía faltar un frasquito de cristal para agua de olor, y había por doquier, utensilios y objetos de uso variado. Muchos en bronce.

En casa culta, donde se rendía tributo al progreso, no podía faltar un telescopio, inglés con su caja de caoba, con la firma de su autor James Esthol, que debía ser importante por la altísima tasación de 3.000 reales, que alcanzó en la almoneda. Un poco menos merece el microscopio, también inglés, su autor J. Kruff, que alcanza 1.600.

VINOS Y LICORES

Antes de pasar a secciones de más enjundia, el lector agradecerá que se le informe sobre lo que constituían las reservas de Gazzola en este campo. Y no deja de ser interesantes, por lo que delatan de unos modos sociales y unas costumbres en ciertos niveles de la vida madrileña del tiempo. Las frecuentes tertulias, reuniones literarias, y vida social, obligaban, al señor que recibía, a estar convenientemente preparado. Los tres años finales de Gazzola, tomado muy seriamente por la enfermedad, disminuyó, sin duda, el gasto, y preservaron las existencias.

Cincuenta y cuatro botellas de vino de Burdeos, 15 de vino portugués de Setubal, 31 de la Isla de Madera, 27 de vino de Pajarete, 8 de Málaga, 30 de vino de Canarias, 10 de Cabo de Buena Esperanza, varias partidas más de vino de Málaga y 3 de «piculín» de Venecia.

La enumeración proseguía. Más botellas de moscatel de Málaga, varias también de Jerez, en menor proporción, ya que se ve que el gusto iba toda-

vía por los vinos azucarados. Más botellas de vino de Canarias, que no debían ser todavía de Lanzarote, ya que la Isla apenas se levantaba entonces de la aún reciente erupción de su volcán. De Peral de Rac y un buen número, 25 de Nápoles y de Venecia, de tintilla de Rota, y otras muchas más sin nombre.

Había 40 botellas de licores de Holanda de diferentes géneros; cinco de licor antiguo, dos de marrasquino y más y más botellas. Algunas, para terminar, de vino blanco de Burdeos.

CACAO. TABACO Y RAPE

Nos faltaba para completar el cuadro. En los almacenes del ilustrado Gazzola se guardaba, en el momento de morir, la importante cantidad de 16 arrobas y 10 libras de cacao, la mitad, se nos informa, de Caracas, y la otra mitad de Maracaibo. Transformado en tareas domésticas, quedaba asegurado el servicio diario de los contertulios y visitantes del solitario, pero acogedor, caballero. Se apuraban las jícaras del sabroso chocolate, y luego se fumaba o tomaba rapé. Treinta y seis libras de tabaco en polvo se guardaban en la casa. Una casa en donde, como venimos viendo, se acumulaban todos los elementos acordes con las aficiones bien definidas del propietario.

GOZZOLA, AMADOR DEL ARTE.—COLECCIONISTA

Son muchas las pinturas que se nos relacionan. Debía ser Gazzola hombre de gusto y con afición de coleccionista. Lástima que los inventarios no nos ofrezcan siempre cumplida información sobre todo ello. Tenemos que conformarnos con el tamaño de los cuadros indicaciones sobre el tema y con los precios de adjudicación que alcanzaron en la subasta.

Ya, a la entrada de la casa, dos pinturas iguales, apaisadas y de gran tamaño representaban, para darnos la bienvenida, a la pintura y a la geometría.

No menos de 250 pinturas se inventarían, de distinto tamaño e importancia, más no pocos dibujos enmarcados. Muchas estampas también, unas 320, en su mayoría cuadernos; pero también libros, rollos y láminas sueltas. Dibujos se reseñan también en abundancia. En libros y sueltos, pero,

en su mayoría cuadernos, se anotan unas 60 colecciones. Luego se hablará de los libros, muchos de ellos también ilustrados con láminas y dibujo.

Como decimos, tenemos que lamentar, que, así como los libros están reseñados en el inventario de una manera precisa —título, autor, año de edición, número de volúmenes y el precio alcanzado en la almoneda— las pinturas están, apenas, insinuadas con tamaño, precio y raramente alguna indicación complementaria. Salvo en los dos casos que luego veremos —Rubens y Van Dyck—, no se nos facilita una sola indicación de autor.

Tenemos derecho a pensar que, entre tanta pintura, no faltaría la buena, o bien la antigua, dada la sensibilidad y las aficiones arcaizantes de Gazzola, ni la actual, que tanto circulaba por el Madrid de aquellos años. Mucha pintura española o extranjera inundaba el mercado español a lo largo del siglo XVIII. Yves Botinneau ha escrito: «el carácter cosmopolita del arte en la Corte de España en el siglo XVIII ha sorprendido siempre a los historiadores a causa de la importancia de las aportaciones extranjeras, italianas y francesas sobre todo». Así se puso de manifiesto en la excelente exposición sobre «El arte europeo en la Corte de España durante el siglo XVIII», celebrada en el Museo del Prado de febrero a abril de 1980, y enriquecida por valiosas aportaciones, del ya citado Bottineau y de los profesores Pita Andrade, y Pérez Sánchez que estudió la parte italiana, Bottineau la francesa y Jeannine Baticle la española.

Entre tanta pintura al alcance de la mano es impensable que Gazzola la ignorase. Su situación social, su sensibilidad y su gusto de coleccionista le impulsarían a adquirir, con un criterio selectivo. Entre tanto cuadro como llegó a reunir, mucho habría de pintura estimable, no sólo antigua, sino también de entre la que circulaba, desde el Rey abajo, entre coleccionistas y gentes de buen gusto. Gazzola tenía aseguradas ambas cosas. Entre tantos cuadros anónimos como pasan ante nosotros en los inventarios, muchos, la mayoría, tenían nombre de autor, muchas veces ilustre, y, en todo caso, representativo. Gazzola nos tiene acreditados su gusto selectivo y su afición de coleccionista. No era hombre que comprase al azar. Esta convicción no nos consuela de la falta de información en que nos movemos. Docenas y docenas de cuadros pasan ante nosotros sin revelarnos su secreto. Sabemos las medidas, el precio que alcanzaron y nada más. Mientras, con un trabajo afinado y nada fácil, no logremos mayores informaciones, tenemos por ahora que resignarnos. Gazzola atesoró mucha pintura, y eso lo sabemos, pero nos privó de decirnos más sobre ella. Nada sabemos de

pintura contemporánea y debemos suponer que la había. Muchos pintores y muchos cuadros de distinta procedencia circulaban por Madrid como la exposición citada testimonia. Desde años antes anda ya Goya por Madrid, rondando los veinte años, buscando encargos y abriéndose camino. En 1766 frecuenta la Academia de Mengs; en el 69 viaja a Italia, y en 1771 gana un premio en Parma, la patria, casi, de Gazzola. Es grato suponer que no andaría lejos el noble italiano en facilitar las cosas al joven aragonés en el viaje a tierra que tan bien conocía. Algo habría de Goya, que ya empieza a tener fama pintando cartones para tapices y ganando sus primeros dineros. De 1780, precisamente, de 25 de febrero, es la carta a Zapater, tan jugosa como todas las que dirige al consejero y amigo aragonés. En esta ocasión, Goya dice a su amigo de Zaragoza que tiene reunidos 5.000 reales y le pide que le aconseje «en qué emplearlos para que trabajaran» (33). Algo habría de Goya en las colecciones de Gazzola, tan sensible y alerta siempre. Un boceto, un cartón, dibujo o pequeño cuadro. Por entre las largas listas de la almoneda debe sin duda escapárseles. Sabattini hablaría a su dilecto amigo y paisano del joven aragonés, que ya empezaba a ser famoso. En 1775 Goya entrega a Francisco Sabattini, «Brigadier de los Reales Ejércitos de su Mag., y su primer arquitecto», los cuadros para tapices de San Lorenzo. Es raro que, por su conducto, no fuese a parar algo del aragonés a las colecciones de Gazzola. ¿Y por qué no algo de Mengs? El pintor bohemio había llegado a España en 1761, y, tras una ausencia, regresa a Madrid y permanece desde 1774 hasta 1776. Gazzola estaba en su plenitud; raro sería que, hombre de Palacio y bien relacionado, no hubiese entablado relación de amistad e interés artístico con el pintor ilustre (34).

Juan Bautista Tiépolo, el veneciano, había llegado a España en 1762 y vive, con sus dos hijos pintores, en Madrid, hasta su muerte en 1770. Los italianos en tierra española se buscaban entre sí. Demos por seguro que habría relación y amistad entre noble y pintor paisanos, y que algo de éste iría a parar a las nutridas colecciones de Gazzola (35).

(33) Vid. Edith HELMAN: «Trasmundo de Goya», *Revista de Occidente*, 1963. Véase también el interesante cartulario publicado en Zaragoza, con prólogo y anotaciones de Angel CAÑELLAS: *Diplomatario de Francisco de Goya*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 1981.

(34) Sobre Mengs, vid. F. J. SANCHEZ CANTON: *Mengs en España*, 1927. Idem: «Mengs. Noticia de su vida», en *Catálogo-Exposición*. Madrid, 1929.

(35) Sobre Tiépolo, vid. F. J. SANCHEZ CANTON: *J. B. Tiépolo en España*, 1953.

Durante los veinte años de vida madrileña, con escapadas a Segovia, de Gazzola, muchas casiones tuvo de conocer gente interesante, como artistas, escritores, políticos, dramaturgos; todo lo que animaba la rica vida del Madrid ilustrado de Carlos III. Hombre refinado y social, por la tertulia de Gazzola, de cuyo marco y pertrechos muchos sabemos, pasarían no pocos de los hombres interesantes del momento. Por aquellos años de 1760 a 1790, D. Ramón de la Cruz estrenaba con éxito sus sainetes, que divertían a los madrileños por igual, tanto a los aristócratas, que gustaban del «majismo», como a los elementos populares que en ellos se veían graciosamente reflejados.

Un recorrido por la casa de Gazzola nos va mostrando pintura, grabados, láminas y objetos que colman la casa. En un principio, nos esperan dos cuadros iguales de género, muy del gusto del tiempo, con hombres jugando a los naipes y en el otro friendo en una sartén. Hay marinas, cuadros de frutas, bodegones con pescados, aves y carnes, seis iguales de países con figuras, y más y más de paisajes y figuras, algunos con ganado. Un cuadro representa los baños de Diana, otro una perspectiva con un pintor y un Cardenal, que entra en Palacio. Muchas y muy variadas pinturas. Casi todas de tema profano. Muy escasas de figuración religiosa. Lo que define los gustos del propietario y le sitúa de lleno en su tiempo. Escenas mitológicas y paisajes con figura o sin ellas. Perspectivas de Roma y de pasajes clásicos. Ahora, un San Pedro en la prisión, y una Santa mártir.

Se vuelve a los países y paisajes. Figuras a caballo, junto a otro que representa una familia de labradores. El tipismo y el gusto por lo popular. Junto a una máscara de Venecia, y en el mismo muro, varios temas de tropas, junto a unos capuchinos dando limosna a pobres, en un eclecticismo muy del tiempo.

Muchas pinturas más de frutas, retrato de mujer y el de un niño orinando.

El recuerdo de Italia. Nada menos que 24 aguadas, con sus marcos y vidrios, con vistas diversas de allí. No menos de 150 entre cuadros y estampas se contabilizan de temas, paisajes y figuras italianas.

RUBENS Y VAN DYCK. PINTURA ILUSTRE

No resulta fácil identificar ahora los dos importantes cuadros que en los inventarios se describen con el número 49, y de los que, muy someramente, aunque, por excepción, se nos da el nombre de los autores: «Dos

retratos de Rubens y Van Dyck, de vara de alto y marcos dorados». No nos aparece con claridad el nombre del adjudicatario en la almoneda. Pero, por diversos indicios, nos inclinamos a pensar, que aunque no se diga expresamente, pudieron figurar en el lote numeroso —cuadros, y, sobre todo, estampas, libros y dibujos— adquirido por Jovellanos. O, más seguramente, en la importante colección, de pintura sobre todo, que se adquiere para el Infante D. Gabriel, hijo menor de Carlos III, cuyas finas aficiones conocemos, con gustos en música y en arte muy definidos. Casado con D.^a María de Portugal, el Infante contaba entonces 28 años, y, en su nombre se adquiere un buen número de piezas de la colección Gazzola cuya relación nos ha sido conservada. Resulta difícil, sin embargo, seguir la pista a los dos cuadros de referencia. Con la ayuda de Gaya Nuño (36) podemos aventurar una hipótesis. Un «Retrato de hombre» de 0,48 por 0,36, «Estudio de cabeza de hombre», de tamaño natural, de Rubens, figuraba en 1789 en el Palacio Real de Madrid. Sacado de allí por el Rey José, en su retirada, vino a caer en poder de las tropas inglesas en la Batalla de Vitoria, y figura hoy en la colección Wellington de Londres.

De Van Dyck conocemos una «Dama con una rosa» que hoy está en el Isabella Stewart Gardner Museum de Boston, y cuyas medidas —0,99 por 0,77— pueden corresponder con el cuadro que buscamos. Se trata de un retrato de medio cuerpo, de dama desconocida, con las manos cruzadas, con una rosa en la derecha. La figura se recorta sobre un muro en el que, una ventana, deja ver un paisaje delicado. Se cree que pertenece a la última época del artista y había figurado en la Casa Ducal de Osuna, hasta que fue subastado en 1896. El cuadro, recortado hoy por el marco, medía entonces algo más, aproximadamente las medidas descritas, y después de una breve estancia en Londres, pasó, en 1897, a Boston, donde hoy figura.

MAS PINTURA

Junto a un cuadro, muy del gusto de su dueño, representando una ruina antigua, un muro entero de la que debía ser bien despejada vivienda, albergaba 39 pinturas con soldados haciendo ejercicios. Otras dos representaban prácticas de cañón. Entre medias, una cabeza de la Virgen al pastel y otra con el Niño Jesús. Más vistas de Italia y escenas de género: un oso bailando y cazadores de volatería.

(36) GAYA NUÑO, J. A.: *La pintura europea perdida por España*, Espasa Calpe, 1964.

Entre el tupido despliegue que toda la casa debía de ser de pinturas y grabados, que cubrían todo, se nos aparecen 12 dibujos enmarcados sobre temas de artillería, cuadros de pájaros y otros de países y perspectivas con figuras apaisadas.

No estamos en condiciones de valorar la calidad de lo que se relaciona, pero, en todo caso, estamos en presencia de un fino coleccionista y un acreditado amator de lo bello.

Es inacabable la relación, y no podemos pormenorizarla. Dos centenares y medio de obras nos han sido inventariadas, entre lienzos, tablas, acuarelas, aguadas y dibujos. Temas, en general, de campo, bailes al aire libre. Todo, podríamos decir, muy goyesco. Como el gusto del tiempo.

La pintura religiosa, ya se ha dicho, estaba en minoría. Sabemos de un Oratorio portátil que representaba el Descendimiento de la Cruz, en cuyas puertas figuraban dos retratos que pensamos si serían los donantes. Por las trazas, debía ser una obra importante, y, con toda seguridad, antigua, que imaginamos flamenca.

En el inventario, reaparecen, con harta frecuencia, las preferencias culturales del propietario: dos pinturas relatan la historia de Salomón, y otra representa el Templo del mismo. Al lado, la historia de Saúl y David. No faltaban, el tiempo las imponía, las figuras chinescas, y había también «un retrato de Madama» que nos da qué pensar si alguna relación tendría con la vida sentimental, oficialmente célibe, del personaje de la casa.

DIBUJOS Y LIBROS CON DIBUJOS

Dibujos sueltos se relacionan muchos, enmarcados y sin enmarcar. Soldados, el triunfo de Baco, el Nacimiento de la Virgen, y figuras de medio cuerpo, algunas tocando instrumentos.

No podían faltar. Setenta y dos dibujos representan vendedores y tipos populares de Nápoles; otros muchos diseñan marchas y ejercicios de soldados, o figuras tocando instrumentos músicos. Junto al tránsito de San José, y Cristo predicando, hay el Descendimiento de la Cruz y la Asunción de la Virgen, y la Virgen y el Niño sobre un trono de nubes, y un Santo Tomás de Villanueva, junto a nuevas escenas en paisajes y países. La Sagrada Familia y la Virgen con San José y el Niño se parean con grabados de gentes jugando a los naipes y las consabidas escenas de género.

Junto a dos damas, una tocando el clavicordio y otra el arpa, figuran los sueños de San José, San Francisco en oración y San Pedro ermitaño. Cabeza de viejo al lápiz, juguetes de niño y Santos en la Gloria. Una devoción nueva, San Estanislao de Kostka, se codea con cuatro dibujos que representan a Pan y Siringa, o Júpiter y Jano. Y más soldados y paisanos. Todo tenía cabida en el voraz coleccionismo de Gazzola. Un dibujo con el combate de los dioses figura junto a uno de instrumentos de música, la Degollación de los Inocentes, Jesucristo y los Apóstoles y un paisaje con molinos de viento.

Nos despiden 14 retratos de hombres y mujeres «que llaman de faldriquera» pintados al óleo de pequeño tamaño. Junto a ellos, dos retratos en miniatura de mujeres sobre marfil.

Se trataba hasta aquí, de dibujos sueltos. Pero más de una cincuentena de libros y cuadernos contenía, igualmente, dibujos. Una buena serie de ellos italianos y sobre tema italiano. De Benedetto Castiglioni, de Doménico Fontana, Catalina Paduano y el dedicado a Gazzola con 36 dibujos, por Innocencio Tixili.

Cuadernos muy varios y sobre asuntos varios. Cabezas de mujer, retratos de hombre, Emperadores romanos. Un libro portátil con mapa de las cuatro partes del mundo, y un cuaderno de tres hojas de tema segoviano. Una planta geométrica y la planta y vista elevada, de la «casa fábrica de cristales», recién construida en San Ildefonso.

Plantas y alzados de caminos. Sensibilidad para el arte y curiosidad para todo lo de su tiempo. Se inventarían también, y separadamente, las estampas. Retratos de la Casa de Saboya, del arte de la platería, sobre anatomía, venados, leones, cacerías. Libro de antigüedades de Roma. Bustos, medallas, figuras varias. Estampas con vistas de París, trazados de arquitectura, los planetas o los cinco sentidos. Estampas de pavimentos, jardinería, sillas, canapés y chimeneas. Allí están los dioses paganos, Venus y Baco, junto a los mapas y planos de la ciudad de Roma, y las fábulas y bacanales junto a estampas de filósofos.

No faltan tampoco, claro está, las estampas con vendedores y tipos populares de Nápoles, la ciudad recordada. Tenía también Gazzola a mano los registros de la Academia de París.

Ciertos libros de estampas evocan algún comentario. Las que se refieren al Hospicio de pobres de Nápoles está recordando la construcción que, bajo la dirección de Sabattini, había comenzado a hacerse poco antes

de la venida a España de Carlos III, que debió consolarse acometiendo la construcción del gran Hospital de San Carlos de Madrid, que Gazzola conocía como gran empresa del reinado. Los recuerdos napolitanos priman con evidencia. Las vistas del Palacio inacabado de Caserta, en las afueras de Nápoles, evocaría en Gazzola sus años junto al Vesubio y su participación en las grandes empresas carolinas. Los recuerdos italianos estaban siempre presentes. Un libro de estampas evocaba las colecciones de la Galería del Palacio Farnese, y otro reproducía varias obras de Rafael de Urbino. Otros dos evocaban el Bautismo de María Teresa, Infanta de Nápoles, y las fiestas del primogénito del Rey.

Libros valiosos, como el célebre de arquitectura de Sebastián Serlio, y uno muy significativo, que atrae nuestra atención. El que contiene estampas que tratan de la ciudad de Pestum, que debe ser sin duda uno de los citados más arriba al hablar de la obra de Gazzola en la limpieza de aquel lugar.

Gazzola gustaba de estar al día en las materias de su preferencia. El ejemplo del libro de arquitectura del Vignola lo acredita, así como otros libros sobre galerías de pintura y sobre estampas y medallas de la Roma antigua. Sus gustos de coleccionista y amante del arte y la arqueología están presente en sus colecciones. Libros como «La luz de la pintura», el sobre arquitectura y perspectivas de Andrea Pozzo, entonces muy en boga, el de estatuas y medallas antiguas del Museo de Florencia. Y el, entonces famoso también, libro de arquitectura de León Bautista Alberdi.

No se precisa insistir. Estos inventarios son una inapreciable fuente de información para calar en la hondura intelectual del personaje, muy abierto a las varias direcciones de la cultura, y a las corrientes dominantes en su tiempo.

Veinticinco estampas encuadradas reproducían lo más notable de la Galería de Luxemburgo, con los famosos cuadros, de gran formato, de Rubens sobre Enrique IV y María de Médicis.

No hay espacio para comentarlo todo, sin fatiga del lector. El Palacio de Aranjuez acaba entonces de modernizarse y completarse. Diez estampas, en poder de Gazzola, lo representan, y un mapa general lo apoya.

Libros de arquitectura muy variados y abundantes. Libros del cuerpo humano y también de anatomía. Pero, volviendo a aquéllos, no faltaba un segundo ejemplar del libro de arquitectura de Serlio, ni los 10 libros de arquitectura de Vitruvio, más sobre el mismo tema del abaco y Juan Bautista Montano.

Libros también de fontanería e hidráulica, junto a los que se refieren a preceptos militares, y, por supuesto, un tomo entero sobre las ruinas de Siracusa y otro dedicado a sepulcros antiguos de Roma y aún otro a los edificios más suntuosos de la ciudad de Florencia.

Varios tomos sobre fortificaciones, con sus diseños y estampas. Libros conocidos de Lorini y Magi o, el sobre fortalezas, de Juan Bautista Belì y los de los maestros italianos del género, tan habitualmente presentes en España y en su Imperio. Tales los libros sobre la materia del maestro Gallazzo y el, sobre ofensa y defensa de las plazas, del que era autor el también italiano Pedro Pablo Florián, y el de arquitectura militar, todos con diseños y planos, de Francisco Marchi.

Nada parecía serle ajeno a Gazzola ni a su curiosidad, siempre tan abierta. Un tomo de su biblioteca, explicaba con dibujos y diseños, lo que fue el trabajoso transporte del Obelisco y su instalación en la Plaza de San Pedro de Roma. Y operaciones semejantes de varios edificios romanos, en período de renovación urbanística para la capital como fue el siglo XVII.

Un tomo en folio contenía el «Theatrum Orbis terrarum» de Abraham Ortelio, libro indispensable en cualquier biblioteca culta.

Junto a más y más libros de fortificaciones de ciudades y plazas militares, y en general del arte de la guerra, la curiosidad de Gazzola no desdeñaba hacerse con un libro de estampas sobre el mundo pictórico de David Teniers.

Más de 300 libros con estampas, de los que no hemos hecho más que comentar los más representativos.

PAPELES Y PLANOS

En la sala principal de la casa se guardaban buena cantidad de papeles y planos que los minuciosos inventarios nos relacionan.

Llama nuestra atención, en primer término, un «libro de memorias», escrito en italiano, de mano del propio Gazzola. No es el libro de memorias de la propia vida, que hubiéramos podido desear. Pero no deja de ser interesante. Es como un recuento casi póstumo. Porque el libro empieza a escribirse el año 1778, cuando Gazzola ha pasado ya los 80. Libros de anotaciones y de préstamos. Dineros prestados, y deudas en su favor por cancelar. Curioso préstamo el que Gazzola acaba de hacer, de 20.000 reales,

cantidad no desdeñable, nada menos que al Mayordomo del Nuncio en Madrid. El préstamo se amplía, a poco, a 80.000 reales con obligación de devolverlos la mitad en un año y la otra en 18 meses. Hay otra entrega, a la misma Nunciatura, pocos meses después de 20.000 reales más. Decididamente, la Nunciatura atravesaba en sus finanzas una seria crisis de coyuntura; o porque las recaudaciones y diezmos en España bajaron de nivel o se retrasaban, o porque Roma no acudía, con la puntualidad necesaria, en ayuda de su Embajador.

Fiel a sí mismo hasta el final. En 6 de marzo de 1780, cuando le quedan dos meses de vida, Gazzola se cuida aún de encargar a su corresponsal romano Padre Pauli que le adquiera tres estampas de la Escuela de Atenas. Debe tratarse, sin duda, de las famosas pinturas de Rafael en las estancias del Vaticano.

Si seguimos el expolio de los papeles, sabremos que la crisis financiera de la Nunciatura había sido superada. En el mes de abril de 1780, semanas antes de la muerte de Gazzola, le fue cancelado el préstamo de los 100.000 reales que ya conocemos.

Se trata de un hombre siempre minucioso. Entre sus papeles de última hora Gazzola hace el inventario de lo que tiene en su casa de Segovia y redacta varias minutas más de alquileres y gastos. Diseños, mapas y estampas, que pertenecían a la Comandancia e Inspección del Arma de Artillería, eran devueltos a su origen. Estaba muy atento Gazzola a dejarlo todo en orden.

Es una lástima que no haya llegado hasta nosotros. Un legajo que contenía todas las pruebas con el expediente para el hábito de Santiago, y a la Encomienda de Carrión, de que disfrutó. Hubiéramos, sin duda, sabido sobre la vida del personaje no pocas cosas que no sabemos.

Ordenanzas de marina, leyes de España, y, no podían faltar, entre los papeles a mano, las ordenanzas del Real Colegio Militar de Segovia, y papeles y discursos relativos a la Institución.

Una curiosidad, fiel a su oficio hasta el final; junto a fusiles, alguno francés, espadas y hojas montadas había diseños y manuscritos y estampas, algunas alemanas. Y otras como los planos de fábricas de fundición de varios países, «cuatro planos que demuestran la situación de Gibraltar» y otros sobre las posiciones de los ejércitos ruso, austríaco y prusiano de los años recién pasados. Mapas, en fin de muy diversas partes del mundo.

GAZZOLA BIBLIOFILO.—AMADOR DE LIBROS

El lector que haya seguido el relato extractado que venimos haciendo del vivir de Gazzola, a través de sus inventarios póstumos, habrá adquirido ya, sin duda, una idea del personaje. Nada vulgar, refinado de gustos, muy selectivo en sus preferencias, hombre de arte, gustador de objetos bellos y de su soledad en compañía de las cosas amadas.

La imagen de Gazzola se completa con el repaso que podemos hacer a sus libros. Libros variados, abundantes y representativos de una curiosidad abierta a todos los campos de la cultura y del arte. Hombre muy de su tiempo, del análisis de sus libros sale la imagen de un ilustrado de calidad que, desde ahora, habrá que inscribir en la España progresiva que simboliza Carlos III. La de los Campomanes, Aranda, Floridablanca, Jovellanos, Tavira, Moratín y Meléndez Valdés, sus contemporáneos. La España de Goya, cuyos pinceles nos dejaron magistrales retratos de tantos de ellos, aunque por desgracia, al menos que sepamos, no nos lo dejó de nuestro hombre.

Así, pues, Gazzola es caso excepcional. Por feliz circunstancia testamentaria conocemos hoy, no sólo el conjunto de sus bienes, sino, lo que es más interesante a nuestro objeto, la relación completa de sus libros que nos pone en contacto, a título único, con lo que era una gran biblioteca ilustrada en el Madrid culto de Carlos III, y nos perfila una figura interesante que merece un puesto de honor en la sociedad hispano-italiana de su tiempo.

LOS PERSONAJES Y SUS LIBROS

El inventario y conocimiento de los libros de Gazzola confieren a su figura un carácter de excepción. En nuestra vida colectiva no tenemos, puede decirse, un ejemplo semejante. Por lo pronto, el libro no suele aparecer de manera habitual en los documentos testamentarios.

Si repasamos, por ejemplo, los ya citados que nos brinda Matilla Tascón, referidos a los siglos XVI y XVII, habremos fácilmente de advertirlo. El libro, como objeto valioso de transmisión, no suele ser objeto de destacadas referencias. No son muchas las excepciones. Don **Luis de Requeséns**, tan importante personaje, Gobernador de los Países Bajos, entre otras

cosas, en tiempo de Felipe II, al testar —30 de septiembre de 1573— se limita a decir que ha dejado, en su Castillo de Villarejo de Salvanés, «diversas cajas de libros».

El Condestable **Juan Fernández de Velasco** se revela —27 de agosto de 1612— más cuidadoso de su herencia intelectual al designar a uno de sus capellanes «como custodio y guardia de su librería», con los emolumentos correspondientes.

Vicente Espinel, el músico, utiliza una fórmula distinta: que sus libros se vendan, y su producto se utilice para costear misas por su alma.

Lope de Vega, el gran Lope, al testar —26 agosto de 1635— no dice nada de sus libros. Algo más, no mucho, nos dice **Calderón** (20 mayo 1681). Dispone, simplemente, «de los libros que hay en dos estantes», pero es más minucioso al disponer de su plata labrada, pinturas e imágenes de bulto, alhajas del servicio de casa, insignias y veneras. Un Calderón cuidadoso de su bienestar y de su atuendo.

Y nada más sobre libros, en una larga lista de personajes bien notorios. Don Juan de Austria, Alvaro de Bazán, Guillén de Castro, Alonso de Ercilla, Cardenal Infante Don Fernando. Artistas como Claudio Coello, Juan Pantoja, Francisco Zurbarán, Gaspar de Vega. Políticos como el Duque de Lerma y Don Luis de Haro. Ninguno de ellos quiso hablarnos de sus libros a la hora solemne de disponer testamentariamente de sus bienes. Una excepción, y hay que decirlo en su honor, la constituye D. **Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares**. Marañón dedicó el interés que merecía a este interesante aspecto de la figura del Valido (37). Un manuscrito de la Biblioteca Nacional nos conserva una selección de las obras que figuraban en la Biblioteca y que, pese a otros aspectos menos positivos, dan la medida honrosa del personaje. Libros de materias hebreas, griegas, arábigas, latinas, castellanas, francesas, tudescas, italianas, lemosinas y portuguesas. El inventario de este rico y tan expresivo depósito, estaba redactado por el P. Alaejos, jerónimo, Prior que fue de El Escorial. Un tesoro excepcional, mimado, durante años, por los cuidados del poeta Rioja. Patrimonio muy querido, que Olivares quiso preservar para el futuro. Las cláusulas 27 a 30 de su testamento están dedicadas a dictar disposiciones, con comprensión y mimo, que, por desgracia, no se cumplieron. «Es mi voluntad que la librería que yo he fundado, quede vinculada, y yo la vinculo, incorporo y agrego al Mayorazgo de mi Casa, para que no se pueda vender, donar ni enajenar».

(37) Vid. G. MARAÑÓN: *El Conde Duque de Olivares*, apéndice 10, pp. 416 y ss.

Pese a las admirables cláusulas protectoras, su voluntad previsora no se cumplió. Su viuda, D.^a Inés de Zúñiga, admirable sin embargo, por otros conceptos, dispuso en su testamento diversas mandas de libros a varios conventos y casas de religión. Los libros del Conde Duque, tan amorosamente reunidos, no fueron a parar al Convento de Jerónimos que dispuso fundar y construir para albergarlos en Castilleja de la Cuesta, junto a su tierra, cerca de Sevilla, y se dispersaron, y aparecen ahora aquí y allá en varias bibliotecas, y no siempre identificables.

Parece ser el sino de muchos de nuestros libros. Por razones distintas también se dispersaron, como sabemos, los de Gazzola.

Más libros ilustres. Algo sabemos también de los que fueron de **Velázquez**, gracias a Sánchez Cantón, que tocó el tema con su autoridad habitual, en dos ocasiones diferentes (38). Ciento cincuenta y cuatro títulos registraron los testamentarios del pintor, de los que los españoles no pasaban de 50. El resto eran latinos, italianos y franceses. Entre las lecturas de Velázquez no había, y sorprende, libros de literatura ni religiosos. Los había, de matemáticas y muchos de perspectiva, y arquitectura, cosa que, en cambio, no nos extraña. No faltaba el libro, que encontraremos también entre los de Gazzola, de Juan de Arce sobre «Varia conmesuración para la escultura y arquitectura», ni, naturalmente, el «Arte de la pintura» de Pacheco, en edición de Sevilla de 1649. Entre las curiosidades de Velázquez apenas entraba la historia, representada por muy pocos títulos, y escasamente significativos.

En punto a libros, tampoco sabemos muchos de los **contemporáneos de Gazzola**, y nunca con la precisión ni la abundancia de datos del italiano. El siglo XVIII sentía la pasión de los libros y gustaba del coleccionismo. Pero los avatares del fin del siglo y los quebrantos que el cambio de Rey, primero, y la crisis que supuso la Revolución Francesa y los desastres de la invasión napoleónica, a poco, alteraron el vivir normal de muchas gentes y dieron al traste con los libros acumulados por no pocas personalidades representativas. La biblioteca del **Padre Sarmiento**, por ejemplo, constituida por unos 8.000 volúmenes, era famosa en Madrid. El viajero francés Jean François Peyron (39) describe la Iglesia de San Martín y su biblioteca:

(38) SANCHEZ CANTON, F. J.: «La librería de Velázquez», en *Homenaje a Menéndez Pidal*, vol. 3, 1924. Idem: «Los libros españoles de Velázquez», en *Varia Velazqueña*. Madrid, 1960, I, p. 640.

(39) *Viaje a España*, 1782.

«la de este Monasterio es una de las mejores que se pueden encontrar en los Conventos de Madrid, sobre todo desde que se han podido reunir en ella las del Padre Sarmiento y de Quevedo». Sarmiento muere en 1772, y, ya sabemos que la Abadía de San Martín fue abatida, y su contenido dispersado por orden infeliz del Rey José Bonaparte.

Feijóo había vivido pendiente de sus libros, como atestigua su correspondencia con Sarmiento. El 27 de junio de 1736 escribía apenado: «la inmensa tardanza de los libros de Francia, me hace mucho daño» (40).

Sempere y Guarinos, que nos dejó su importante libro «Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III» (Madrid 1786) no nos informó, por desgracia, del tema que ahora nos interesa. Las noticias hay que buscarlas, una a una, entre los autores más significativos entre los ilustrados que forman el mundo de Gazzola. Contemporáneo y, seguramente, amigo de Gazzola, es de **Campomanes**, el jefe de fila del grupo ilustrado, de quien más noticias testamentarias nos han quedado. En el catálogo de su archivo, que guarda la Fundación Universitaria Española, encontramos cumplidas referencias a sus libros, aunque no conozcamos éstos. Poseemos del Conde un «Índice y tasación de su librería» (41). Otro índice se hace para la división entre sus herederos (42). Existe entre sus papeles un tercer índice abreviado y el eco tardío de la historia de sus libros. Todavía en 1840 estaban en danza los libros de Campomanes. De ese año es una «relación» de los libros que poseía su nieto D. Sabino por el testamento del primer Conde de Campomanes (43). Su viuda, Josefina Cano y Palacios, había recibido una parte de ellos, pero no se evitó el pleito. De 1802 es un dictamen jurídico por el que se declara que los libros pertenecen al primogénito D. Sabino, ya citado. Pero, todavía, en 1841, se procedía materialmente a la partición y adjudicación de los libros de Campomanes entre sus herederos. Resulta honroso para aquella generación la permanente preocupación por los libros.

Campomanes había sido hombre sabedor de muchas materias, erudito, jurista y hombre de gobierno. En 1790 el bibliotecario Tomás Morales establecía la lista de libros y nuevas adquisiciones de la Biblioteca Arzobispal de Sevilla (44), y, por los mismos años, era conocido el «Índice de los

(40) Cit. por MARAÑÓN: «Las ideas biológicas del Padre Feijóo», p. LXXV.

(41) Catálogo del Archivo del Conde de Campomanes. F. U. E. Madrid, 1975, p. 250.

(42) Idem, p. 250.

(43) Vid. p. 249.

(44) Archivo de Campomanes, p. 182.

libros que existen en la Librería de la Real Casa de San Marcos de León».

Gazzola, pues, en el gusto por la cultura, y en el amor a lo bello y a los libros, se inserta, por derecho propio, en la España en que vivió y en la que desempeñó, y hoy al fin lo sabemos, un papel distinguido y relevante.

De **Meléndez Valdés**, hombre, en tantos aspectos, representativo de su tiempo, sabemos cuáles fueron sus lecturas de juventud (45). Poetas antiguos y modernos, juristas, autores franceses o ingleses, historiadores y filósofos. Algunos de ellos, como Montesquieu, Voltaire y Rousseau, incluidos en el «Índice», pero autorizado a tenerlos por el Inquisidor General Felipe Beltrán el 17 de diciembre de 1778 (46). Libros que, dicho sea de paso, no figuraban en la biblioteca de Gazzola. Valdés tenía entonces veinticuatro años y era ya Bachiller por Salamanca y sustituto de la cátedra de Prima. «Era, escribía, los libros la mejor munición para el humano viaje». Ya en el exilio, muy tardíamente, y añorante, escribe desde Nîmes: «yo poseía una de las más bellas bibliotecas privadas de toda España». La conocemos por el Inventario General de bienes que, el propio Valdés redacta al casarse, en 1782. Inventario muy cuidadoso, en el que se señalan nombre de autor, título, lugar y fecha de edición, tipo de encuadernación en reales. Conocemos el Inventario que nos fue transmitido por Demersón por orden alfabético. Un total de 352 títulos y mil doscientos ochenta y siete volúmenes, y por supuesto, las obras francesas, con un 56 por 100 estaban en predominio (47). Por desgracia, esta biblioteca, como tantas otras, no se nos conserva. La crisis de la vida española de ese tiempo aventó sus libros. Valdés, afrancesado durante la guerra de España, tuvo que exiliarse en 1812, y su biblioteca fue dispersada, como escribe, con dolor, en Nîmes el 16 de octubre de 1815: «consagré a formar la gran parte de mi patrimonio y toda mi vida literaria».

El mismo triste sino cupo a los libros de **Jovellanos**, reunidos «cuando el impulso ilustrado estaba en su apogeo», en pleno «cénit de las luces» (48).

(45) DEMERSON, Georges: «Don Juan Meléndez Valdés et son temps 1754-1817». París, Librairie C. Klincksieck, 1962. La correspondencia de Valdés con Jovellanos está publicada en *B. A. E.*, t. XIII. Ver igualmente E. ALARCOS: «Meléndez Valdés en la Universidad de Salamanca», *Bol. de la Real Academia de la Lengua*, vol. 13.

(46) «L'Inquisition Espagnole et les livres français au XVIII^e siècle». París, 1963. M. Defontaine.

(47) Vid. Paul Merinière: «L'influence française en Espagne au XVIII^e siècle». París, 1936.

(48) Vid. SANCHEZ AGESTA: *Ob. cit.*

La mala suerte se abatió también sobre las tres bibliotecas que, siguiendo los azares de su vida, llegó a formar el asturiano. La primera le fue sellada e incautada en Gijón el 13 de marzo de 1801 al ser detenido para trasladarse a Mallorca. (Entre la extensa bibliografía sobre Jovellanos véase G. Gómez de la Serna, «Jovellanos, el español perdido», Ed. Sala, Madrid 1975). No cupo mejor suerte a la que llegó a formar en su destierro de Palma, ni a la que, libre ya, pero en plena guerra de Independencia, consiguió reunir en Sevilla. El propio Jovellanos nos lo dice, en palabras doloridas, ya al final de su vida, el 26 de mayo de 1810: «doy por perdido cuanto tenía en Gijón; en Mallorca quedó mi plata... y una buena librería, y en Sevilla la nueva librería que iba formando» escribía a su amigo Tomás Veri, intentando rescatar «los pocos escogidos libros que están en Barcelona» cuando ya se reintegraba a la Península, en plena tragedia. Conmueve leer el tono amargo con que Jovellanos resume el desastre sucesivo de sus libros: «si consigue Vd. rescatarme esos pocos, me dará con ello un gran consuelo para mis últimos días» (49). La melancolía final, tan conmovedora, de la vida de Jovellanos, parece centrarse en sus libros. En sus meses finales escribe a su amigo, el Conde de Ayamans, desde Muros de Noya, en Finisterre, a donde, huyendo de la situación de Sevilla, había llegado en arribada forzosa: «hame entrado un vivísimo deseo de recobrar mi librería mallorquina. Perdí la de Madrid, perdí la que empecé a formar en Sevilla, doy por perdida la que tenía en Gijón...» (50). En medio del naufragio, no sueña el buen asturiano más que en rescatar sus libros. A punto de morir, escribe desde Gijón, donde acaba de refugiarse huyendo de las tropas invasoras: «ahora es cuando nace en mí un mayor deseo de rescatar mis libros...» (51). Sus queridos libros de Gijón, sólo en parte eran rescatados. Robados primero por el Mariscal francés, se salvaron en parte por milagro, pero fueron de nuevo dispersados al regreso a Asturias de las tropas francesas. Es emocionante ver el empeño de Jovellanos, hasta el final, por rescatar sus libros dispersos. En agosto de 1811, todavía, enviaba cartas, clamaba y dictaba inútiles instrucciones. A sus sesenta y siete años, con el ánimo dolorido y huyendo de la guerra, muere, casi a la intemperie, el 28 de noviembre de 1811. La suerte no le había acompañado. Su voluntad reiterada de dejar sus libros al Real Instituto de Gijón no se

(49) Carta a Tomás Veri. *B. A. E.*, vol. 86, p. 488.

(50) *B. A. E.*, vol. 86, p. 487.

(51) Jovellanos a Tomás Veri. Gijón, 27 Agosto 1811. *B. A. E.*, vol. 86, p. 491.

cumplía. Más suerte cabría a la manda testamentaria que disponía en favor de D. Juan Cea Bermúdez, su amigo de siempre: un retrato original del pintor Juan Carreño de Miranda, y otro «retrato de un Cardenal» original de Alonso Cano. En su voluntad testamentaria se refiere también al boceto de «la Familia» que poseía Jovellanos. Nada menos que las Meninas sobre el que el asturiano escribió por menudo (52).

Este recorrido somero que venimos haciendo sobre los libros de esta generación ilustrada, a la que pertenece Gazzola, a veces nos depara sorpresas. **Floridabalanca**, por ejemplo, contra lo que podía esperarse, no nos aparece como hombre de muchos libros. Al menos, su testamento no nos informa. Se habla de mandas, ajuar, menaje de casa. Apenas «algunos libros» se mencionan, y no más (53).

Algo más sabemos de **Moratín**, que mayor inquietud por sus libros revela. Su testamento, que dicho sea de pasada, elude toda invocación religiosa, está suscrito siendo exilado, en Burdeos el 12 de agosto de 1827, e incluye una referencia: «los libros existentes en la habitación que ocupó en la casa de Saint Brice, cerca de Burdeos». Por desgracia no nos brinda el inventario al legar papeles y libros que, por las circunstancias, no serían muchos, a D. Manuel Silvela, a quien confía redactar una lista de la biblioteca y distribuir algunas de las obras entre las personas que señala, y ante quienes se disculpa por la pequeñez de la dádiva: «Atendiendo a su ningún valor, suplico a mis amigos de España disimulen mi silencio, y crean que llevo al sepulcro la memoria de su bondad. Me despido de ellos con toda la ternura de mi corazón». Hermosas palabras, con toda la melancolía añorante del desterrado, y con generosidad que le honra. Si no libros, que debieron quedar en Madrid, cuando la precipitada huida, cuida Moratín de donar a D.^a Victoria Silvela, tan amiga, «un retrato mío que hizo D. Francisco de Goya en Burdeos», y encargar el envío a la Real Academia de Bellas Artes «un retrato mío, de medio cuerpo, pintado por D. Francisco de Goya, a la que ruego se digne aceptar esta memoria». El cuadro y la memoria perduran, por fortuna (54).

(52) Vid. «Reflexiones sobre el boceto de 'La Familia'» en 1789. *B. A. E.*, vol. 87, páginas 153 y ss.

(53) *El testamento de Floridablanca*, por F. JIMENEZ DE GREGORIO. Universidad de Murcia, 1947. Idem. A. RUMEU DE ARMAS: *El testamento político del Conde de Floridablanca*. Madrid, 1962.

(54) MORATIN, L. F. de: *Obras póstumas*. Publicadas por M. Silvela. t. III. Madrid, 1867.

En este recorrido, en busca de libros, por la España ilustrada, incumbe ahora referirnos a **Olavide**. El notable peruano, tan representativo, en bien y en mal, de la España de su tiempo, gozador de la vida y abundante de medios, no siempre bien adquiridos, nos ha dejado abundantes noticias de sus libros. Tras sus tres viajes a París, Olavide había reunido una «inmensa biblioteca», que hizo pronto enviar a Madrid, y que siguió engrosando con las sucesivas remesas de los libreros franceses y españoles. En 1778, en un solo cargo, llegan a Bilbao, procedentes de Bayona, 29 cajas con más de 2.400 volúmenes que luego fueron reexpedidos a Sevilla, donde Olavide, ocupado de las colonizaciones de Sierra Morena, instala en el Alcázar, de donde es Alcaide, su tertulia literaria y su casi Corte. Allí concibe el proyecto de crear una «biblioteca pública» junto a los libros antiguos de los jesuitas recién expulsados, y de cuyos bienes en Andalucía era Olavide Administrador. Muchos y muy variados libros llenaban los estantes de Olavide. Novelas y «cuentos morales», libros de viajes, imaginación y utópicos, obras sobre arte dramático, sobre política y economía, sobre ilustración y problemas religiosos, jansenismo y galicanismo, a tono con el ambiente intelectual de la época.

Tampoco la suerte acompañó a los libros de Olavide. Procesado por la Inquisición, logra volver a Francia, donde vive el período más crítico de la Revolución, que altera, como a tantos otros ilustrados, sus esquemas ideológicos previos. Vuelto a España anima sus días, en busca de perdón, ofreciendo a sus contemporáneos, a punto de sufrir la sacudida napoleónica, su libro de conversión «El Evangelio en Triunfo».

No nos ha quedado el inventario de los libros de Olavide. Decididamente Gazzola es una excepción. De Olavide sólo nos queda el inventario de los libros franceses, que se conserva en los Archivos del Santo Oficio, hoy en el Archivo Histórico Nacional de Madrid, y que fue redactado en el momento de su incautación, al iniciarse el proceso inquisitorial que terminó, benignamente, en el famoso «Autillo». Su biblioteca entera fue intervenida. Una proporción pequeña de libros españoles, unos 840, en contraste con los 2.000 libros franceses que contenía. Una biblioteca importante, en cierto modo única en España y no común fuera. El triste sino que acompañaba a los libros del tiempo acompañó también a los de Olavide. Su testamento, suscrito en 1801, nada nos informa del destino que siguieron (55).

(55) DEFOURNEAUX, Marcelin: «Pablo Olavide, ou l'afrancesado. 1725-1803». Presses Universitaires de France, 1959.

LOS LIBROS DE GAZZOLA

Volvamos a los libros de Gazzola, que conocemos, felizmente, por el inventario.

Libros en latín, libros españoles, ingleses y franceses. Y, naturalmente, libros italianos, que ocupaban la parte más nutrida de la biblioteca.

Vencida la tentación de transcribir aquí el inventario completo de la biblioteca gazzoliana, que queda para otro lugar con los comentarios adecuados, nos limitaremos a señalar lo más destacado y representativo de ella, con la excepción que haremos de ofrecer la lista completa de lo que constituía la parte española de la misma.

LIBROS LATINOS

Entre los trece que figuran en folio nos llama la atención un ejemplar en pergamino de la Historia de Paulo Jovio, en edición de 1696.

En octavo se reseñan 123 títulos diferentes, y, según la buena costumbre de quienes hacen el inventario, se nos ofrece siempre la fecha de edición, más el valor que se le adjudica en la tasación a los efectos de la venta pública en la almoneda. No faltan los libros antiguos y de buenas ediciones. Dos de los comentarios de Julio César son de 1574 y 1575. No faltan tampoco las obras de Sannazaro en buena edición de 1592, ni un Vitruvio —la arquitectura— en edición, relativamente reciente, de 1737.

Las Instituciones de Quintiliano, también en buena edición latina, testimonian de la abierta curiosidad del culto artillero.

LIBROS INGLESES

No muy numerosos, pero sí selectos. Seis en folio, cinco en cuarto y 31 en octavo o doceavo.

En cualquier idioma, los mismos gustos. Un libro, de gran formato, sobre arquitectura griega, otro sobre dibujos chinos, y otro, en fin, sobre las ruinas del Palacio de Diocleciano.

Un libro sobre el estado actual de Gran Bretaña, otro sobre fortificaciones, junto al dedicado a las estatuas en Italia y otro a las observaciones sobre el reciente Tratado de Sevilla. Curiosidad siempre abierta a campos diversos. Un libro sobre el estado presente de Rusia y otro de viajes por

Hungría, junto a un estudio sobre la Constitución inglesa o las máximas de gobierno de Venecia. Fiel a sí mismo, pide al idioma inglés un tratado sobre la pólvora, otro sobre las fortificaciones, junto a las obras completas de Buckingham.

LIBROS FRANCESES

Como era de esperar, constituyen una de las secciones más nutridas de la biblioteca. Treinta y seis títulos en folio, algunos en varios volúmenes. Ciento seis en cuarto y más de 500 entre octavo y doceavo.

De aquí en adelante inscribiremos entre paréntesis la fecha de edición de los libros que se citan.

Cuatro volúmenes en pasta, de gran formato, sobre arquitectura francesa (1727). Varios diccionarios universales, uno en dos volúmenes (París, 1723) y un diccionario económico (París, 1732).

Siempre la preocupación por la arqueología clásica. Recién aparecidos en Londres, ya hay en la biblioteca el ejemplar de un libro con láminas sobre las ruinas de Palmira (1753) y otro sobre «las ruinas más bellas» (1758). Estaban presentes, como siempre, todas las zonas de interés y curiosidad. «Iconografía o vida de los hombres» (1758). Varios ejemplares dedicados a la arquitectura, uno de comienzos de siglo, de 1702, y varios más de años siguientes.

Una colección de 1730 componía varios cuadernos de artes y ciencias, hasta 77 volúmenes.

Una Historia Universal acababa de publicarse en Amsterdam en 1742. Allí estaba, por intermedio de algún librero madrileño abierto a lo que se publicaba fuera y suministrador de Gazzola. No falta una historia de la matemática y de la milicia, y, como corresponde al oficio del propietario, unas «Memorias de la artillería» (La Haya, 1718).

Es inútil repetirse. Gazzola estaba abierto a muchos campos de la cultura. Aquí están las «Memoires de Monsieur Philippe de Comines» (1717) y, por supuesto, una «Histoire Generale d'Espagne» (1751), junto a una «Teoría de la práctica de la jardinería».

Nada caía fuera de sus campos de interés. Junto a varios libros dedicados a la defensa de las plazas militares, otros se ocupaban del Embajador y de las funciones de la diplomacia. Y, al lado, uno dedicado a la construcción del telescopio (1738) y otro relataba «El sitio de Metz por el Emperador Carlos V» (Metz, 1665).

Y temas más recientes y actuales. Un ejemplar de 1717 se dedicaba a analizar «el Tratado de Alianza entre Francia e Inglaterra» subsiguiente al General de Utrech que había puesto punto final a la guerra, española y europea, de la sucesión al trono de Carlos II.

Por razones obvias de espacio hemos de prescindir de comentar muchos libros que lo pedirían. «Elementos de la pintura» (1684), junto a la «Vida de César Borgia» con toda la leyenda en marcha, de 1712. O «Consideraciones sobre el estado de las Provincias Unidas» del mismo año.

Libros de otro orden, como éste de 1768, en edición de Lyon, de la «Introducción a la vida devota de San Francisco de Sales», Santo que, en el tiempo, disfrutaba de una notable adhesión. «Los principios de la moral y del gusto» (París, 1768) tocaba un tema muy afecto a la época.

Gazzola debía desenvolverse bien en francés y usaba con gusto de esta lengua, hasta el extremo de leer escritores españoles en versión francesa, como lo atestiguan «L'homme de Court», de Baltasar Gracián, en edición de París de 1693, o una «Historia» de Gonzalo Fernández de Córdoba, «El gran Capitán» de París 1714 o una «Historia del Ministerio del Cardenal Ximénez de Cisneros» editada en Toulouse, en 1594, y que, seguramente corresponde a una traducción de Alvar Gómez de Castro, la más fidedigna y prestigiosa biografía del Cardenal, o la de Quintanilla, la más panegírica, aparecida en el siglo XVII.

Gustos y lecturas muy eclécticas como corresponden a un hombre de su tiempo. Junto a unas «Confesiones» de San Agustín (Lyon, 1700), aparecen las «Memoires» famosas de Brantôme, editadas en Layden en 1693. Era un libro que circuló por toda Europa, y no para mejor gloria de España, discutida como país hegemónico, ni del denostado Felipe II.

A comienzos del siglo XVIII seguía viva la memoria de Richelieu, y su fama discutida. Nos viene a las manos el ejemplar que lo atestigua: «Parallele du Cardinal Richelieu» (Utrech, 1716).

Muchos libros didácticos. Para estudiar esta o aquella ciencia o materia: la ciencia militar, la agricultura o la jardinería. Libros de viaje, muchos. A Siria o al Líbano, a Inglaterra, y, naturalmente, a Italia.

Y el recuerdo de los grandes hombres que han hecho la Historia. Sirva por ejemplo el dedicado a la «Politique de Ferdinand le Catholique» (Amsterdam, 1737).

Los libros de memorias, ya se ha dicho, estaban a la moda y no faltaban entre los libros de Gazzola, género por otra parte muy francés. Por ejem-

plo, las ya citadas «Memoires de Mesire Philippe de Comines» (1704). Y no faltaba, naturalmente, un libro de amplia circulación por toda Europa, las «Letres de Madame la Marquise de Sevigné» (París, 1704).

Inagotable el repaso, sin grave riesgo de abrumar al lector. Las cartas, también, de Madame de Maintenón (Ginebra, 1753), figuraban junto a una teoría sobre los impuestos, un diccionario portátil de la pintura, junto a la «Histoire de la Guerre» en dos ediciones, una de Amsterdam de 1641 y otra de París de 1755.

Ahora nos sale al paso un libro inesperado. Una obra, en cuatro volúmenes, de los que faltaba el primero, sobre la «Inquisición francesa» (París, 1719). Es ocasión de decir, aunque sea de pasada, que no hay entre los libros de Gazzola ningún otro que trate sobre la discutida Institución. Ninguno de los libros polémicos que circulaban por Europa en aquellos días. Silencio, pues, sobre el Santo Oficio, que en tiempos de Gazzola vegetaba en España, con menos actividad que en el pasado, y que apenas dio señales de vida, muy convencionales, con el famoso proceso a Pablo de Olavide. Gazzola, por otra parte, procedía de una región, como el Milanésado, que no había conocido nuestro Santo Oficio bajo la dominación española.

Al final de la lista de libros franceses no faltaba el recuerdo de una de las grandes figuras del siglo: «Memoire por servir l'Histoire de Frederic le Grand», el Rey prusiano.

LIBROS ITALIANOS

Se trata, sin duda, y por razones obvias, de la colección más numerosa e importante. Cerca de un millar de libros, en gran parte importantes, en distintos tamaños y formatos.

La colección se abre con una «Istoria Fiorentina» de Scipione Admmirato (Florencia, 1647), y, a continuación, los libros italianos más representativos. El «Libro de la perspectiva» del Vignola (Roma, 1611), y la «Jerusalem liberata» de Torcuato Tasso (Venecia, 1745), sirvan de ejemplo.

Están también, naturalmente, el «Libro de la arquitectura» de Andrea Palladio (Venecia, 1570), y, en edición manuscrita, el libro gemelo de Vitruvio, el «Tratado de la Pintura» de Leonardo de Vinci (París, 1651).

Nada falta en la colección de lo que podía ser en la época representativo, en el más alto grado, de la cultura italiana. Por eso no faltaba ni el

«Decameron» de Bocaccio, ni siquiera siete tomos del catálogo completo de los monumentos antiguos de Herculano (Nápoles, 1757). El Herculano que él había visto tan de cerca.

Varias historias del Reino de Nápoles o de los Emperadores griegos y romanos. Un ejemplar de 1561 contenía la reciente «Ragión di Stato» de Giovanni Botero, edición de Venecia del conocido libro, tan difundido por Europa, de Jean Bodín.

De 1632 había un ejemplar de los «Diálogos de Galileo Galilei», y, por supuesto, no faltaban ni las «Vidas de Hombres ilustres» de Plutarco ni libros tan distintos como las «Metamorfosis» de Ovidio (Venecia, 1584) o «La guerra de Flandes», de Tomás Strada (Venecia, 1640).

Muchos y muy diversos libros que testimonian de la abierta curiosidad de Gazzola, y del ancho campo de sus predilecciones. Los libros de matemáticas y del arte militar, junto a las vidas de los artistas, lecturas literarias o tratados militares. Las tragedias de Sófocles se codeaban con «Le storie delle Orientali» del Padre Giovanni Maffei (Venecia, 1589).

No sólo los libros contemporáneos interesaban al bibliófilo Gazzola. Son muy abundantes las ediciones antiguas, que parecía buscar con depurado gusto de especialista. Muchos libros son de ediciones del siglo XVII, y no faltan, abundan más bien, los del siglo XVI. Fray Antonio de Guevara, el gran escritor español de la primera mitad de ese siglo, parecía gozar de las predilecciones de Gazzola. Son varias las ediciones de sus escritos que figuran en la biblioteca. De su «Oratorio» figura un ejemplar de 1560, impreso en Venecia.

Era frecuente la existencia de dos o más ejemplares de ediciones diferentes de no pocos de los libros. Del Vitruvio hemos contado, en ediciones de distintas lenguas, más de cuatro.

Junto a las obras de Pietro Bembo (Roma, 1584) anotamos una excelente edición en tres tomos del Giorgio Vasari «Vite de piu Excelenti Pittori, Sculture ed Architectori» (Roma, 1751).

Todo merecía la atención del bibliófilo. La revuelta napolitana, en tiempo de Felipe IV y sus secuelas en Sicilia, se analizan en un libro del tiempo que interesa, retrospectivamente a Gazzola: «Progresi dell'Armi spagnole in Messina» (Messina, 1565).

Libros esenciales, como el «Decamerón» abundan en ejemplares de distintas épocas y lenguas. En italiano figuran varios. Lo mismo ocurre con la «Istoria d'Italia di Francesco Giuccardini» del que, entre otros, hay un ejemplar en Venecia de 1568.

Vidas de artistas y pintores, o de hombres de otros campos. Como la del Petrarca o del Príncipe Andrea Doria (Venecia, 1565).

El Bodino parecía interesar a Gazzola. No menos de cuatro ediciones aparecen en el inventario. Una de ellas de Venecia de 1589. La misma insistencia, denotando un preferente interés, ocurre con el libro famoso del Vasari, del que figuran varios ejemplares.

Gazzola mostraba estar abierto a todo. La figura de San Ignacio parece atraerle. La «Vita del P. Ignacio Loiola» de Pedro de Ribadeneira (Venecia, 1586) lo atestigua.

No se pretende aquí dibujar un estudio para bibliófilos. De ser así, hubiese sido preciso publicar íntegra la lista de los libros que figuran en los inventarios. Lo que hubiese ofrecido, y otra ocasión habrá, un interés sobresaliente. Porque se trata de una información excepcional, única puede decirse, sobre lo que constituía la cultura más representativa de las gentes de la ilustración, y porque carecemos de testimonios semejantes referidos a los grandes hombres de aquella hora española.

De los que sabemos mucho por sus escritos o por su acción política o cultural, pero que no nos dejaron de sí el riquísimo testimonio que nos aportan los inventarios de Gazzola.

El hispano-italiano debió dedicar muchas horas a la lectura, y, por supuesto, gustó de la compañía de los libros. En sus horas de solitario tendría a la mano lo que, en cada momento, su curiosidad pidiera. Amante del pasado, un día sería la historia del reinado de Luis XIII de Francia, de Alexandro Roncovesi (Lyon, 1591), otro la clásica de Italia de Guiccardini, del que poseía una estupenda edición de Parma de 1566. La historia de Inglaterra de Vincenzo Martinelli (Londres, 1770) o la descripción de los descubrimientos primeros de la ciudad antigua de Herculano (Roma, 1718).

En tamaño pequeño eran muchos los libros a su alcance. «La República» de Aristóteles, ofrecía vagar para unas horas, a no ser que, según el estado de ánimo, se prefiriese «la Pintura», los famosos diálogos de León Batista Alberdi, en edición veneciana de 1547. Un breve repaso al Petrarca, en edición de Venecia de 1560, podía dejarse para hojear las comedias de Aristófanes (Venecia, 1545) o dar un vistazo a los «Comentari delle cose de Turchi» de Paolo Giovio (Venecia, 1546).

Pocos hombres, valga la insistencia, nos han dejado de sí mismo testimonio semejante ni más expresivo, y muy pocos nos permiten ahora recomponer su carácter, sus zonas de curiosidad, ni los grados de su formación intelectual. Gazzola por ello, es una excepción.

No faltaba en sus estantes nada de lo que podía definir los hábitos de un hombre culto. Ni la «Odisea» (Florenia, 1582), ni la «Jerusalemme» de Torcuato Tasso (Parma, 1581), ni las tragedias de Séneca (Venecia, 1560), ni los «Diálogos del Orador», de Cicerón, en traducción de Ludovico Dolce (Venecia, 1547).

Resulta inusual esta excursión por los caminos intelectuales de un hombre del pasado. Y no deja de ser admirable comprobar la fidelidad del italiano a lo más esencial de su cultura. Todo está aquí seleccionado por la mano de un lector y experto refinado. De fecha tan temprana como 1555 tiene Gazzola un libro sobre Lutero, editado en Venecia. Tampoco falta el Aretino (Venecia, 1542), ni, junto a Hipócrates, dejan de estar las «Relationi del Cardinal Bentivoglio» (Colonia, 1643), ni, por supuesto, «La Divina Comedia» del Dante en edición de Venecia de 1555.

Firme en sus fidelidades italianas y en sus gustos, cuando muere Miguel Angel, en 1564, se edita un libro que Gazzola guarda en homenaje al genio: «Exequie del Divino Michelangelo Bonarroti» (Florenia, 1564).

Y tantos casos más que testimonian de un interés variado y de una curiosidad sin fronteras. De las revoluciones populares de Nápoles, del siglo XVII, guarda una «Relationi delle Revoluzioni popolari di Napoli» (Padua, 1658).

Muchos libros, ya se ha dicho, en ediciones del siglo XVI, que son ediciones antiguas, con 200 años. Gustos, pues, de bibliófilo, además de lector insaciable. Nos despiden la «Geometría» de Alberto Durer, en edición de París de 1547.

LIBROS ESPAÑOLES.—RELACION COMPLETA

Seguramente nos consentirá el elector el cambio que aquí le proponemos. En los libros de varias lenguas, ni hemos hecho un análisis global, ni hemos ofrecido, por razones obvias de espacio, la lista completa de los contenidos en el minucioso inventario.

Al tratarse de libros españoles alteramos la norma y ofrecemos, a continuación, la lista completa de los que figuran. Por su menor número, porque no llegan al centenar, lo que no deja de ser un dato merecedor de subrayarse, como por el mayor interés que pueda ofrecer para el lector conocer las zonas en que se movió el italiano en los campos de la cultura de su país de adopción, de su segunda patria.

He aquí, pues, la lista completa.

EN FOLIO

- «El perfecto Capitán instruido en la disciplina militar». Pedro Madrigal. Madrid 1596.
- «Historia del Rey D. Fernando el Católico». Jerónimo Zurita. Zaragoza 1646.
- «Práctica Manual de Artillería». Luis Collado. Milán 1592.
- «Descripción de El Escorial». Madrid 1681.
- «El perfecto artillero». Julio César. Madrid 1748.
- «Discurso del Capitán Christobal Lechuga, que trata de la Artillería». Madrid 1611.
- «Reglamentos y Aranceles Reales para el comercio libre de España a Indias». Madrid 1778.
- «Reglas y establecimiento de la Orden de Santiago». 1778.
- «Historia de España». Dos volúmenes. Madrid 1669.
- «Definiciones de la Orden de Calatrava». Madrid 1652.
- «Relación histórica del viaje de la América Meridional». Jorge Juan y Antonio Ulloa. Madrid 1748.
- «Observaciones astronómicas», Jorge Juan. Madrid 1748.
- «Reales Cédulas sobre el comercio del Principado de Cataluña». Encuadernado en raso azul, guarnecido en plata. 1748.
- «Avisos políticos del Capitán Gregorio Menéndez Valdés». Madrid 1774.
- «Teórica de la pintura», pergamino. A. Palomino. Madrid 1715.
- «Reglas militares del Caballero Melzo». Milán 1619.

EN CUARTO

- «Principios militares». Raimundo Sanz. Barcelona 1776.
- «Historia de D. Quijote». Dos volúmenes. Madrid 1654.
- «Tratado del Derecho Público sobre los Privilegios y exemptions de los Ministros extranjeros». Antonio Santos. Amsterdam 1654.
- «Introducción a la Historia Natural y a la Geografía física de España». Guillermo Bowles. Madrid 1775.
- «Principios de fortificación». 1776.
- «Principios de las epidemias y enfermedades de los exércitos». Francisco Bruno Fernández. Madrid 1751.
- «Discurso militar de algunos inconvenientes de las Milicias de estos tiempos». Jorge Castelví. Valencia 1654.
- «Tratado de ensayadores». Juan Fernández del Castillo. Madrid 1623.

- «Epítome de la fortificación moderna, y otros diversos tratados». Antonio de Zepeda. Bruselas 1696.
- «Discursos sobre la pintura». Juan de Butrón. Madrid 1626.
- «Diálogos de Medallas». Antonio Agustín. Tarragona 1587.
- Noticia General para la estimación de las artes». Gaspar Gutiérrez de los Ríos. Madrid 1660.
- «Tratado de la Artillería y uso de ella practicado por el Capitán Diego Ureano». Bruselas 1613.
- «Historia de Don Quijote». Barcelona 1704.
- «Diccionario de la Lengua española y francesa». Madrid 1771.
- «Quilatador de la plata y oro y piedras». Juan de Arce de Villafañe. Valladolid 1572.
- «Historia de la Milicia española». Madrid 1776.
- «Tratados de Matemáticas». Madrid 1772.
- «Examen marítimo y tratado de mecánica». Madrid 1771.
- «El Macabeo, poema heroico, Silveria». Nápoles, 1638.
- «Idea de un Príncipe político cristiano». Maquiavelo. Madrid 1666.
- «La célebre égloga primera de Garcilaso». Madrid 1771.
- «Instrumentos nuevos de geometría». Pergamino. Céspedes. Madrid 1606.
- «Formulario y estilo de cartas». 1606.

EN OCTAVO Y DOZAVO

- «La Araucana». Alonso de Ercilla. Madrid 1776.
- «La Mosquea». Joseph de Villaviciosa. Madrid 1777.
- «Las Eróticas y traducción de Boecio». Esteban Manuel de Villegas. Madrid 1774.
- «Apéndice a la educación popular». Campomanes. Madrid 1775.
- «Política y mecánica militar». Francisco Dávila. Bruselas 1684.
- «Arte de teñir sedas». Miguel Suárez. Madrid 1771.
- «Comercio suelto en Compañías general y particular». Marqués de Santa Cruz. Madrid 1732.
- «Arte de hacer indianas de Inglaterra». Miguel Suárez. Madrid 1771.
- «Cuestión de amor de dos enamorados». Alonso de Ulloa. Venecia 1553.
- «Viaje de España». Antonio Ponz». Madrid 1772. Seis tomos.
- «Idem desde el 6.º en adelante».
- «Parnaso Español». Madrid 1772.

- «Lección de Artillería». Siete ejemplares, 3 en pasta y 4 en pergamino. Tomás Cerda.
- «Reglamento del Montepío de Viudas militares».
- «El Devoto de María». Padre Señeri.
- «Gramática militar de táctica para la Caballería».
- «Arte de fundidores».
- «Práctica de Secretarios». Gaspar Ezpeleta.
- «Explicación de las piezas del fusil y carabina». Francisco Nadal.
- «Dos tarifas de cristales de S. M. en España».
- «Ejercicio cotidiano».
- «Historia de los amores de Clavio y Florisea». Pergamino.
- «Obligaciones de amor y criados». Manuel Martínez.
- «Devoción arreglada de cristianos».
- «Ejercicio cristiano para oír Misa».
- «Ejercicio cotidiano».
- «Discurso sobre los inventores de la Artillería».
- «Discurso sobre la educación popular». Campomanes.
- «Instrucciones militares cristianas». Vicente de los Ríos.
- «El mundo engañado». Joseph Gazzola. Pergamino.
- «Secretos de artes liberales». Bernardo Monzón.
- «Guía de caminos».
- «Reglas y Constitución del Convento de Santa Teresa de Madrid».
- «Avisos militares».
- «Origen de la Nación Vascongada».
- «Ortografía de la Nación Castellana».
- «Discurso sobre el fomento de la vida popular».

La relación que antecede merece algún breve comentario. Destaca, en primer lugar, la presencia de libros sobre arte y técnica militar, que había sido la profesión de Gazzola y en la que había destacado de manera notoria. Dos libros famosos, el de Madrigal de 1596, el del Capitán Lechuga, en edición de 1611, lo atestiguan.

Nada hay de ocioso en esta lista. Un Caballero de Santiago y Comendador de Calatrava, es razonable que tuviera a mano las Reglas y definiciones de las Ordenes a que pertenecía.

La edición de 1669 de la Historia de España debe corresponder, sin duda, a la del Padre Mariana, siempre tan en boga.

En tiempo de Gazzola no se había apagado el eco del famoso viaje de

Jorge Juan y Antonio Ulloa a la América Meridional. En los estantes de Gazzola, hombre siempre atento, figuraba el estupendo libro de 1748 que lo relata con gran dignidad bibliográfica. Lo mismo que las «Observaciones astronómicas».

Resulta notoria la curiosidad de Gazzola por cuanto al arte se refiere. Allí está el libro de Palomino. «Teórica de la pintura», en su primera edición, en gran formato, de 1715. Igualmente, el libro que circuló mucho, todo el siglo XVII, «Tratado de ensayadores» de Juan Fernández de Castro en la edición de 1623. Estaban también los «Discursos sobre la pintura» de Juan Butrón de 1626, y la «Noticia general para la estimación de las artes» de Gaspar Gutiérrez de los Ríos, Madrid, 1600 (56). Otros libros sobre arte, bien notorios y famosos, denotaban la curiosidad de Gazzola en este campo. Los «Diálogos de medallas» de Antonio Agustín en edición en cuarto de 1587, el gran canonista y erudito que asistió al Concilio de Trento y se dio a conocer por sus saberes en tiempo de Felipe II. Debe ser —no he tenido ocasión de comprobarlo— la edición primera. Y el conocido de Juan de Arfe Villafañe «Quilatador de la plata, oro y piedras» en la edición Príncipe de Valladolid de 1572.

La biblioteca de Gazzola estaba abierta, ya se ha dicho, a las novedades españolas más notorias. El irlandés Guillermo Bowles acababa de publicar en 1775 su conocido e importante libro «Introducción a la Historia Natural y a la Geografía física de España».

Gazzola tiene ya setenta y seis años, y la edad no ha extinguido su curiosidad. Allí está el libro referido, como lo está el «Discurso sobre la educación popular», y el «Apéndice» al mismo, también de 1775 de Campomanes, jefe de filas de la Ilustración política, y definidor de sus principios políticos, como los que resume en el bien conocido libro que acaba de citarse.

No nos pasa desapercibido el libro que contiene observaciones sobre las reglas y Constituciones de la Orden Carmelita de Santa Teresa. Ni la preocupación que revela por la historia de su patria adoptiva el libro dedicado a la «Ortografía de la nación española», y, sobre todo, el que informa sobre «Origen de la nación Vascongada» que era entonces tema de preocupación y estudio: los fueros, la trayectoria histórica del país, el origen de la lengua vasca. Hubo libros, y hubo ya polémica. En ella intervendría Juan

(56) En la imprenta de Pedro Madrigal, reeditada por F. J. Sánchez Cantón, en *Fuentes Literarias para la historia del arte español*, t. I, p. 313. Madrid, 1923-1941.

Antonio Llorente, el conocido bibliófilo, polemista e historiador de la Inquisición, con un libro merecedor hoy de un mayor interés del que se le dispensa (57).

Desde 1772 el benemérito Antonio Ponz viajaba ya por España, por encargo de la Academia de Bellas Artes, de la que era Secretario, y empezaban a publicarse sus resultados. Aquel mismo año veían la luz los 6 primeros tomos, que, con los restantes, salidos hasta la muerte de Gazzola, allí figuraban en sus estantes.

El lector habrá observado la presencia de un cierto número de pequeños libros de devoción que algo nos dicen de las convicciones íntimas del personaje.

Una última observación que juzgamos necesaria. En la reseña que antecede figura un Joseph Gazzola autor de un libro con título curioso: «El mundo engañado». Nada que ver con nuestro hombre. Se trata de un doctor Gazzola, de Verona, autor de una obra que, traducida en 1729, alcanzó mucho éxito en España: «El mundo engañado de los falsos médicos» en que, al criticar la mala medicina, propugna la necesidad de que el médico base su oficio en la instrucción y la cultura.

El Escorial estaba cerca, y, más de una vez, al ir o volver de Segovia, entraría sin duda Gazzola a visitarlo. La descripción que figura en la biblioteca, en gran formato, en folio, seguramente se refiere a la Historia del Monastetrio, del Padre Santos, que seguía y ampliaba, puesta al día con nuevas observaciones, la clásica del Padre Sigüenza contemporánea de la gran obra filipina (58).

Estaba muy atento Gazzola a lo que se publicaba. Con 80 años cumplidos seguía adquiriendo libros. Como el que recogía, en 1778, los «Reglamentos y Aranceles Reales» que regulaban el comercio con América, recientemente liberado.

Nos place imaginar, en fin, al anciano caballero italiano recreándose en la lectura de la preciosa Egloga I de Garcilaso en cuidada edición en cuarto aparecida aquellos días.

(57) El libro de LLORENTE, inserto en la gran polémica que se desarrolla en el siglo XVIII sobre la naturaleza histórica del País Vasco, y la significación y orígenes de su lengua, se titula: *Noticias históricas de las tres Provincias Vascongadas*, 5 vols., 1806-1808. Antonio TOVAR: *Mitología e ideología sobre la lengua vasca*, Alianza Editorial, 1980. Análisis muy agudo del tema.

(58) La obra del Padre SANTOS se había publicado, en primera edición, en la Imprenta Real, en 1657. Resumida por SANCHEZ CANTON en sus *Fuentes literarias...*, t. II. Ha sido editada de nuevo muy recientemente.

Compra mucho Gazzola en sus últimos años, que podemos imaginar más retirados y solitarios, en su casa madrileña de San Bernardino. Libros tan clásicos como «La Araucana» de Ercilla y la «Mosquea» de Villaviciosa se adquieren en ediciones de estos años tardíos: 1776 y 1777. El caballero italiano modera y equilibra sus lecturas. Junto a la guía de caminos españoles, acaso la de Pedro Madruga, sobre las viejas vías carreteras que la Ilustración está modernizando, figuran las guías que deben conducir la vida del espíritu: «Devoción arreglada del cristiano» y el «Exercicio cristiano para oír Misa». Una devoción atemperada y pragmática, una religión como código moral, que era el uso de la gente ilustrada.

LA DISPERSION

Gazzola, como sabemos, había muerto en mayo de 1780. Durante los meses siguientes, sus albaceas, testamentarios y servidores llevaron a cabo una minuciosa tarea de ordenación e inventario de todos los objetos, enseres, ropas, obras de arte y libros, cumpliendo la voluntad, muy reiteradamente ordenada por el dueño, en sus disposiciones testamentarias.

Después de los detallados inventarios, se procedió a la venta de todo en pública subasta, que se mantuvo abierta todo aquel verano y comienzos del otoño del mismo año. La puntualidad de quienes presidieron y autorizaron la venta nos ha dejado una relación diaria de lo vendido y del nombre del adquirente, señalando el precio de cada adjudicación. Por la almoneda, y por los documentos que la reflejan, pasan un sin fin de nombres, en gran parte desconocidos. Un Manuel de Cisternes, compra libros. Un Francisco Cerdá compra también libros, como un tal Antonio Prieto. Un comprador de excepción: la Biblioteca de Palacio Real adquiría, el 22 de agosto, una buena cantidad de libros. Y a veces aparecen compradores con nombres ilustres, a los que vamos a referirnos luego.

Entre los compradores debe haber también traficantes de libros, como parece indicarlos la reiteración con que aparecen varios nombres en la venta. A veces, cosas curiosas: Joseph Carlini, Mayordomo del Nuncio, adquiere «dos redes de seda de caballo» y «dos juegos de servilletas». Curiosa compra para tan alto personaje.

No es extraño encontrar entre los compradores nombres italianos atraídos o por la amistad o el común origen: Geniani, Jeromi...

Un Diego de Mesa es asiduo en la almoneda. Unas veces compra cuadros, otros libros en abundancia. D. Jacinto Caballero prefería, en cambio,

los cuadros; como un D. Bernardo Parque, un D. Vicente Luis o Josef Gutiérrez. Otros compradores de cuadros nos son conocidos: como Manuel Carrión y Vicente Luis.

Un día, el ya citado italiano Guillermo Jeniano, o Geniani, compra todos los libros italianos disponibles, hasta el número de 280.

Era también la ocasión de anticuarios y prenderos. Sabemos de un Manuel Pabón «prendero a la bajada de los Angeles» que adquiere, en la sesión del 19 de septiembre, entre otras cosas, una mesa de piedra «con 72 piedras diferentes» más un marco de chimenea.

Los libros daban el tono a la casa de Gazzola, pero eran sólo una parte entre el sin fin de objetos, más o menos ricos, que la poblaban: planos, esculturas, pinturas, piedras preciosas, oro y plata, joyas, camafeos, vajillas, aderezos y monedas, loza, vestidos, y telas, cristal, estuches, anteojos, telescopios, bronce, armas y coches, mas vinos, licores, tabaco y cacao. Todo un rico testimonio que nos permite reconstruir la vida de Gazzola. La decidida voluntad testamentaria del dueño dio al traste con aquella riqueza acumulada, que quedó dispersa en cumplimiento de sus disposiciones de soltero sin descendencia. El inventario minucioso, y, en ciertos aspectos detallado, fue redactado por cuatro italianos fieles a la voluntad testamentaria de Gazzola, y sin duda amigos frecuentadores de la casa: Alessandro Gazzola, Patricio de Lauro, tasador, Josef Marazzani y Pedro Jachini. De los objetos en venta, nos dijeron bastante, pero no siempre, con respecto a la pintura, por ejemplo, lo que hubiéramos deseado. Apenas nos consuela saber, en gran parte, a qué manos fue a parar aquel conjunto. La relación pormenorizada de la almoneda nos lo dice. Los nombres de muchos compradores, anónimos para nosotros, nada nos sugieren. Pero hay otros, ilustres y conocidos, que nos piden un comentario.

COMPRADORES ILUSTRES

En primer término el **Infante Don Gabriel**. Hijo muy dilecto de su padre el Rey, era un hombre de gustos refinados, músico y amante del arte. Se conoce, de este Infante, que pasó por la Historia dejando una estela de moderación y de buen gusto, su amistad con el Padre Antonio Soler (1729-1783). Juntos compartieron una estrecha amistad y un depurado gusto por la música. El Padre Soler tiene un lugar importante, valorado más cada día, en la historia de la música, y no sólo española. Si la música escrita para el doble coro de voces e instrumentos es abundante en esa época, los ejem-

plos de música escrita para dos órganos, son, en cambio, bien raros. El Padre Soler es uno de ellos, y entre su importante obra de esta clase destacan los «Seis Conciertos de dos órganos obligados compuestos para la diversión del Serenísimo Infante de España Don Gabriel de Borbón» que se conserva en el manuscrito único de El Escorial. Soler era el profesor de música del Infante (1752-1788) y estos exquisitos conciertos eran tocados por profesor y alumno, distinguido músico él mismo, en los dos órganos colocados por los cuidados de Felipe II, a los dos lados del Coro de la gran Iglesia escurialense, donde Soler era Maestro de Capilla.

Los agentes del Infante acuden a la almoneda y hacen, en su nombre, una compra importante. Cerca de una treintena de cuadros, más 20 cuadernos de estampas.

La somera descripción que se nos brinda, no nos ofrece información suficiente, pero sí un aproximado testimonio de gustos y orientaciones. Las breves referencias a los cuadros, en las que nunca se nos da nombre de autor, nos dicen algo, sin embargo, de temas, pero nos dejan a mitad de camino tentándonos a un ejercicio de averiguaciones con bases muy precarias. La posible localización en Palacio Real, o algún otro lugar distinguido del Patrimonio, a donde, sin duda, iría a parar el lote, a la muerte del Infante en 1788, año también de la muerte del Rey, sería labor que exigiría un tiempo y esfuerzo que no estamos ahora en condiciones de realizar.

He aquí la relación de lo adquirido para el Infante:

1. Dos países, de tres cuartas.
2. Pintura de media vara con varias figuras a caballo, y un caballo blanco.
3. Dos cuadros de perspectivas de tres cuartas.
4. Dos pinturas de dos tercias de alto y marcos dorados. Retratos de hombre con una espada y el otro con un libro.
5. Dos perspectivas, de tres cuartas apasaidas: estudio de pintor y la otra un Cardenal que entra en Palacio.
6. Dos iguales apaisadas: La disputa de Cristo ante los Doctores.
7. Dos apaisadas. Figuras pequeñas.
8. Perspectiva en cobre de un templo. Vara y cuarta. Marco dorado.
9. Cuatro iguales apaisadas con países, figuras y ganados.
10. Dos perspectivas con figuras. Una con tienda de mercaderes.
11. Retrato de un clérigo con bonete. Dos tercios.
12. Tabla de tres cuartos con la Virgen dando de mamar al Niño.

13. Cuarta de alta. Sin marco. Vieja que se está calentando.
14. Tablita. Cuarta de alta. Mujer y dos niños.
15. Cuatro iguales. Media vara, con cabañas, ganado y figuras.

Un total de 24 cuadros, de los que quisiéramos tener más información que, la muy somera, que nos da el inventario. Hay, sin embargo, un dato indicativo que puede orientarnos sobre el valor de cada cuadro: el precio de adjudicación en la almoneda. A su vista, hay algunos cuadros que destacan por su valoración, que dice de su importancia. Los que llevan el número 1 (1.300 reales), el 2 (2.000 reales), el 4 (2.000 reales) y los números 5 (2.000 reales) y 10 y 11 que se adjudicaron cada uno en 1.500 reales, lo que parecer delatar su importancia en cuanto al autor —que se nos oculta— o la estima y calidad de la pintura a juicio de los tasadores. ¿Pintura contemporánea? ¿Tiépolo, Mengs, o Goya?, o ¿pintura antigua de particular estimación?

En todo caso, se adivina una escala de valores a tono con los gustos del tiempo. Basta recordar que los cuadros de Rubens y Van Dyck, únicos pintores que se nos citan en la almoneda, no alcanzaron, los dos, más de 600 reales en la subasta.

Los compradores del Infante completan el lote. Además de la pintura ya citada adquieren una cantidad no desdeñable de estampas: 17 cuadernos con un total de 110 estampas representando estudios de animales, flores, perspectivas, paisajes con figuras, el parisino bosque de Bolonia, juguetes de niños, las nueve musas, labores en la casa y «varios asuntos alegres». La compra regia se completa con un lote de seis espadas por un precio estimable que indica su calidad.

Otros compradores ilustres. El **Conde de Floridablanca**, en momento próspero de su carrera política, no compra, sin embargo, arte en la almoneda póstuma de su amigo. Ordena, más bien, comprar cosas útiles, de poca monta: sillas y mesas de nogal, vidrieras de cristal con marco verde, cuatro mesas de caoba, candelabros plateados, y... «una berlina vieja con caja amarilla», por la que paga 1.500 reales. Casa bien esta parquedad, con la moderada hacienda que el prepotente Embajador y político denota luego en su testamento.

El **Embajador de Venecia** en Madrid acude también a la almoneda y adquiere un buen lote de libros y de estampas.

Otro comprador de nota. **Don Melchor Gaspar de Jovellanos** ama los libros. En la almoneda de Gazzola adquiere un buen número —62 volúme-

nes— y estampas, con un criterio selectivo como acredita el «Teatrum Orbis Terrarum» de Abrahán Ortelio, que adquiere por 60 reales. Libros franceses en mayoría, y enciclopedias, pasan a engrosar la ya nutrida biblioteca del asturiano, que, dos años antes, acaba de instalarse en Madrid, tras sus largos y prósperos años sevillanos.

Sabattini, paisano y viejo amigo de Gazzola, no podía faltar en la dispersión de objetos y cosas que, visitante asiduo de la casa, le eran familiares. Se interesa primero en lo que, definiendo de tal manera al amigo, casaba mejor con las aficiones y gustos del arquitecto: un antejo mediano de caoba, y otro más chico, estuche de compás, telescopio y mitelescopio por los que paga la importante cantidad de 3.000 reales. Compra también el Arquitecto un valioso reloj de oro «de faltriquera» por 2.700, otro reloj de camino, una aguja de marear, un nivel de bronce, y un cuadrante de lo mismo. Antes, había adquirido cosas de menos monta: unas varas de tafe-tán, otras trece de un corte de vestido de «color de coral», un lote de té y una caja llena de lo mismo, con su llave inglesa. Luego se pasaba a cosas más importantes. Sabattini adquiere de una vez —fidelidad italiana—, una serie de 24 cuadros, apaisados, de tercia de largos, con marco y vidrios, de vistas de Italia. Muchas estampas y dibujos más, y muchas colecciones y cuadernos de lo mismo en número de 45, y casi tres centenares de láminas, dibujos y estampas de muy variados temas, cuya sola referencia nos define muy expresivamente las aficiones y gustos del ilustre Arquitecto: flores, los planetas, paisajes y figuras, cartillas de dibujo, «antigüedades de Roma», arquitectura y perspectiva, la casa de los Médici, diseños de máquinas, varios tomos de fortificaciones y defensa de plazas, adorno y jardinería, libro de Anatomía, arquitectura militar, aves. Un gusto profesional muy definido, pero también un gusto ecléctico y variado por las cosas. Compra también Sabattini un buen lote de libros y no pocos dibujos sueltos y en carpeta Fiel a su vocación y a su oficio, Sabattini selecciona libros de arquitectura variados. De tres se nos da noticia. Los italianos Antonio Zavaco y Juan Bautista Montano y el del español Miguel de San Miguel.

Más sobre Sabattini. En el abultado testamento, y sus anejos, nos salta, a veces, la sorpresa. El 2 de octubre de 1780 la firma de Francisco Sabattini acredita haber recibido la manda expresa de Gazzola de dos «sirenas» de plomo para tenerlas a disposición del Rey y darlas el destino que «fuese de su real agrado». Al pie del documento, de letra de Sabattini, se nos aclara: «sirenas o sean esfinges». Sabrosa referencia que nos sitúa en el

Nápoles de Gazzola y nos evoca, muy expresivamente, las actividades arqueológicas de aquellos años.

Para ser cedidas expresamente al Rey debían ser piezas importantes, y el intermedio de Sabbatini lo acredita. Según nos dice él mismo, quedaban depositadas en «uno de los almacenes de la Obra del Real Palacio». No debía, pues, tratarse de piezas de escasa monta, ni peso menor. Ese proyectado recorrido por las colecciones del Real Patrimonio acaso nos lo aclarase.

Hay otro comprador asiduo que merece un breve comentario: **Isidoro Carnicero**. Escultor y pintor muy estimado por Mengs, que le distinguió en la Academia. En 1762 había sido pensionado en Roma, y Francisco Preciado, encargado de los becarios, elogiaba su seriedad. Dejó poca obra, en general de una cierta frialdad neoclásica. Entre ella un retrato del Padre Sarmiento, que guarda la Academia. Carnicero se interesó especialmente por las estampas. Entre los cuadernos que adquiere hay algunos significativos: los que «muestran las puertas de Roma» y las doce que reflejan vistas de París, más las dos de la Santa Casa de Loreto. Otras de música y con escenas de género: un «padre que da consejos a su hijo que se ausenta», la casa de un pescador, una madre leyendo a su familia, labores en una casa y la «Saboyana con sus niños». Muchos libros y algún cuadro compra también Carnicero.

No queda aquí agotada la nómina de los compradores, cuya identificación nos adentraría en la sociedad madrileña del tiempo. Un señor Pacheco compra cuadros y una máscara de Venecia. Un Guillermo Gemiani, italiano sin duda, adquiere también un buen número de pinturas. Una ovalada de terciada de alto, con marco dorado que representa a la Virgen con el Niño es adquirida por **el pintor del Rey**. Muerto ya Mengs, en Roma el año anterior, y Tiépolo, en Madrid, unos años antes, debe serlo ahora Antonio González Ruiz, si no me equivoco.

Sabemos los nombres de muchos compradores. Un Conde de Superunda compra cuadros, como los italianos Ferroni y Vicini. El Embajador de Génova adquiere estampas, muebles, y dos tibores chinos. Las estampas atraen a no pocos; un Exempto Mori, un Abate Marri, Josep Marazzani, el Conde de Monfort y el mismo Embajador de Venecia. Una clientela variada y, como se ve, no siempre española. Como este Monsieur Anchelo que compra estampas, lo mismo que Vicente Sarracini y el citado Cayetano Vicini.

Muchos españoles también, cuya identidad se nos escapa. Casa famosa

la de Gazzola en el Madrid de entonces, su dispersión y venta debió ser un tema social por aquellos días. Manuel Lizasoáin, que entendía de ello, como tasador que había sido, compra gran parte de las alhajas. Un «comerciante Gaeli» compra una mesa de jaspe y varios cuadros. Varias cosas se venden para el Nuncio, y el propio Director de la Academia de San Fernando, que lo es P. Andrés de la Calleja en aquellos días, adquiere alguno de los libros (59).

Se vende todo, y las noticias suelen sernos sabrosas. Se venden camafeos, se venden «seis pieles de tigres», se venden pistolas. El notorio Conde de Lacy, irlandés de origen, Teniente General de los Ejércitos españoles, Diplomático en Suecia y en Rusia, hombre de relieve en la vida española, no se interesa ahora por el arte ni los libros; lo que adquiere son muebles varios de caoba, sillas, mesa, canapé y papelera.

Nos da la impresión como si el «todo Madrid» estuviese pasando por la almoneda en busca de la oportunidad para satisfacer, a bajo precio, un gusto inesperado. Un Conde de Bourlumbille, que debe ser francés, se interesa por los vinos que nutrían la bodega de Gazzola y adquiere un gran número de botellas de varias clases. Lo mismo que la Marquesa de Perales. Otros, como Pedro Mexía y Manuel García, adquieren el tabaco y el cacao. Aun así, un buen número de objetos quedaron sin vender, «sin duda por el exceso de la tasación» como afirman los liquidadores. Se nos informa que 23 cuadros y 16 dibujos, más otras cosas menores no tuvieron postor.

El 6 de octubre de aquel año quedaba cerrada la almoneda y se hacía el balance de la importante cantidad arrojada por las ventas.

* * *

Toda una vida de solicitud, de gusto por las cosas, de afán de coleccionismo, quedaba dispersada. Nos queda su recuerdo gracias a estos excepcionales documentos que son el testamento y los inventarios, de una puntual minuciosidad, de un detalle preciso absolutamente inusual, que nos ha permitido evocar la figura de Gazzola, recomponer, imaginándola, su vida en los objetos de su predilección, en todo aquello que le define en sus gustos y preferencias y nos da la medida y la calidad de la persona. Un hispano-italiano, culto lector, amante del arte, de refinado vivir que, a partir de ahora, habrá que inscribirlo en el marco brillante de la sociedad ilustrada de Carlos III.

(59) Vid. BEDAT, Claude: «L'Académie des Beaux Arts de Madrid (1744-1811)».

I N D I C E

	Páginas
Gazzola en su tierra. Italia y los italianos en la España del siglo XVIII	3
Gazzola en Nápoles. Pompeya y Pestum	8
Gazzola en la renovación de Nápoles	12
Gazzola en España	13
Gazzola y la Ilustración española	15
Jovellanos y Gazzola	20
El Colegio-Academia de Segovia	21
Los testamentos. Las voluntades finales	25
Gazzola: la doble nacionalidad. El fin. Su enterramiento	26
Memorias y testamentos	32
Testamentos y creencias	33
Las casas de Gazzola y su contenido. Un hombre refinado	35
Los libros de Gazzola. Una excepción	37
Los testamentos en detalle	39
Inventarios	41
La casa de Segovia	41
La casa de Piacenza	42
La casa de Madrid. La muerte de Gazzola	43
Los trámites funerarios. Unos modos sociales	44
Vulgares documentos excepcionales	46
Inventario y almoneda	49
Piedras. Oro. Joyas	50
Plata y relojes	51
Vestidos y telas	52
China. Loza. Cristal	55
Armas y coches	56
Esculturas. Anteosjos. Estuches y microscopios	56
Vinos y licores	57
Cacao, tabaco y rapé	58
Gazzola, amador del arte. Coleccionista	58
Rubens y Van Dyck. Pintura ilustre	61
Más pintura	62
Dibujos y libros con dibujos	63

	Páginas
Papeles y planos	66
Gazzola, bibliófilo. Amador de libros	68
Los personajes y sus libros	68
Los libros de Gazzola	76
Libros latinos	76
Libros ingleses	76
Libros franceses	77
Libros italianos	79
Libros españoles. Relación completa	82
La dispersión	88
Compradores ilustres	89

L A M I N A S



«La Parmigiana», en S. Polo (Piacenza). Casa natal del Conde Felice Gazzola.



Carlos III y el General Gazzola en la batalla de Vellettri (11-14 agosto 1744).
Palacio de Caserta, en Nápoles.



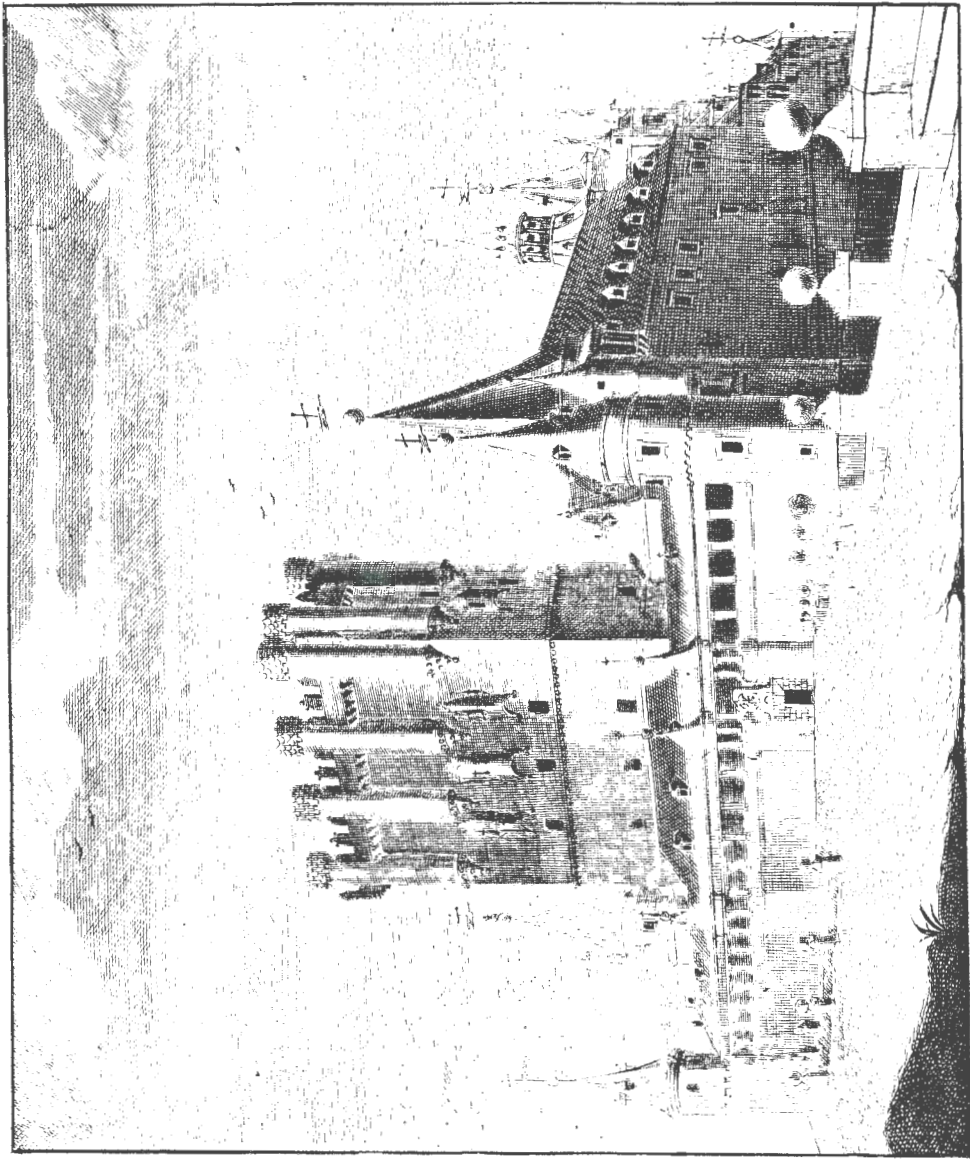
Carlos III. Fundación de La Carolina. Por Victorino López.



Pestum. El templo de Poseidón.



Del libro del P. Paoli por encargo de Gazzola: «Las ^{ruinas} [redacted] de Pestum».
 Dibujos de Tiépolo y Bertolozzi.



Vista del Alcázar de Segovia. Del «Viaje de España», de Antonio Ponz.



B. Pollinari: El General Felice Gazzola. Piacenza.
Istituto Gazzola.



Lápida sepulcral del Conde Gazzola. Museo del Ejército.
Madrid.

RELACION HISTORICA DEL VIAGE A LA AMERICA MERIDIONAL.

HECHO

DE ORDEN DE S. MAG.

PARA MEDIR ALGUNOS GRADOS DE MERIDIANO
Terrestre, y venir por ellos en conocimiento de la verdadera Figura,
y Magnitud de la Tierra, con otras varias Observaciones
Astronomicas, y Phisicas:

Por DON JORGE JUAN, Comendador de Aliaga, en el Orden de San
Juan, Socio correspondiente de la Real Academia de las Ciencias de Paris,
y DON ANTONIO DE ULLOA, de la Real Sociedad de Londres,
ambos Capitanes de Fragata de la Real Armada.

PRIMERA PARTE, TOMO PRIMERO.



IMPRESSA DE ORDEN DEL REY NUESTRO SEÑOR

EN MADRID

Por ANTONIO MARIN, Año de M.DCC.XLVIII.

EL MUSEO PICTORICO. Y ESCALA OPTICA.

TOMO I.

THEORICA DE LA PINTVRA;

EN QUE SE DESCRIBE SV ORIGEN,
Eficiencia, Especies, y Qualidades, con todos los demás
Accidentes, que la enriquecen, è ilustran.

Y SE PRUEBAN, CON DEMONSTRACIONES
Mathematicas, y Filosoficas, sus mas radicales
Fundamentos.

DEDICALE

A LA CATOLICA, SACRA, REAL MAGESTAD

DE LA REYNA NUESTRA SEÑORA

D.^a ISABEL FARNESIO,

DIGNISSIMA ESPOSA DE NUESTRO CATOLICO
Mo. arca Don Felipe Quinto,

POR MANO DEL EXCELENTISSIMO SEÑOR
Marqués de Santa-Cruz, Mayor domo Mayor de la Magestad

SU MAS HUMILDE CRIADO D. ANTONIO PALOMINO
de Castro, y Velasco.

CON PRIVILEGIO

En Madrid: Por Lucas Antonio de Rodas, Impresor del Reyno, Año 1715.

Vendase en Casa de Don Joseph del Villar, y Villanueva, Mercader de Libros, y
Cafel de Roma, en la Calle de Toledo, junto al Colegio Imperial della Com.

Dos libros significativos en la Biblioteca de Gazzola: «El viaje a la América Meridional», de Jorge Juan y A. Ulloa, y «El museo pictórico», de Antonio Palomino.

